



"El verdadero tesoro es conservar la vida"

La Isla del Tesoro Z

Alejandro De-Bernardi

Lectulandia

El joven Jim Hawkins escribe el fantástico relato de su viaje a una isla desierta donde se halla escondido el tesoro del capitán Flint, un relato que llama, sencillamente, «La isla del tesoro». Sin embargo, años más tarde, convertido ya en un anciano enfermo, Hawkins decide escribir el verdadero relato de sus aventuras en aquella isla, puesto que el primero que publicó ocultaba celosamente el terrible secreto de aquel viaje.

Lectulandia

Alejandro De-Bernardi

La Isla del Tesoro Z

ePub r1.2

patrimope 17.09.14

Título original: *La Isla del Tesoro Z*
Alejandro De-Bernardi, 2012
Corrección: Rocío Orroca
Diseño de cubierta y contracubierta: Alejandro Colucci

Editor digital: patrimope
Corrección de erratas: alvardeflagg & ElBeni
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A Sara, ya que sin ella yo no estaría ni aquí ni escribiendo dedicatorias en
libros.*

*Y, por supuesto, a Carmen y Alicia, para que puedan leerlo algún día y, tal
vez, soñar con las mismas aventuras con las que soñó su padre.*

*A Miguel Cane, cuya voz aún resuena en mi cocina diciéndome: «¡Sí, tío,
escríbelo! ¡Escribe!», como si fuera la voz del viejo capitán Flint gritando
«¡piezas de a ocho, piezas de a ocho!».*

*Y, por supuesto, y quizá por encima de todo, a **Robert Louis Stevenson:**
PERDÓN.*

John Flint, Billy Bones, 'Long John' Silver,
Pew, Ben Gunn, Israel Hands, George Merry,
Tom Morgan, O'Brien, Ismael, Perro Negro,
Dirk, Johnny, Arrow, Job Anderson.

Quince hombres van en el cofre del muerto.

¡Ay, ay, ay, y una botella de ron!

La bebida y el diablo dieron con el resto.

¡Ay, ay, ay, y una botella de ron!

Y solo uno vivo, los demás han muerto,
de setenta que eran al zarpar del puerto.

¡Ay, ay, ay, y una botella de ron!

I

LA POSADA DEL «ALMIRANTE BENBOW»

El caballero Trelawney, el doctor Livesey y los demás señores me han encargado poner por escrito todo lo referente a la Isla del Tesoro, de punta a cabo, sin dejar otra cosa en el tintero que la posición de la isla, y esto porque aún quedan allí riquezas que no han sido recogidas. Tomo, pues, la pluma en el año de gracia de 17... y retrocedo hasta el tiempo en que mi padre era el dueño de la posada del «Almirante Benbow», y en que el viejo navegante, de moreno y curtido rostro, cruzado por un sablazo, se acomodó como huésped bajo nuestro techo.

Lo recuerdo como si hubiera sido ayer, tal como llegó, con torpe andadura, a la puerta del albergue, y tras él, siguiéndole en una carretilla, un cofre de marinero. Era un hombro alto, recio, pesado, de color de nuez; la coleta embreada le caía sobre los hombros de la casaca azul, cubierta de manchas; tenía las manos agrietadas y llenas de cicatrices, con las uñas negras y rotas; y la cuchillada, que cruzaba una de sus mejillas, había dejado un costurón lívido, de sucia blanca. Paréceme que le estoy viendo mirar en torno de la ensenada, silbando entre dientes, y después tararear aquella antigua canción marinera, que cantaba luego tan a menudo:

*«Quince hombres en el cofre del muerto.
¡Ay, ay, ay, y una botella de ron!»*

Así fue como comencé mi relato, el que todo el mundo conoce ya de sobras, pues tantas veces ha sido leído y releído por mucha gente en muchos lugares, no solo en mi cercana y querida Bristol. Pero, he de confesar, o realmente, me atrevo a confesar hoy, que no fui sincero al escribirlo. Que, al igual que oculté celosamente la situación de la isla, oculté también una serie de hechos espeluznantes que convirtieron aquella aventura en una de las más aterradoras que haya vivido joven alguno, como yo era entonces.

Y es que lo que para todo el mundo comienza con la llegada a la posada de Billy Bones, a quien nosotros llamábamos «Capitán» y que en realidad era el segundo de a bordo de Flint, y la aparición del mapa de una isla donde se ocultaba un fabuloso tesoro, en realidad se convirtió en una aventura que rozó muchas veces los límites de las pesadillas. Ahora casi hasta sonrío acordándome de los malos sueños que tuve a cuenta del navegante de una sola pierna —Billy Bones me daba una moneda de plata de cuatro peniques el primero de cada mes, «solo por tener el ojo listo y darme aviso tan pronto como veas aparecer un navegante que no tiene más que una sola pierna»—, puesto que demostraron ser bastante más inocentes que los sueños reales

que me tocó vivir, junto a mis esforzados compañeros, en aquella extraordinaria singladura en la que nos embarcamos.

Me gustaría poner en antecedentes a quienes tengan olvidada la historia o, aun siendo los menos, a quienes la desconozcan por completo. Y empezaré, como debiera haber hecho desde un principio, por decir mi nombre para aquellos que se acerquen por primera vez a escuchar este relato, que no es otro que el de Jim Hawkins. Que cuando todo empezó era apenas un jovencuelo que vivía en la posada que regentaban sus padres, donde fue a echar el ancla un viejo marino.

Bebía mucho, apenas cuidaba su aspecto y era hosco y soez en el trato; además, Billy Bones dejó a deber una gran cuenta que mi madre, asustada por su imponente presencia y debilitada por la trágica muerte de mi padre, se negó siempre a reclamarle en vida. De hecho, el poco tiempo que traté a Bones, o al Capitán, como le llamábamos, solo vi a alguien capaz de hacerle frente, ya que el buen doctor Livesey le paró los pies en una ocasión, sin importarle que Bones tuviese su navaja en la mano.

Después de aquello, Billy Bones sufrió un ataque provocado por la bebida y más tarde, apenas repuesto de él, recibió una visita que desencadenó todo cuanto sucedió: lo que ya conté en mi anterior relato y que es lo que todo el mundo conoce, y los extraordinarios hechos que narraré, ahora sí, en este nuevo viaje a la Isla del Tesoro. Unos hechos que, por su despiadada naturaleza, no quise incluir en un primer momento, inventándome yo mismo lo sucedido o alterando y ocultando algunas partes para no contar al mundo el horror que vimos y, bastantes de nosotros, padecemos. Un horror que aún hoy me persigue en mis noches más agitadas, cuando el viento aúlla y choca contra las ventanas, y que me hace estremecer.

Entonces juzgué conveniente ocultar celosamente cuanto se relacionaba con los zombis y nuestros espeluznantes choques contra ellos, ya que consideré que nadie creería mi relato y que su sola mención me traería más problemas que otra cosa. Además, no estaba en mi ánimo horrorizar a las buenas gentes de Inglaterra, posibles lectores de mi historia, con largas páginas llenas de terror en su estado más puro, ese que emblanquece los cabellos en un instante y hace saltar los corazones; de seres ni vivos ni muertos devorando a piratas sin escrúpulos; de apariciones y demás. Preferí entonces, como digo, ocultarlo, pero ahora, cuando la edad y las enfermedades acercan de manera cierta mi fin, me parece que debo algo a quienes leyeron mi relato y fabularon, tal vez, con vivir algo parecido. Lo más honesto es, quizá, que fabulen sabiendo lo que realmente sucedió y, si tienen coraje para enfrentarse a monstruos sedientos de sangre, que lo hagan. Allá cada cual.

Pero me estoy desviando, estoy divagando por otros mares y adelantando acontecimientos, y no es así como debe contarse esta historia. Me situaba, pues, en la vieja posada del «Almirante Benbow», cuando sus antiguos compañeros de correrías

buscaban a Billy Bones y este, machete en mano, esperaba en una esquina de la posada, frente a un vaso de ron. Haciendo caso omiso a los consejos del doctor Livesey, quien le había advertido que una sola copa de más podía enviarle a la tumba, Billy Bones bebía y esperaba, entonces no sabíamos muy bien qué. Hasta que apareció un anciano ciego, quien, haciéndose primero el desvalido, consiguió que me acercase a él lo suficiente como para agarrarme del brazo y ordenarme que le llevara hasta Billy Bones si no quería que me lo rompiera.

Obedecí, claro, puesto que en aquel momento temía más la ira del ciego que me tenía apresado por el brazo que la de Billy Bones. Y en cuanto ambos estuvieron uno cerca del otro, el viejo le entregó un papel a Bones, un papel manchado de negro por un lado y con una frase —«*Tienes hasta las diez de la noche*»— por el otro. Era la famosa mancha negra, un trocito de papel manchado de tinta que era en realidad una sentencia de muerte para quien lo recibía.

Los acontecimientos, como ya sabrá todo el mundo, se sucedieron a continuación, justo cuando el viejo ciego hubo huido. Billy Bones sufrió de repente un ataque de apoplejía y murió allí mismo, en nuestra posada. Mi madre y yo nos fuimos al caserío vecino en busca de ayuda, pero en cuanto empezamos a contar lo sucedido nadie nos tendió la mano. Hasta tal punto fue la cobardía de aquellas gentes que, cuando mi madre se armó de valor y dijo que ella regresaría a la posada para recuperar el dinero que le debían y que pertenecía a su pobre hijo, huérfano de padre, nadie dio un paso adelante. Lo más que conseguimos fue que enviasen a un chico a buscar al magistrado y a gente armada que pudiera acudir en nuestro socorro, y que nos dejaran una pistola cargada por si nos atacaban. ¡Una pistola para una mujer sola y su hijo, contra siete u ocho hombres, tal vez más, armados hasta los dientes y con sed de venganza! Pero así se escribió aquella parte de la historia, en eso no mentí ni oculté nada entonces ni lo hago ahora.

De modo que, reuniendo todo nuestro valor, mi madre y yo regresamos a la posada y, tras vencer no pocos escrúpulos, registramos el cuerpo de Billy Bones, que aún yacía en el suelo, y abrimos su cofre, encontrando en él un saco de monedas de varios países y de valores diferentes —guineas, piezas de a ocho, luisas y doblones de oro— y un legajo de papeles envuelto en hule...

Creo que empezaré desde este punto, pues es uno tan bueno como cualquier otro y, además, en él se da el primero de los hechos terribles que vi entonces y que oculté la primera vez que narré estos acontecimientos. Igualmente, colijo que todo el mundo estará ya puesto en situación y sabrá dónde incorporarse al relato del modo que mejor le acomode.

Como recordará quien sepa de lo que le hablo, estábamos en el cuarto de Bones, con mi madre tratando de hacer la cuenta exacta de lo que se le debía, cuando alcanzamos a oír el angustioso «tap, tap, tap» que hacía en el suelo el palo del que se

servía el ciego a modo de bastón, aquel viejo al que llamaban Pew. ¡El ciego! Si él estaba fuera, sus compinches no estarían muy lejos. Los golpes del palo en el suelo y el ruido de la puerta al abrirse fueron demasiado para nuestros nervios, de modo que miré a mi madre y tomándola de las manos le dije:

—Madre, coge todo el saco y vámonos.

Salimos justo a tiempo, ni más pronto ni más tarde, puesto que mientras echábamos a correr en veloz huida, vimos la luz de una linterna agitarse a nuestra espalda y oímos ruidos de gente llegando a la posada. El estruendo de los antiguos camaradas de Billy Bones pronto nos envolvió, justo en el momento en que mi madre estaba a punto de desmayarse. Afortunadamente, habíamos llegado ya al puentecito, poco antes de la cuesta del final del camino, así que la arrastré como pude hasta ocultarla debajo y permanecí agazapado junto a ella, tratando de ocultarnos lo más posible, aunque sabía que bastarían un par de miradas concienzudas para encontrarnos.

Era, sin duda, nuestro fin.

Desde lejos oía las voces de los camaradas de Bones, y a Pew aullando y dando órdenes.

—¡Abajo la puerta!

—¡Bill está muerto!

—¡Registradlo! ¡Y los demás, arriba, a su cofre!

—Le han dado ya un recorrido, no tiene nada —decía uno.

—¡Ha sido la gente de la posada! —aulló el viejo ciego—. ¡El chico! ¡Condenado chico, ojalá le hubiera sacado los ojos! ¡Vamos, encontradlos, no pueden estar lejos!

Cuando los hombres empezaban a dispersarse, dejando al viejo Pew junto a la puerta, sonó de pronto un agudo silbido, una señal sin duda, que llegaba de la cuesta del lado del caserío. Uno de ellos se detuvo al oírla, gritando:

—¡Es Dirk, muchachos! ¡Hay que menearse!

—¡Menéate tú! —gritó Pew—. Dirk siempre fue un cobarde. ¡Seguid buscando, no pueden estar lejos!

—¡Que se vayan al diablo, Pew! —gruñó otro—. Tenemos los doblones de Billy. ¡Vámonos!

Aquellas palabras alteraron a Pew de tal manera que se puso a dar golpes en todas direcciones, mientras gritaba que estaban locos y que si se iban a conformar con un puñado de monedas pudiendo tener millones. Aquella trifulca entre rufianes fue nuestra salvación, puesto que al poco sonaron de nuevo dos silbidos y aquel grupo de hombres se desentendió por completo del ciego, emprendiendo la huida por donde más cerca les dictaba su instinto, dispersándose en apenas medio minuto y dejando solo a su camarada en mitad del camino.

—¡Eh! —llamó Pew, pero esta vez, además de ira, en su voz se distinguía un

asomo de temor—. ¡Eh, compañeros! ¡Perro Negro! ¡Johnny! ¿Dirk? —Movía los brazos, como si palpase el terreno frente a él en un vano intento de encontrar a sus compañeros huidos—. Vamos, no vais a abandonar al viejo Pew, ¿verdad, muchachos? ¡Johnny!

Casi al mismo tiempo, el resplandor y la detonación de un pistoletazo surgieron del borde del camino. Un grupo de cuatro o cinco jinetes coronó la cuesta y, a la luz de la luna, emprendió el descenso hacia la posada en busca de los malhechores, pero en ese momento, el viejo Pew, completamente desorientado, echó a correr tropezando y trastabillando, justo en la dirección equivocada.

El primer jinete trató de salvarle, pero en vano, ya que el caballo arremetió contra el ciego arrojándolo al suelo y pateándolo con sus cascos. Pew quedó inmóvil, justo antes de que el último de los jinetes pasara también por encima de él, revoleándolo y dejándole varios metros más allá de donde había caído.

Gracias a la luz de la luna identifiqué al grupo de jinetes, cinco aduaneros al mando del superintendente Dance, a quienes habían avisado nuestros vecinos del caserío próximo. Salí de nuestro escondite, llamando su atención, y pronto me ayudaron a recoger a mi madre. Tras un breve conciliábulo, Dance decidió que fuéramos todos al caserío para poder atender a mi madre y poner en orden los acontecimientos de aquella noche.

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó uno de los aduaneros, señalando el cuerpo inerte de Pew.

—De momento lo dejaremos ahí, es más importante atender a esta mujer —contestó el superintendente Dance—. Luego enviaremos a recogerlo.

De modo que un jinete cargó con el cuerpo de mi madre mientras yo subía a la grupa tras otro. Y fue entonces, al girar mi cabeza para echar un último vistazo a la posada y al cadáver de Pew, que yacía de costado en el camino, cuando vi algo que me llenó de horror; tanto, que me fue imposible revelarlo durante mucho tiempo y solo acerté a hacerlo cuando mi vida estaba en juego, mucho más que en aquella noche.

Una sombra se inclinaba sobre Pew. Aunque no lo conocía, supuse que se trataba de Dirk, que era el único de ellos que no se había llegado hasta la posada y que, por lo tanto, no había huido en dirección al mar como los demás. Y cuando iba a dar la señal a los aduaneros de que aún había allí uno de aquellos desalmados, mi corazón se paralizó por completo al ver cómo Dirk se inclinaba sobre el cadáver de Pew, le mordía salvajemente el cuello y arrancaba violentamente un trozo de su carne muerta. Levantándose, Dirk se ayudó de las manos para tragársela allí mismo, bajo la luz de la luna. Pero lo peor fue que, tras comerse aquel trozo de carne, y justo cuando el jinete que me llevaba picaba espuelas y seguía el mismo camino que los demás, ajeno a la horrorosa escena que acababa de producirse, Dirk levantó la cabeza y me vio.

Ahugué un grito de horror porque estaba convencido de que, si abría la boca, mi corazón se escaparía por ella. Dirk levantó una de sus ensangrentadas manos y me señaló con un dedo, apuntándome malignamente, como si me indicara que yo sería el siguiente.

El jinete coronó la cuesta y emprendió el descenso por el otro lado, perdiendo de vista el «Almirante Benbow» y el cadáver, ya mutilado y casi devorado, del ciego Pew.

II

LOS PAPELES DEL CAPITÁN BONES

De que así es como sucedió todo da fe mi anterior relato, calcado aquí punto por punto a excepción del incidente de Dirk y su mirada maléfica hacia mí. Y aunque tuve pesadillas y me costaba cerrar los ojos por la visión terrible de su dedo ensangrentado apuntándome en la oscuridad de la noche, lo cierto es que mi espíritu joven y la emocionante aventura en la que íbamos a embarcarnos contribuyó a dejar caer en el olvido su feroz ataque al cadáver de Pew.

Y es que el legajo de papeles envuelto en hule que me había llevado del cofre de Bones había resultado ser, como descubrimos cuando el caballero Trelawney, el doctor Livesey y yo mismo lo abrimos en casa del primero, un mapa. El mapa de una isla, con latitud y longitud, sondajes, nombres de colinas, bahías y calas, y todos los detalles precisos para llevar a una nave a seguro fondeadero en sus costas. Tenía unas nueve millas de larga por cinco de ancha y la configuración, pudiera decirse, de un dragón rampante y obeso; y había en ella dos puertos bien abrigados, y en la parte central un monte denominado «El Catalejo». Se veían varias adiciones hechas en fecha posterior; pero, sobre todo, tres cruces en tinta roja: dos en el norte de la isla y una en el suroeste, y junto a esta última, escritas con la misma tinta y con fina letra, muy distinta de los torpes garabatos del Capitán, estas palabras: «*Grueso del tesoro, aquí*».

En el dorso, y con la misma letra, aparecían estos otros datos:

«Árbol alto, lomo de El Catalejo, demorando una cuarta al N de NNE.

Isla del Esqueleto ESE y una cuarta al E.

Diez pies.

El lingote de plata está en escondite norte; puede encontrarse por dirección último montículo, diez brazas sur del peñasco negro que tiene una cara.

Las armas se hallarán en la duna N, punta del Cabo norte de la cala, rumbo E y una cuarta N.

J. F.»

Era sin duda, como enseguida reconoció con grandes voces el caballero Trelawney, el mapa de un tesoro, pero de un tesoro excepcional, puesto que sin duda pertenecía al capitán Flint, un nombre que a mí poco o nada me decía pero que a aquellos más avezados en viajes de ultramar provocaba hasta escalofríos. Pues se decía que solo su fortuna era mayor que su crueldad.

No perdió tiempo Trelawney en organizar todo lo necesario para emprender el viaje rumbo a aquella isla, dispuesto y entusiasmado como nadie para poder hacerse

con el tesoro de Flint.

—Livesey —dijo—, vas a abandonar inmediatamente esa mezquina medicina tuya. Mañana salgo para Bristol. En tres semanas..., dos semanas..., diez días, tendremos el mejor barco, sí, señor, y la primera tripulación de Inglaterra. Hawkins irá como ayuda de cámara, y ¡valiente paje que vas a hacer, Hawkins! Tú, Livesey, médico de a bordo; yo, almirante. Llevaremos con nosotros a Tom, a Redruth, a Joyce y a Hunter. Tendremos vientos propicios, travesía rápida y ninguna dificultad para encontrar el sitio, y después, dinero para comerlo..., para revolearnos en él..., para jugar con él a las tabas, por siempre jamás.

Livesey sonrió alegremente, aunque con menos vehemencia, también se mostró partícipe y, para gran regocijo mío, me incluyó en su empresa. De modo que me hallaba en puertas de una gran aventura que ni siquiera el fugaz recuerdo de la mano de Dirk señalándome, que se me pasó por la cabeza en un instante como no podía ser menos, pudo reprimir mi alegría.

Cierto es que pasó mucho tiempo desde que todos planeamos aquella emocionante aventura hasta que pudimos dar sus primeros pasos. El doctor se desplazó a Londres en busca de un sustituto que pudiera hacerse cargo de sus enfermos, mientras que Trelawney se quedó en Bristol más tiempo del que hubiera deseado preparando todo lo necesario para el viaje. Hasta que por fin nos llegó una carta suya en la que nos informaba que ya estaba todo listo y que debíamos acudir con presteza a Bristol.

Al parecer, Trelawney había conseguido una goleta de doscientas toneladas, *La Hispaniola*, muy marinera y bien pertrechada, aunque le había costado más trabajo hallar una tripulación adecuada. Sin embargo, según su carta, haberse topado con un tabernero llamado John Silver, a quien llamaban «Long John» —John «el Largo»—, que había navegado bajo las órdenes del almirante Hawke, había cambiado por completo su fortuna. Ese tal John Silver no solo estaba deseando embarcarse de nuevo como cocinero, sino que además conocía a gente de mar que deambulaba por los muelles de Bristol en busca de una oportunidad de echarse a la vela de nuevo, de manera que Trelawney pudo reunir a una veintena de marinos avezados y capaces de enfrentarse al mar y a los hombres.

Claro que, como no podía ser de otro modo, nada en esta aventura fue como debía ser. Porque si alguien arma un barco, reúne una tripulación y se prepara para zarpar, zarpa normalmente, menos nosotros en este caso. Y esto es así, o mejor dicho fue, porque la víspera de nuestra partida todos mis temores provocados por el amenazador y ensangrentado dedo de Dirk volvieron a manifestarse en toda su crudeza.

Hallábamonos en la posada cercana al puerto donde el caballero Trelawney había tomado aposentos para todos, rematando los mayores unos tragos de ron que, en mi caso, se habían sustituido por una copa de vino suave. Tras una amena conversación

entre el caballero, el doctor Livesey, John Silver y yo mismo, los dos primeros decidieron retirarse prudentemente a sus habitaciones, no sin antes recomendarme a mí hacer lo mismo, habida cuenta de lo que nos esperaba en los siguientes días.

—Pierdan cuidado, caballeros —contestó en mi lugar Silver—, que yo me ocuparé de que nuestro grumete descanse como es debido. Solo un párrafo más y nos iremos como ustedes ahora.

—Confío en ello. Buenas noches —contestó el doctor.

Retiráronse, pues, ambos a la parte de arriba, y mientras yo apagaba velas y luces hasta dejar la sala casi en penumbra, Silver sirvió dos nuevos vasos de ron, aclarándome que si yo era parte de la tripulación, como tal debía portarme en el barco y también en la mesa.

—Y, dígame, señor Hawkins... ¿o quizá Jim? ¿Puedo llamarle Jim, señor Hawkins?

—Naturalmente —respondí, aunque halagado por la deferencia mostrada por Silver.

—Pues Jim, entonces. Dime, Jim, ¿es cierto lo que se rumorea por ahí acerca de nuestro rumbo? —y a continuación me dio parte de la ruta que tan celosamente creíamos haber guardado.

Traté de disimular mi sorpresa al oírlo, pero en vano. De hecho, Silver quiso quitarle importancia al momento, diciendo como con desgana:

—Vamos, Jim, no son necesarios los secretos conmigo... Bien ves, por cierto, que ya lo sabía y que nada he dicho a nadie... salvo a ti, naturalmente, que es como no decirlo, pues sé que no tienes lengua larga.

—¿Y qué si lo fuera? —respondí evasivamente—. A nosotros nos basta seguir el rumbo que nos marquen, ¿no?

—Nos basta, cierto, nos basta. Y nada más debería importarnos, pero me da en la nariz, y es una nariz vieja que ha olfateado todos los mares, Jim, que el viaje puede complicarse más de lo que todos creemos si nuestro destino está allí.

—¿Por qué?

—Malas aguas, Jim, malas aguas... —Silver suspiró y miró rápidamente en todas direcciones, como si temiera algo. Luego se inclinó hacia mí y repitió—: Malas aguas.

—¿Pues qué? —respondí aparentando un valor que no tenía y que se hizo visible en el temblor de mi mano al sujetar el vaso de ron—. El mar está lleno de peligros...

—Pero no como estos, Jim. Los españoles, que ya sabes que son quienes más y mejor han navegado siempre, hablan de unas islas pobladas por extraños seres... una especie de demonios ni vivos ni muertos a los que llaman... zombis.

Me estremecí de arriba abajo, lo confieso, quién no lo hubiera hecho en una posada en penumbra con el recuerdo de un dedo ensangrentado apuntándole

directamente al corazón. Silver apuró su ron y me dijo en voz más alta, como si pretendiera quitarle importancia a lo que él mismo me había dicho:

—Pero también sabes que los españoles beben mucho, ¿verdad? —sonrió y hasta lanzó una carcajada un tanto forzada pero bastante pasable—. ¡Quién no lo sabe! Están todo el día cantando y bebiendo, y en cada región de su país tienen una bebida distinta... Además, siempre volvieron de sus viajes contando extrañas historias encaminadas a que nadie siguiera sus pasos... ¿Recuerdas los monstruos marinos de los mares de hielo? ¡Ellos los inventaron para que nadie siguiera esa ruta! Y los indios feroces, las tormentas, las grandes calmas... Todo, todo lo inventan para dejar a los demás tierra adentro, lejos de sus riquezas. ¡De ley es reconocerles que eso es hasta divertido!

Estalló en una risotada que, de puro contagiosa, me hizo hasta reír a mí también, transformando un momento de terror en un trago compartido con un camarada.

—Ya ves, una travesía placentera se riega con buen vino español, la imaginación de veinte marineros y ¡ea, en todas las islas hay zombis!

Reímos estrepitosamente de nuevo y Silver bebió otro trago, esta vez directamente de la botella y, sonriendo, me dijo:

—Pero es tarde ya. Aunque me duela, porque pocos compañeros de charla he tenido como tú, será mejor que vayas a descansar cuanto antes, que mañana y los siguientes serán días duros. Tiempo tendremos a bordo de repetir estos vasos de ron, ¿no? Cuando acabe la guardia, en la tranquilidad de mi cocina.

—Sí, será lo mejor, se ha hecho tarde —respondí, deseando en realidad abandonar aquella sala y de paso poder liberarme de fantásticos temores—. ¿Y vos?

—No, Jim, me quedaré un rato más. Tiene que venir esta noche un viejo camarada, otro buen marino para *La Hispaniola*, si el capitán y el caballero tienen a bien. Llega con retraso y estoy por mandarle al diablo, pero le esperaré un poco más. El tiempo de una pipa le doy. Una pipa y cerraré yo mismo la puerta en sus narices. Descansad, señor Hawkins, que John Silver hará la primera guardia.

—De acuerdo entonces. Buenas noches, señor Silver.

—Long John, muchacho —me sonrió—. Mis amigos me llaman Long John.

Así que me levanté y me despedí de Silver con el ánimo dándome vueltas entre el miedo al dedo de Dirk y la confianza que parecía depositar en mí el viejo marino, a lo que tenía que sumar los nervios por la emocionante aventura que se presentaba ante mí.

Dejé solo, pues, a Silver y, aunque yo entonces no pude verlo, sí supe exactamente lo que pasó, como lo supimos todos bastante tiempo después de haber vuelto de nuestro extraordinario viaje. Si lo cuento ahora es porque, en el hilo de la historia, es ahora cuando se produce, y servirá para que quien esto lea sepa a qué y a quiénes nos enfrentábamos ya desde antes incluso de zarpar. Decía, pues, que lo que

pasó fue que el viejo marino, quizá para despejar los vapores del ron o simplemente para tomar aire fresco además de alcohol, salió de la posada, quedándose en el umbral con la pipa encendida mientras esperaba por su compañero.

No sé cuánto tiempo estuvo allí realmente, pero no debió de ser mucho, puesto que no terminó su pipa. Más allá de la posada, como a media calle, el marinero que debía ir a su encuentro caminaba con paso lento, el saco al hombro y la mirada recelosa de quien espera un mal encuentro o que, al menos, sabe que lo puede tener en aquellas calles a aquellas horas. Y hacía bien en temerlo, aunque mal en no mirar hacia atrás.

Apoyado en el umbral de la puerta, John Silver lo vio venir. Pero cuando se apartó del quicio para saludarle y guiarlo, se detuvo de inmediato, ya que vio algo más. Vio una monstruosa figura, que en otro tiempo sin duda había sido humana, dar silenciosos saltos de una pared a otra, ocultándose entre las sombras. Silver se pegó de nuevo al muro, y desde allí vio cómo la criatura daba un último salto, más grande que los anteriores, y se abalanzaba sobre el marino.

El desdichado apenas supo lo que le pasaba. Aplastado por el peso y la sorpresa del ataque, cayó de bruces en el suelo y, antes de poder reaccionar, impedido además por su propio saco, el zombi se abalanzó sobre su nuca, mordiéndole con fiereza.

Un alarido inhumano cruzó las calles de Bristol. Un alarido que todos oímos y que, cobardemente, a la vez no quisimos oír. Acostumbrados a reyertas o pensando que las cuitas no iban con nosotros, ninguno de los que estábamos en la posada acudió a socorrer al infeliz, o al menos a ver qué estaba pasando. Ni yo, entonces, poco más que un niño, ni ninguno de los hombres de armas que dormía en la posada, que los había. Tampoco Silver, que era quien estaba más cerca y quien realmente habría tenido alguna oportunidad de ayudarle.

El zombi estaba a horcajadas sobre el cuerpo del marinero, arrancándole trozos del cuerpo a mordiscos y zarpazos dados con sus manos transformadas casi en garras, como si en vez de hombre fuese un lobo furioso, devorándolo todavía vivo; si no había más gritos era porque, de puro terror, el marino se había desmayado. Oculto en el quicio de la puerta, Silver contemplaba la escena hipnotizado por su crueldad, o quizá, como supimos más tarde, deleitándose con ella.

Cuando al cabo de unos minutos eternos el zombi se levantó y se limpió la boca con los jirones de la manga de su camisa, Silver asomó levemente la cabeza para, sobre todo, ver qué hacía. El zombi estaba de pie, con las piernas separadas y el cadáver parcialmente devorado entre ellas, como si dudara sobre lo que tenía que hacer, pero finalmente escupió algo en el suelo y, tras asegurarse de que nadie le veía, se dio la vuelta y desapareció por donde había venido.

Silver lo vio alejarse y, vaciando su pipa en el suelo, meneó la cabeza, casi con lástima.

—Ay, Dirk, muchacho, en qué te has convertido... Mira para qué te sirvió el oro de Flint, para vagar por Bristol mordiendo cabezas...

Tras asegurarse de que no había nadie en la calle, y sin volver a mirar al que decía que era compañero suyo y que yacía en un mar de sangre y huesos rotos, Silver entró en la posada, aseguró la puerta, apagó las velas y subió las escaleras camino de su habitación, como si nada hubiese pasado.

Entonces no le di importancia, o no lo recordé, o me dio igual, ya que Billy Bones llevaba muerto varias semanas, pero... Long John tenía una sola pierna.

III

LOS PELIGROS DE LA TRAVESÍA

En mi calidad de paje o ayuda de cámara, o hasta de grumete, pues los tres cargos ostentaba por más que no dejasen de ser en el fondo uno solo y a todas luces el mismo, pronto ocupé un valioso espacio en aquella singladura, teniendo mis oídos puestos en todas partes a un tiempo y enterándome y sabiendo cosas que quizá no debieran haber sido escuchadas por alguien tan joven y tan, al menos aparentemente, poco valioso en el viaje.

Ya a pocas horas de zarpar presencié la primera de unas cuantas discusiones entre el señor Trelawney, almirante de *La Hispaniola* y de nuestro viaje, y el capitán Smollet, encargado de guiarnos a todos bajo su mando, quien la víspera se reunió con el caballero y el doctor Livesey, supongo que sin reparar en mi presencia, con el objeto de tratar algunos asuntos que le inquietaban. Lo cual he de decir que hizo sin perder apenas el tiempo, puesto que en cuanto se hubo servido el vino, el capitán Smollet se irguió en toda su estatura, que era mucha, y manifestó sin ambages y con tono firme:

—No me gusta este viaje. No me gusta esta tripulación ni me gusta mi segundo. Y no tengo nada más que decir.

Sus palabras, como era de esperar, causaron una profunda conmoción en el doctor Livesey, sorprendido e inquieto por aquel disgusto, y un incipiente ataque de ira en el caballero Trelawney, quien, visiblemente molesto, masculló a modo de respuesta:

—¿Y, por ventura, hay algo que le guste? ¿No le gusta a usted su barco?

—Eso no lo puedo decir, puesto que aún no lo he probado en la mar. Parece un barco muy marinero, pero nada más.

—¿Y probablemente tampoco le gusta a usted su dueño? —gritó Trelawney.

Aquí fue donde, afortunadamente para todos, terció el doctor Livesey, que preveía una carga de profundidad mayor en las duras y descarnadas palabras del capitán Smollet.

—¡Alto ahí! —exclamó antes de que el capitán pudiera contestar—. Tales preguntas y sus posibles respuestas solo nos llevarán al enfado. El capitán ha dicho mucho, o poco, aún no lo tengo claro, por lo que le ruego que sea tan amable de aclararnos sus palabras. Dice que no le gusta el viaje —añadió, mirando fijamente al capitán—. Sepamos, pues, por qué. Por favor.

Smollet suspiró y contestó con el mismo tono firme de antes, aunque un poco más suavizado.

—Yo he sido contratado, señor mío, con lo que se suele llamar «órdenes selladas», para conducir este buque adonde este caballero tenga a bien decirme que lo

lleve. Hasta ahí todo va bien. Pero ahora me encuentro con que hasta el último marinero sabe más de lo que yo sé. Y a eso no lo llamo yo correcto, por no decir otras palabras mucho más groseras e impropias de caballeros, pero que mi temperamento me empujará a decir de un momento a otro; sépanlo ustedes.

—No, no lo llamaría correcto yo tampoco —concedió el doctor Livesey.

—Además —añadió el capitán—, he sabido que vamos en busca de un tesoro... ¡y lo he sabido por mis propios marineros! No me gustan los viajes en busca de tesoros, y menos cuando se supone que son secretos y en realidad se ha contado el secreto hasta al loro.

—No será tan secreto a voces —protestó el caballero Trelawney—. Sabéis tan bien como yo que los marineros exageran cuando hablan, ya sea de abordajes, de mujeres o de riquezas...

—No es exageración, señor... Caballero... Almirante —terminó, con una pizca de sorna que la seriedad de su rostro solo hizo visible para el doctor Livesey, avezado en este tipo de recursos en las conversaciones—. Les diré a ustedes lo que yo mismo he oído: que tienen un mapa de una isla, que hay cruces en el mapa para señalar dónde está el tesoro, y que la isla está... —e indicó la latitud y la longitud precisas.

Por un momento, todos nos quedamos casi con la boca abierta, sorprendidos de que tal secreto, que ni siquiera he contado ni en este, ni en el anterior ni en ninguno de cuantos relatos pude hacer de esta aventura, fuera cosa tan sabida por la tripulación como dónde estaban la proa o la popa. ¡Y eso que ni siquiera habíamos zarpado! Pronto tendríamos encima a todos los bribones de Bristol pretendiendo subir a bordo si tal secreto, como parecía, corría ya como la pólvora o el ron barato por los muelles.

—¡Nunca le he dicho eso a nadie! —protestó airadamente el caballero Trelawney, a quien veladamente acusábamos de lenguaraz con nuestras frías miradas—. ¡Has debido de ser tú, Livesey, o Hawkins, quien lo ha dicho!

—Ahora ya no importa quién fuera. El caso es que los marineros lo saben, y quién nos dice que no lo sepan también los que están en tierra —respondió el doctor. Luego, dirigiéndose a Smollet, dijo—: Bueno, pues ahora, y en resumidas cuentas, díganos usted lo que quiere, capitán.

El capitán Smollet se sentó en un sillón frente al caballero Trelawney y el doctor Livesey, mirándoles con el ceño ligeramente fruncido.

—Bien, ya que me han escuchado hasta aquí, y confieso que no daba un penique por ello, aprovecharé para que escuchen unas cuantas cosas más. No me gusta la tripulación, ya lo he dicho, y creo que se debería haberme dejado que los escogiera yo, pero no vamos a eso. He visto que están colocando la pólvora y las armas en la bodega de proa, pero... hay sitio de sobra bajo la cámara; pónganlas allí. También he visto que vienen con su gente cuatro hombres, y que algunos dormirán en el castillo

de proa, con los demás... ¿por qué no alojarlos en los camarotes de popa?

—Ya lo veo —dijo entonces Livesey—. Quiere usted hacer una especie de fuerte en la popa del barco, con todas las armas y los servidores de mi amigo custodiándolo. O sea, teme usted una rebelión.

El capitán Smollet se irguió de pronto como si le hubiera pinchado, y tajantemente contestó:

—Señor mío, no ponga en mi boca palabras que yo no he dicho, se lo ruego. Ningún capitán que se precie saldría a la mar si creyera eso, y yo me precio de ser un buen capitán. No, señor, tampoco tiene nada que ver con el hecho de que no me guste mi tripulación. Tiene que ver con lo que nos ocurrirá cuando arribemos a la isla y encontremos el tesoro. Si lo encontramos.

—¿A qué se refiere usted? —inquirió el caballero Trelawney, quien, a pesar de su enfado con el capitán, no pudo evitar la curiosidad provocada por tan enigmáticas palabras—. ¿Acaso teme una rebelión una vez encontremos el tesoro?

—Dale otra vez. No he hablado de rebeliones, señor mío —respondió secamente el capitán—. Aunque sean la cosa más común cuando el barco viaja con las cuadernas forradas de oro. Yo hablo de otra cosa, de un extraño peligro que ronda las aguas a las que nos dirigimos.

—No hay constancia de monstruos marinos que... —empezó el doctor.

—Ni yo tengo constancia de ellos tampoco —interrumpió el capitán—, ni en esas ni en otras aguas, más allá de los océanos de ron de quienes inventan esas terribles historias de ballenas que hunden barcos y de monstruos asesinos del tamaño de una fragata. No, señor mío, yo hablo de lo que narraron oficiales de la Marina y el Ejército que, una vez en esas latitudes, pisaron tierra y hallaron terror y muerte.

Confieso que al oír esas palabras vino a mi mente, de nuevo, la imagen del pirata Dirk devorando los restos de Pew y mirándome y señalándome con su dedo. Pero el caballero Trelawney fue más rápido y más vehemente que yo cuando exclamó:

—¡Buen Dios, capitán, ¿queréis hablar claro de una vez?! Que estáis diciendo sin decir y así poco sacaremos en claro de vuestros temores...

—Hablo así, señor mío, porque tampoco se sabe a ciencia cierta qué o quiénes habitan aquellas islas. Sí se sabe, pues así consta incluso en algunos informes que la Marina trata celosamente de ocultar, que algunas tripulaciones fueron atacadas por extraños seres de siniestro aspecto a quienes las balas no podían matar y que devoraban los cadáveres de los desdichados que caían en sus manos.

Pensé de nuevo en el pirata Dirk y en cuanto había visto —cómo pensar en otra cosa al oír aquello—, pero en lugar de apoyar las palabras del capitán, seguí escuchando su firme voz, que decía:

—Hablan de una numerosa tropa, de casi una tripulación entera capaz de devorar a un regimiento, que se alimenta de la sangre de sus víctimas y a la que no se puede

matar... porque dicen que ya están muertos. Los esclavos y los nativos los llaman zombis, y dicen que son almas en pena, muertos que no encuentran el camino hacia el cielo o el infierno.

—Me sorprende que un hombre como vos crea esas supersticiones de marino regado en grog —contestó el doctor Livesey—. Os hacía menos...

—Hacedme lo que queráis, doctor —repuso Smollet, molesto—. Yo digo lo que he leído en un escrito de un oficial de la Marina inglesa, no lo que he oído en una taberna una noche de invierno.

Se levantó, como si diera por finalizada aquella reunión, pero aún antes de irse añadió:

—Caballeros, he venido aquí a expresar mi opinión sobre el viaje, la tripulación y los peligros que afrontaremos, y ya lo he hecho. En este punto, nadie podrá decirme que no he cumplido con mi deber. El resto del viaje responde, como ya se ha dicho, a las órdenes selladas. Y por lo que a mí respecta, mis motivos tengo para anunciaros lo siguiente: Dicho todo esto, llevaré el barco hasta donde se me diga, encontraré el tesoro que haya que encontrar, mataré a quien haya que matar, sea o no de este mundo, y estaré de regreso en Bristol antes del invierno.

Nos miró uno por uno, como si esperase una respuesta, pero yo no era el más indicado para darla, obsesionado con la imagen del dedo ensangrentado de Dirk señalándome, y el caballero Trelawney estaba demasiado asombrado para decir nada. Fue, finalmente, el doctor Livesey quien contestó con su acostumbrada calma:

—Gracias, capitán Smollet. Apuesto mi peluca a que será como usted dice.

IV

CÓMO NO, MI PASO POR EL BARRIL DE MANZANAS

Huelga decir que las palabras del capitán Smollet sobre aquellos fantásticos seres llamados zombis nos llenaron a todos de una gran consternación, sobre todo a mí, puesto que ya no tenía ninguna duda de que lo que había visto en la cuesta del camino del «Almirante Benbow» había sido el ataque de uno de aquellos seres. Cómo el pirata Dirk se había convertido de repente en un zombi mientras el resto de sus compañeros seguía siendo simplemente —y nada menos— un puñado de piratas era algo que se me escapaba, pero estaba convencido de que así era; hasta tal punto que hubiera apostado mi peluca si la hubiera tenido. Por no mencionar cómo había ido a parar un engendro semejante a las puertas de mi posada, o qué había sido de él desde la muerte de Pew hasta ahora, dos cuestiones para las que era hartamente improbable que encontrara una respuesta, por más extraña o disparatada que fuese.

Pero lo cierto era que, más allá de mis temores, por más bien fundados que estuviesen, que lo estaban, la travesía seguía su curso, de modo que seguiré mi relato donde lo dejé; es decir, tras la discusión en el camarote del capitán acerca de si le gustaba o no el viaje. Estábamos en esas, de manera que los marineros rezongaron y protestaron, algunos además con buenas dosis de vehemencia, al tener que trabajar transportando de nuevo la pólvora y las armas en cumplimiento de las órdenes del capitán Smollet, cosa que hicieron hasta bien tarde aun a riesgo de perder la marea, y todos, en definitiva, pasamos la noche en un gran barullo, estibando cuanto nos era necesario para nuestro viaje y atendiendo a quienes venían en botes a despedirse del caballero Trelawney y del doctor Livesey.

Así que, finalmente, con las primeras luces del alba, los cabrestantes chirriaron, las velas se alzaron orgullosamente contra el cielo aún oscuro y las voces de la tripulación entonaron de nuevo esa canción que yo mismo, inconscientemente, he convertido en una de las que más utilizo en mis momentos de ocio o incluso trabajando, cuando canturreo entre dientes solo para mí:

Quince hombres van en el cofre del muerto.

¡Ay, ay, ay, y la botella de ron!

La bebida y el diablo acabaron con el resto.

¡Ay, ay, ay, y la botella de ron!

El áncora pudo zafarse, y en un instante colgaba de la proa goteando agua y cieno; pronto las velas comenzaron a tomar viento, y la tierra y los barcos a desfilar a uno y otro lado, y antes de que pudiera echarme para gozar de una triste hora de sueño, *La Hispaniola* había empezado su viaje a la Isla del Tesoro.

No voy a relatar todos los acontecimientos de aquella travesía, ya que no lo hice cuando escribí mi anterior relato y tampoco creo que deba extenderme en este punto, precisamente cuando es ahora cuando más cosas tengo que contar. Fue, en conjunto, feliz; lo fue siempre, en mi primera historia y ahora que estoy dispuesto a relatar, esta vez sí, todo cuanto sucedió en la isla. La goleta demostró ser un buen barco; los tripulantes, marineros competentes; el capitán, muy versado en su oficio... Todo, pues, parecía ir encaminado a lo que había pensado y anunciado el caballero Trelawney: una sencilla travesía, un par de días de excavaciones y un plácido viaje de vuelta.

Claro que, al igual que expliqué antes, sí merece la pena narrar algunos detalles que sucedieron durante nuestro viaje. El primero de ellos —el primero en suceder— tuvo que ver con una parte de las que no le gustaban al capitán Smollet y que, cuando detallé la conversación mantenida en la cámara de popa, dejamos de lado. En aquel entonces, el capitán incluyó a su segundo, el señor Arrow, entre las cosas que no le gustaban. Si en su momento no le dimos más importancia no fue por el detalle en sí, claro está, sino porque la presencia de seres muertos, o muertos a medias, o a punto de morir o como quiera que estuvieran, en la isla que íbamos a visitar nos pareció más relevante, pero el señor Arrow también cumplió sobradamente con los peores presagios.

Poco tiempo, hay que decir a favor del desdichado. Y es que a su incompetencia, rápidamente demostrada, se unió enseguida una cierta... llamémosla inclinación, hacia la bebida. Cómo la conseguía, a decir verdad que ni siquiera hoy, tanto tiempo después, soy capaz de saberlo, pero que el señor Arrow a veces se caía, causándose heridas; otras se pasaba todo el día tumbado en su litera, en un rincón de la caseta, y en raras ocasiones, y durante uno o dos días, estaba casi despabilado y atendía tal cual a sus obligaciones, es más cierto que todo cuanto sucedió. Por mi honor. Nunca supimos cómo lograba beber, y por más que se encerraba bajo llave cualquier bebida alcohólica o espirituosa que se hallase a bordo, el señor Arrow aparecía en la cubierta tambaleándose y hediendo a ron, a ginebra o a cualquier otra cosa que se pudiese beber y fuese capaz de tumbar a un hombre. Hasta que un día no apareció, tras caerse por la borda una noche oscura con el mar de proa.

Nadie se apenó, pero tampoco se sorprendió. Y, además, demostré poca picardía —una vez más, pero esa falta la llevaba aparejada a mi corta edad— al no llamar la atención de nadie sobre unas extrañas marcas dejadas en la borda, a proa, cerca del bauprés y las redes de la delfinera, por donde pudo haberse caído el desdichado. Quizá temí que se me tomase por tonto, o que nadie me creyese o, directamente, que nadie me hiciese caso, lo que me habría dejado en mal lugar ante la tripulación, algo que no quería que sucediese.

Pero el caso es que yo vi, y por cierto que tan bien como veo la pluma con la que

esto escribo, unas marcas como de arañazos, que además comprobé colocando mi mano y mis dedos sobre ellas, acompañadas de unas gotas de sangre en la balaustrada. Las seguí con la mirada hasta las redes, donde me pareció ver más manchas rojas, pero ya quedaban lejos de mi vista y además el capitán Smollet estaba llamándome con grandes voces, diciendo algo acerca del destino de los inútiles y de si yo quería saberlo de primera mano. Así que corrí a popa y el incipiente descubrimiento de que tal vez el señor Arrow no se hubiese caído sin más, sino que hubiese luchado con alguien de un modo terrible y desesperado, tanto que dejó las marcas de sus uñas sobre la gruesa madera de a bordo antes de caer al agua... se perdió con él.

Pero nos habíamos quedado sin piloto, y era, por supuesto, necesario ascender a uno de los tripulantes. El contramaestre, Job Anderson, era el más indicado de los de a bordo, y, aunque conservando ese título, sirvió en cierto modo como segundo. Mister Trelawney había navegado mucho, y sus conocimientos fueron de gran utilidad, pues muy a menudo se encargaba de una guardia en tiempo tranquilo. Y el timonel, Israel Hands, era un marino veterano, cuidadoso, agudo y de mucha experiencia y en quien se podía confiar en cualquier dificultad.

El viaje seguía, pues, su curso. En los momentos en los que no estaba especialmente ocupado, o que lograba escaparme de la, a veces, tiránica mirada del capitán Smollet, para mí era muy grato acudir a la cocina para poder charlar con John Silver, a quien sus camaradas llamaban «Barbecue», un apodo seguramente conseguido en sus anteriores años en el mar.

Tampoco me extenderé mucho en la figura de Silver, y espero que quien lea esto por segunda o tercera vez sepa disculparme. Y es que, para enmascarar cuanto sucedió en aquella horrible isla llena de zombis, en mi primer relato le di a Silver un protagonismo que nunca tuvo, disfrazando de ese modo la verdad. Sí es cierto que disfrutaba de la compañía de Long John, que me trataba casi como a un igual y que me contaba cosas de sus viajes, de los barcos y de los piratas, pero ya he dicho y repetido cientos de veces en apenas cuarenta páginas que esta vez iba a contar la verdad.

Y la verdad es que John Silver tuvo un papel mucho más pequeño del que todos piensan. Quien se acerque a esta historia por primera vez no notará la diferencia, pero quien haya leído la otra podrá echarle de menos. Bien, lo hecho, hecho está, como decía él mismo, y si entonces le utilicé para adornar mi relato, bien es cierto que antes me había utilizado él a mí para ganarse la confianza de los oficiales. Mano por mano, pues, y ya es hora de dejar a ese rufián en su cocina y con sus compañeros muertos.

Pero, explicado este punto y volviendo a la travesía que nos ocupa, debo admitir que le buscaba y que hablábamos a menudo.

—Ven por aquí, Hawkins —me decía cada vez que me veía—; ven a echar un

párrafo con John. A nadie veo aquí con más gusto que a ti, hijo. Siéntate y oye las novedades.

Me gustaba estar con Long John, sí, tal vez porque me trataba con esa extraña mezcla de un padre y un camarada de armas, aconsejándome en unas ocasiones y compartiendo confidencias en otras, como si unas veces yo fuera el pequeño Jim y otras el piloto Hawkins... Además, la enorme influencia que Silver tenía en la tripulación hacía que, al pasar tanto tiempo con él, los curtidos marineros me vieses como algo más que un simple grumete. De hecho, todos le obedecían a él, todos le escuchaban y le respetaban, y en ocasiones era cuestión de plantearse si, pese a la eficaz y dignísima labor de Job Anderson, no hubiese sido más lógico ascender a segundo de a bordo al propio cocinero.

Sufrimos algunos temporales fuertes, que no hicieron sino poner a prueba las buenas partes de *La Hispaniola*. Todos a bordo parecían muy contentos y a fe que debieran haber sido muy difíciles de contentar para no estar satisfechos, pues creo que nunca hubo una dotación de barco tan mimada desde que Noé navegó los mares. Había ronda general de grog por el más nimio pretexto; se repartía pudin todos los días en que se celebraba algo, como, por ejemplo, si el caballero oía que era el santo de alguno, y siempre había un barril de manzanas destapado en mitad del combés para que las cogiera quien tuviese ganas.

Y es, precisamente, en ese barril de manzanas donde comenzó a cocinarse la segunda parte de esta historia, como aquellos que ya la conocen sin duda recordarán. Puesto que estaba tan a mano y al alcance de todos, el barril pronto comenzó a quedarse sin manzanas, de manera que, aquella noche, la que parecía que iba a ser por fin la última de nuestra singladura, cuando decidí comer una antes de acostarme, no me quedó más remedio que estirarme hasta casi el infinito, colgado del borde del barril, para tratar de alcanzar las apenas cuatro o cinco que quedaban en el fondo. Y, como es lógico y todo el mundo ya sabe, caí dentro del barril con menos estrépito del que debiera haber hecho un chico de mi edad y corpulencia.

Pero caí. Y el que sí hizo estrépito al sentarse fue alguien que se colocó instantes más tarde apoyando su espalda en el barril, que no fue otro que el propio John Silver, que decía:

—No, yo no. Flint era el capitán; yo era cabo de mar a causa de mi pata de palo. La misma andanada que me dejó sin pierna le apagó al buen Pew los faroles. Fue un maestro cirujano el que me la cortó, de colegio y todo, con el latín a calderadas y mucho saber; pero lo ahorcaron como a un perro, y lo dejaron secándose al sol, como a todos los demás, en Corso Castle. Era la gente de Roberts, ya sabes...

—¡Ah! —exclamó otra voz, la del marinero más joven de a bordo—. Ese era la flor del rebaño: nadie como Flint...

—Oh, el viejo *Walrus*, el barco de Flint... —evocó Silver—. Gran barco, sí señor,

al que he visto yo todo empapado en sangre roja y a punto de hundirse con el peso del oro. Pero... ¿y su gente? Ah, su gente... qué triste historia tantas veces repetida. Con todo el oro que logramos... Pues aquí están a bordo la mayor parte, y contentos de que les llenen la tripa, pues andaban hasta ahora pidiendo limosna muchos de ellos. Pew, el que había perdido la vista, se gastó sin pizca de vergüenza mil doscientas libras en un año. ¿Y qué ha sido de él? Bien, ya está muerto y bajo las escotillas, pero en los dos últimos años el hombre andaba muriéndose de hambre. Pedía limosna, y robaba, y cortaba pescuezos, y se moría de hambre con todo.

—Bueno, pues entonces no sirve de mucho, después de todo —dijo el marinero.

—No sirve de mucho a los tontos, tenlo por seguro, ni eso ni nada —exclamó Silver—. Pero óyeme: eres joven, es verdad, pero listo como el aire. Lo vi en cuanto te eché la vista encima, y voy a hablarte como a un hombre.

Fácil es imaginar lo que sentí al oír a aquel abominable y empedernido bribón dirigir a otro las mismas frases de adulación que había empleado conmigo y con las que me había ganado abiertamente, pero también es fácil saber el escalofrío que me recorrió de arriba a abajo al escuchar que la tripulación de Flint era, ahora, la de *La Hispaniola*.

Lo que escuché a continuación fueron las lisonjeras palabras de Silver con las que logró dibujarle al marinero un mapa nuevo, un mapa lleno de aventuras, riquezas y felices camaradas, hasta que con un último gesto, contestó a las palabras de Long John con un sincero «pues ahí va mi mano y estoy en ello». Lo que quería decir que, si a la tripulación de Flint le faltaba algún miembro —el ciego Pew, o el señor Arrow tal vez—, ya lo habían reemplazado.

Entonces llegó un tercer hombre, sentándose con ellos, a quien Silver anunció alegremente:

—Dick ya está asegurado.

—Ya sabía yo que estaba asegurado —la voz del timonel Israel Hands me llegó limpia y clara como mi propia respiración—, pues se ve que es chico listo, eso lo supe en cuanto levamos el ancla.

—Pues ahora, atentos y a mi señal —ordenó Silver—. Ni una gota de ron, ni una voz más alta que otra, ni una mala mirada. Todos corderos y buenos tripulantes hasta que yo dé la señal.

—¿Y cuándo será eso? —gruñó Hands—. Porque no aguanto más al capitán Smollet, todo el día encima diciéndome esto y lo otro, y durmiendo en su cámara llena de riquezas...

—Cuando yo lo diga. ¡Prisa! ¿Para qué quieres prisa? Tenemos un buen barco y un buen capitán... Tendremos las bodegas llenas de oro, el barco bien abastecido y hasta un doctor para curarte la tripa, si es necesario. Esperaremos a que yo diga, y porque no me fío de vosotros, que si no, haría la mitad del viaje de vuelta con ellos...

—Pero, ¿acaso no somos todos marineros a bordo? —se extrañó Dick—. ¿Acaso no sabemos...?

—No, no sabemos —cortó Silver tajantemente—. Sabemos seguir una derrota, pero no sabemos marcarla. Sabemos que hay un tesoro, pero no sabemos dónde está porque el mapa de Billy Bones lo tienen ellos. Sabemos que hay una isla con seres extraños, pero no sabemos qué son ni dónde están... ¿O tú sí lo sabes? Pues esperaremos. Llenaremos las bodegas con el tesoro y daremos la vuelta como quieren los estirados caballeros.

—Pues no veo qué mal hay en un poco de diversión —insistió Hands—. Que todos han trabajado duro y se lo merecen.

—Israel, tu cabeza no es que valga para mucho, nunca ha valido, pero al menos tienes orejas y sabes escuchar. Pues hazlo. —Silver lanzó un suspiro, quizá de cansancio—. No es momento de fiestas. Sí, todos son alegres y se lo merecen, pero también lo era Pew, ¿recuerdas? Sus fiestas y las mujeres que nos traía eran fabulosas, pero... ¿dónde está ahora? Atropellado en un camino de mala muerte junto a una posada perdida junto al mar. ¿Y Flint? Yo le he visto irse a la cama con cuatro chicas a la vez, borracho, y acostarse con ellas sin quitarse las pistolas de la cintura, pero... ¿le ves tú ahora? No sabéis estar contentos si no estáis borrachos, y sois capaces de desperdiciar una oportunidad como esta por cuatro tragos mal bebidos.

—Vamos, John, no he hablado mal para que te enfades —Hands pareció enfadarse también—. Pues si vamos a empezar así, mal acabaremos.

—Guárdate tus gallerías de gallito, Israel —replicó Silver torvamente—. Todos sabemos que me gusta ir suave, a lo caballero, pero que estoy dispuesto a todo, y más por una montaña de oro. Recuerda que algunos temían a Pew, otros a Billy Bones y otros te temían a ti, pero que todos temíais a Flint... y que Flint me tenía miedo a mí. Ándate con guardia si en tu barco está Long John —advirtió.

—Bueno, ¿pues qué vamos a hacer con ellos? —intervino entonces Dick.

—Esperar. Y en cuanto llegue el momento y yo dé la señal, muerte. Solo pido una cosa —y al hacerlo, aunque yo no podía verlo, creo que estaba sonriendo—: que me den al caballero. Le arrancaré la cabeza del cuerpo con estas manos...

Los tres se rieron silenciosamente, pero entonces Dick volvió a preguntar, esta vez más comedido o, quizá, más temeroso:

—Y... ¿y qué vamos a hacer con esos demonios que viven en la isla? Esos... zombis o como se llamen.

—No conozco demonio alguno, ni zombi ni muerto viviente —repuso Silver rápidamente, atajando de paso la posible respuesta de Hands—. Si no sabemos qué son, se lo preguntaremos a alguien que lo sepa, pero ten presente esto, joven Dick: caminan, como los hombres, y se mueven y matan, como los hombres, así es que pueden dejar de moverse y pueden morir... como los hombres. Si muerden en vez de

usar el sable, pues habrá que sacarles los dientes, pero morirán si se cruzan en nuestro camino. ¿Demonios? ¡Quia! Los demonios somos nosotros, muchacho...

De nuevo el trío de rufianes estalló en una alegre carcajada, disipando sus temores al soplo de la brisa, hasta que, con la última risotada, Silver añadió:

—Anda, Dick, y ahora sé bueno y tráeme una manzana, que parece que me gruñe la bodega de mis tripas...

Dick se levantó, presto a cumplir la orden; mi corazón estuvo a punto de pararse al ver que iba a ser descubierto y, entonces, quizá enviada por el Señor, una voz gritó desde lo alto de la cofa:

—¡Tierra!

V

CONSEJO DE GUERRA

Oí el tropel de la gente que subía presurosa de la cámara y del rancho de la marinería, y, deslizándome en un instante fuera del barril, me agazapé bajo la cangreja del trinquete, di un rodeo hacia popa y volví a aparecer sobre la cubierta franca a tiempo para reunirme con Hunter y el doctor Livesey que corrían hacia la amura de barlovento.

Allí estaba ya todo el mundo. Un cinturón de niebla se había levantado en cuanto apareció la luna. Allá lejos, al sudoeste de nosotros, vimos dos colinas bajas, a un par de millas una de otra, y alzándose por detrás de una de ellas, otra tercera y más alta, cuya cima aún estaba envuelta en la bruma. Las tres parecían escarpadas y de forma cónica. Claro que todo eso lo vi como con una niebla cubriéndome los ojos, puesto que aún no me había repuesto de las impresiones que me causaron las palabras de Silver y Hands.

¡Piratas! ¡Estábamos rodeados de piratas! ¡Es más, nos dirigíamos a una isla llena de zombis rodeados por una banda de piratas! Oh, sí, os juro que en aquel momento deseé estar en el camino de la posada del «Almirante Benbow», solo y desarmado frente a Dirk, en lugar de en aquel barco, porque me parecía que tendría más posibilidades de sobrevivir. Pero finalmente me serené un poco, lo justo para que dejasen de temblarme las piernas y para darme cuenta de que, al menos, mis compañeros debían saber la horrorosa verdad que nos rodeaba.

Busqué, pues, un pretexto para poder narrarles lo sucedido al capitán, al doctor y a los demás, ya que estaba claro que no podía callar por más tiempo. Así que, cuando el doctor se dirigió a mí para pedirme su pipa —si Billy Bones bebía demasiado y ello fue la causa de su muerte, otro tanto podría decirse del doctor y su hábito de fumar... ¡pero cualquiera se lo decía!—, aproveché y en voz baja le susurré atropelladamente:

—Doctor, tengo que hablarles. Haga que el capitán y el caballero bajen a la cámara y que me manden llamar con cualquier excusa. Sé cosas terribles.

El doctor se inmutó un poco, pero en un instante se dominó.

—Muchas gracias, Jim —dijo en voz alta—: eso era lo que quería saber —añadió como si me hubiera hecho alguna pregunta.

Y con esto dio media vuelta y se unió a los otros dos. Hablaron un rato, y aunque ninguno de ellos hizo movimiento alguno, ni alzó la voz, ni hizo la menor demostración, no había duda de que el doctor Livesey les había comunicado mi petición, pues enseguida vi al capitán que daba una orden a Job Anderson, y el silbato convocó a toda la tripulación sobre cubierta.

—Muchachos —dijo el capitán—, tengo que decir unas palabras. La tierra que está a la vista es el punto de nuestro destino. Mister Trelawney, que es un caballero muy liberal, como todos sabemos, acaba de hacerme unas preguntas y he podido contestarle que todos a bordo han cumplido con su deber, del primero al último, y como yo no hubiera podido desear mejor. Pues bien, él, el doctor y yo vamos a bajar a la cámara para brindar por vuestra salud y suerte, y van a servirnos a vosotros grog para que bebáis a la nuestra.

La tripulación estalló en un más que sentido «¡hurra!», de manera que pronto el grog corrió sobre las tablas mientras los caballeros se retiraban a la cámara y, al cabo, mandaban llamar a Jim Hawkins.

Los encontré sentados en torno a la mesa; tenían ante ellos una botella de vino español y pasas, y el doctor fumaba de prisa con la peluca sobre las rodillas, señal en él de agitación. La ventana de popa estaba abierta, pues era una noche calurosa, y se veía cabrillar la luna en la estela que dejaba el barco.

—Vamos, Hawkins —dijo el caballero Trelawney—, tú tienes algo que decir. Habla.

Hice lo que se me pedía, y en tan pocas palabras como pude relaté toda la conversación de Silver. Nadie me interrumpió hasta que acabé; los tres permanecieron inmóviles y tuvieron los ojos fijos en mí desde el principio hasta el fin.

—Jim —dijo el doctor Livesey—, siéntate.

Titubeé, pero era el momento de contar las cosas, de manera que suspiré cuando dije:

—Es que... es que aún no he terminado, señor. Esto tiene que ver con lo que dijo el capitán Smollet acerca de los seres extraños que pueblan estas aguas. Con esos... zombis.

Todos me miraron con asombro y, con un mudo gesto de su pipa, el doctor me animó a continuar. Así que les conté lo sucedido en el «Almirante Benbow» —¡qué lejos estaba ya!— y la imagen espeluznante de Dirk comiéndose el cadáver del viejo Pew. Y los terribles aullidos que escuché en la posada la noche antes de embarcarnos. Y también las marcas que me pareció ver en la proa al día siguiente de que el señor Arrow se cayese al mar, o más bien, así lo creía yo y así lo hice saber entonces, lo hubiesen tirado. Y al acabar me sentí como si me hubieran quitado todas las toneladas que pesaba *La Hispaniola* de encima.

Me hicieron sentar a la mesa junto a ellos; me escanciaron un vaso de vino y me llenaron las manos de pasas; y uno tras otro, y cada uno haciéndome una reverencia, bebieron a mi salud y me mostraron su agradecimiento por mi suerte y por mi valentía.

—Y ahora, capitán —dijo Trelawney—, usted tenía razón y yo estaba

equivocado. Y me temo que hasta en lo de esas criaturas extrañas que usted llamó zombis. Confieso que soy un asno, y espero sus órdenes.

—No más asno que yo, señor mío —contestó el capitán—. Pero de nada sirve hablar puesto que necesitamos mucho más que palabras, si tan apurados estamos. Veo, pues, un par de cosas que me gustaría explicar.

—Pues no pierda tiempo, amigo —animó el caballero Trelawney—. Que a partir de ahora estamos en sus manos.

—Primer punto: tenemos que seguir adelante, porque no podemos volver grupas. Si diese la orden de volvernos, se rebelarían en el acto. Segundo punto: tenemos tiempo por delante; al menos, hasta que se encuentre ese tesoro. Tercer punto: hay marineros fieles. Ahora bien, más pronto o más tarde tendremos que venir a las manos, y lo que yo propongo es coger la ocasión por los pelos, como suele decirse, y empezar a golpes un buen día, cuando ellos menos se lo esperen. ¿Podemos contar, por supuesto, con sus servidores, «mister Trelawney?

—Como conmigo mismo.

—Cuatro —dijo el capitán, echando cuentas—, que con nosotros hacen ocho, contando aquí a Hawkins.

—¿Y qué hay de los marineros fieles?

—Probablemente los que buscó el propio Trelawney —dijo el doctor—, los que contrató antes de dar con Silver.

—No —contestó el caballero con disgusto—, Hands fue uno de los míos.

—Lástima, es un buen hombre de armas al que preferiría ver a mi lado que frente a mi mosquete. Visto lo visto y siendo los que somos, me temo que tenemos que mantenernos a la capa y estar con atención. Ya sé que es cosa difícil de aguantar, que para todos sería más agradable romper el fuego nada más terminar esta copa de vino, pero no hay otro remedio hasta que sepamos con quiénes podemos contar. A la capa, y a esperar el viento: esa es mi opinión.

—¿Y qué hay de las criaturas de las que nos habló? —quiso saber el doctor Livesey—. Según el relato de Jim, no solo existen los zombis sino que uno de ellos era de la pandilla de estos bribones, lo que me hace suponer, como a ustedes, que más de uno lo será, en realidad.

—Cada cosa a su tiempo —respondió el capitán Smollet—. Ahora mismo me preocupa más el sable de un pirata, que sí sé lo que es y cómo luchar contra él, que un misterioso zombi surgido de sabe Dios dónde al que no sé cómo matar. Si es que sigue vivo.

—No se puede matar a un enemigo que ya ha muerto.

—No, caballero Trelawney —respondió Smollet fríamente—. Pero sí se le puede impedir que nos mate a nosotros. Pero, al igual que con los rufianes de ahí fuera, cada cosa a su tiempo, y de esa tormenta nos ocuparemos cuando llegue el viento.

—Aquí, Jim —dijo el doctor—, puede ayudarnos más que nadie. Los marineros no desconfían de él y Jim es un muchacho observador.

Aquellas palabras del doctor, que pretendían ser un halago y el sumarme a un reducido grupo de hombres de armas, en realidad comenzaron a abrumarme, puesto que apenas me veía yo capaz de hacer gran cosa salvo escuchar y contar luego lo que había oído.

Y mientras tanto, fuera yo de utilidad o no, solo había ocho entre todos los veintiséis en los que sabíamos que se podía confiar; de esos ocho uno era un mozalbete, de modo que los hombres talludos de nuestro partido eran siete contra los diecinueve del contrario.

Eso sin contar con que, llegado el caso de que los siete pudieran contra los diecinueve, en tierra esperaba una horda feroz de la que aún no sabíamos nada, nada salvo que eran capaces de comerse a los hombres, vivos o muertos. Y que al menos uno, Dirk, era de su bando.

Bueno, y que nada podía detenerles.

VI

LA LLEGADA A LA ISLA

Cuando subí a cubierta, a la siguiente mañana, el aspecto de la isla había cambiado por completo. Aunque la brisa había amainado del todo, habíamos hecho mucho camino durante la noche y estábamos ahora encalmados a una media milla al suroeste de la costa oriental, que era muy baja. Bosques de un color gris cubrían gran parte del terreno. Es cierto que esta tonalidad monótona se interrumpía con bandas de arena amarilla en las tierras más bajas y con muchos árboles altos de la familia del pino, que descollaban sobre los demás, algunos solitarios y otros en grupos, pero la coloración general era uniforme y triste. Los montes se erguían bruscamente sobre la vegetación como torreones de pelada roca. Todos tenían extraña configuración, y El Catalejo, que sobrepasaba en dos o tres centenares de pies la altura de los otros, era también el de más rara forma: se alzaba casi a plomo por todos sus lados, y aparecía cortado de pronto en la cima, como un pedestal para poner sobre él una estatua.

La Hispaniola estaba balanceándose hasta meter los imbornales bajo el agua, en la gran ondulación del océano. Las botavaras tiraban violentamente de las garruchas, el timón daba bandazos de un lado a otro y todo el barco crujía, rechinaba y se movía como una fábrica en pleno trabajo. Tuve que agarrarme con fuerza a un barandal, y el mundo entero daba vertiginosas vueltas ante mis ojos, pues aunque era yo un regular marinero con el barco en marcha, esto de estar parado y rodar de aquí para allá como una pelota era cosa a la que nunca pude acostumbrarme sin sufrir, sobre todo de mañana y con el estómago vacío.

Quizá fuera esto; acaso fue el aspecto de la isla, con sus bosques melancólicos y grises y sus abruptos peñascales, y las rompientes que oíamos y veíamos cubrirse de espuma y retumbar sobre la escarpada playa...; o quizá la amenaza latente que creía percibir en sus bosques en forma de misteriosos seres no-muertos, pero lo cierto es que, aunque el sol resplandecía brillante y caluroso, y pudiera suponerse gozoso a cualquiera de llegar a tierra después de tanto tiempo en el mar, se me bajó el alma a los pies.

Teníamos por delante toda una mañana de trabajo abrumador, pues no había señal alguna de viento y era necesario echar los botes al agua y tripularlos y remolcar el buque tres o cuatro millas, dando la vuelta a la punta de la isla y metiéndonos luego por el estrecho canal hasta el fondeadero que estaba detrás de la Isla del Esqueleto. Me fui de voluntario en uno de los botes, donde, por supuesto, no hacía falta ninguna. El calor era insoportable y los marineros gruñían rabiosamente mientras trabajaban. Anderson patroneaba mi bote, y en vez de mantener la disciplina entre la tripulación, murmuraba más alto que ninguno.

Fondeamos precisamente donde estaba el áncora en el mapa, a un tercio de milla de las dos costas, teniendo a un lado la isla grande y a otro la Isla del Esqueleto. El fondo era de arena limpia. El chapuzón del ancla hizo levantarse nubes de pájaros que giraban chillando sobre los bosques; pero en menos de un minuto volvieron a posarse, y todo quedó otra vez en silencio.

El fondeadero estaba rodeado de tierra por todos lados, en medio de bosques; los árboles llegaban hasta la marca de las mareas altas; las costas eran llanas por la mayor parte, y las cumbres de los montes se alzaban alrededor, a cierta distancia, en una especie de anfiteatro: una aquí y otra allá. Dos riachuelos, o mejor dicho, dos pantanos, desembocaban en aquel lago, pues así podía llamársele, y el follaje en aquella parte de la costa tenía como una especie de ponzoñoso lustre. Desde el barco no podíamos ver nada de la casa o de la estacada, porque estaban enterradas entre los árboles, y a no ser por el mapa que estaba en la cámara, pudiera creerse que éramos los primeros que habían anclado allí desde que la isla surgió de los mares.

No se movía una bocanada de aire, y solo rompía el silencio el tronar de las rompientes, a media milla de distancia, a lo largo de las playas y contra las rocas en el exterior. Un olor raro, como de aguas estancadas, se cernía sobre el fondeadero: olor de hojas en remojo y de troncos podridos. Vi que el doctor no hacía sino aspirar por la nariz, como quien prueba un huevo que no está fresco.

—No sé si habrá por aquí tesoros —dijo—, pero apuesto la peluca a que hay fiebre.

Pero si la conducta de los marineros había sido alarmante en los botes, cuando volvieron a bordo se hizo francamente amenazadora. Se tendieron por cubierta en grupos que charlaban y gruñían. La más ligera orden era recibida con miradas aviesas y ejecutada rezongando y de mala gana. Hasta los marineros honrados se habían contagiado, pues no había ninguno a bordo que pudiera servir de modelo a los otros. Pese a los intentos de John Silver de suavizar las cosas, estaba claro que cualquier motivo, por fútil o intrascendente que pudiera parecer, podría encender una chispa que hiciese explotar la nave.

El propio capitán Smollet lo reconoció cuando, poco después, nos reunimos todos en la cámara.

—Si me arriesgo a dar otra orden, se nos va a venir encima todo el barco. Ahora mismo, señores, las cosas están así: Me dan una mala contestación; pues bien, si se la devuelvo, los puños van a andar por el aire enseguida; si me callo, Silver va a ver que hay gato encerrado, y el juego está descubierto.

—¿Y qué podemos hacer?

—Dejarles en paz. Quiero decir, demos a los marineros una tarde de asueto en tierra. Si se van todos, nos apoderamos del barco y lo defenderemos. Si ninguno se va... bueno, pues entonces nos fortificamos en la cámara y que Dios ayude a los

buenos. Y si se van solo algunos, acuérdense de lo que les digo: Silver los traerá a bordo tan mansos como corderos. No le interesa armar jaleo antes de tiempo y, aunque no sé qué tiempo es ese, si hemos llegado hasta aquí, es que aún nos quiere para algo. Echémoslos a tierra y entre medias busquemos cualquier cosa que dispare.

Nos miró fijamente y luego añadió, mirando al caballero Trelawney y con una pizca de ironía:

—Esta es mi opinión, naturalmente. Solo mi opinión.

La pulla sobraba, estaba claro, puesto que todos estábamos ya en manos del capitán y de su buen juicio. Así que explicamos la terrible situación a Tom, Joyce, Redruth y Hunter y les dijimos que recogieran todas las armas que pudieran y se atrincheraran con nosotros en la popa. Luego el capitán «premió» a los marineros con una agradable tarde en tierra.

Todos estallaron en gritos de júbilo, como si tal vez creyeran que bajar a tierra significaba ya ponerse a recoger puñados de oro y joyas, pero lo cierto es que, una vez organizada la peculiar expedición en dos botes, solo seis de los marineros se quedaron a bordo.

¿Que por qué me lancé sobre la proa de uno de ellos y me encontré de pronto navegando hacia tierra en un bote lleno de piratas? Bueno, el impulso que tuve en ese momento no supe explicarlo nunca, ni en el anterior relato que hice de este viaje ni tampoco las veces que lo he narrado a mis conocidos o a mis propios hijos. Quizá porque seis marineros contra seis de los nuestros me pareció un número igualado y que me permitiría alejarme, puesto que en nada se me necesitaba entonces si había lucha. O porque a lo mejor pensé que no podíamos dejar solos a los piratas y no saber qué tramaban...

No lo sé. Hoy sigo sin saberlo, pero lo hice. Así que, después de una espectacular regata entre los dos botes en la que tuve la suerte de estar en el que salió con cierta ventaja, me encontré con que de pronto tocábamos tierra y con que yo saltaba como un loco por la playa mientras oía detrás de mí la voz de Silver llamándome:

—¡Jim, Jim! ¡Vuelve, Jim!

Corriendo como un gamo me interné en la selva, justo cuando Silver me llamaba de nuevo con unas palabras que ya no acerté a oír:

—¡Vuelve, Jim! ¡Vas derecho al pantano de los zombis!

VII

MI AVENTURA EN TIERRA

Así que, mientras me gritaban cosas que apenas alcanzaba a escuchar, yo corría entre la floresta, apartando helechos del tamaño de mi cuerpo y esquivando macizos troncos de árboles. Corría un poco a lo loco, lo confieso, pero al mismo tiempo tratando de poner la mayor distancia posible de por medio con el grupo de piratas.

Ante mí la selva iba poco a poco despejándose, cruzando una zona de suaves ondulaciones enmarcada por extraños árboles retorcidos, semejantes a nuestros robles pero con un follaje más pálido. Habiendo dejado atrás a los piratas y estando en una senda fácil en una isla aún por explorar, viendo al fondo uno de los montes con su cúspide alumbrada por el sol, mi joven corazón me empujó a seguir adelante, alejándome de los oscuros pensamientos de peligros y zombies.

Mi camino me llevó a atravesar poco después una zona más pantanosa, rodeada por sauces de gran tamaño, rodeados a su vez por una exuberante vegetación, cuyos helechos me llegaban en ocasiones a la altura de los hombros pero que no me impedían mi fogoso caminar, de modo que continué deseando alcanzar aquel monte cada vez más cercano y poder echar un vistazo desde lo alto.

Y de pronto, con un vuelco en mi corazón, al girar la cabeza para ver el camino que llevaba andado, me encontré ante un espectáculo dantesco, una escena que jamás pensé que nadie pudiese ver y que, pese a comenzar de manera casi hasta inocente, me provocó tal horror que fue lo que hizo que el relato de este viaje que todo el mundo conoce se limitase a hablar de tesoros, piratas, barcos y cañonazos. Entonces no podía contar aquello; no después de ver lo que vi en ese momento en la isla. Y a fe que he tardado en poder hacerlo.

Un poco más abajo, y perfectamente visible por vestir de blanco y llevar un pañuelo de tono morado anudado en la cabeza, venía uno de los marineros de *La Hispaniola* llamándome a grandes voces. Al parecer, los gritos de Silver reclamándome habían hecho que el grupo que había llegado a tierra se pusiera a buscarme, por más que yo prefiriese que no me encontrasen, por aquello de no estar seguro de quién era amigo y quién no.

No pude reconocerle al hallarse a relativa distancia y además medio oculto por la floresta, pero el caso es que, sospechando que la mayoría de los que estaban en los botes eran de la calaña de Long John, mi instinto me hizo agacharme y observar qué dirección tomaba para irme yo por la opuesta. Y por eso mismo, por estar mirando, fue por lo que vi la atrocidad que vino a continuación.

Fueron dos, salidos como por ensalmo a ambos lados del marinero. Altos, delgados, con los miembros a punto de romperse, la piel hecha jirones, pero capaces

de saltar y con las fauces —pues fauces y no boca tenían— abiertas. Se abalanzaron sobre el marinero quien, sorprendido, apenas pudo protegerse la cara y caer derribado por el que le atacaba por su izquierda, más cerca.

Al caer al suelo, el otro zombi, que estaba más lejos y por tanto había dado un salto mayor, pasó por encima de ambos, ya que no encontró cuerpo alguno con el que tropezar y, por lo tanto, aterrizó un par de metros más allá. Se revolvió justo cuando el marinero, que sería pirata y rufián, pero al menos tenía agallas y ganas de conservar su vida, forcejeaba con su atacante y lograba separarse de él lo justo para, en un rápido gesto, sacar el cuchillo que llevaba en su faja y clavárselo.

El zombi aulló, pero se limitó a mirar el cuchillo que tenía atravesándole las tripas, mientras el otro era el que se abalanzaba sobre el desdichado marinero. Este se intentó proteger como pudo, pero mientras luchaba con uno el otro le rodeó y, desde atrás, saltó sobre su cuello.

Un alarido espantoso, mucho más espeluznante que los que yo había oído hasta entonces, atravesó la atmósfera y me llegó como si los tuviera a mi lado. Aterrado, vi cómo los dos zombis mordían y destrozaban aquel cuerpo con sus manos convertidas en garras, cómo en apenas un instante el que fuera un marinero de *La Hispaniola* se había convertido en un informe montón de carne sanguinolenta a la que estaban arrancando trozos salvajemente, a puro mordisco.

Horrorizado, con la funesta sensación de ser el siguiente, giré sobre mis talones y eché a correr todo lo rápido que la selva me lo permitía. No me importaba nada, no miraba hacia ningún sitio, solo corría sin dirección, lo más rápido que podía para alejar a aquellos seres monstruosos de mí. Corrí, corrí todo lo que pude, y cuando mi atribulado cerebro comenzó a pensar en algo más que en dos zombis devorando a un ser humano, incluso lo hice trazando varios caminos, procurando no romper ramas o aplastar hierbas que delatasen mi presencia.

Corrí hasta que el corazón, que había estado a punto de salirseme del pecho tres o cuatro veces, me pidió que parase. Porque fue él, y mi falta de respiración, lo que me hizo parar, ya que mis piernas querían seguir corriendo hasta llegar al mar o quizá, incluso, a la misma Inglaterra.

El caso es que me detuve, apoyándome en el tronco de un árbol el tiempo necesario para que mi respiración volviese a ser normal y mis jadeos entrecortados no atronasen la isla entera. Una vez logrado eso, que me llevó una larga serie de minutos, he de admitir, me aparté del árbol y miré a mi alrededor, tratando de reconocer el lugar en el que estaba y, de paso, mi posible nuevo enemigo.

Porque lo había. De eso me di cuenta enseguida, no solo porque lo viese, sino porque, como dicen los grandes soldados, lo olía. Y yo los olí, olí su muerte, su repugnancia, su maldad, todo cuanto de malo queráis adjudicarles, pues lo tienen todo y quizá, incluso, más de lo que habéis visto u os podéis imaginar.

Ante mí había una pequeña charca, rodeada de árboles y helechos, pero tanto el agua como la propia vegetación que la rodeaba aparecían turbias, sucias, ennegrecidas por alguna extraña suerte de viento que solo soplase en aquel entorno. El hedor era casi insoportable, ya os digo, pero la visión de dos extraños seres me hizo quedarme allí, inmóvil tras el tronco de un árbol, mirando sin creer lo que mis ojos me mostraban. Y es que nunca los había visto tan de cerca sin estar, al mismo tiempo, luchando por mi vida, ni tampoco con tanta luz. Es más, creo ser de los pocos —por no pecar de presunción no digo el único— que ha podido ver a uno de esos zombis con tanto detalle y detenimiento sin perder la vida escasos segundos después, y esto es, pues, lo que vi:

Junto a la charca había un hombre. O tal vez lo que en su día había sido un hombre. Tenía su forma, sí, y dos piernas y dos brazos y una cabeza, y llevaba puesta ropa de marinero, destrozada y sucia pero ropa al fin y al cabo. Pero sus manos... sus manos eran apenas un puñado de sarmentosos gusanos que le servían de dedos, cinco trocitos de hueso unidos por una escasa tira de piel ajada y desgarrada que parecía no bastar para sujetarlos. Y aquellas manos entraron en el agua turbia y salieron poco después con un alargado pez que aquella criatura, pues aún hoy me niego a llamarla hombre, se llevó a la boca inmediatamente, comiéndolo mientras el desdichado animal aún daba saltos intentando volver al agua.

Y a su lado, de pie, había otra criatura parecida, otro ser de apariencia también humana, en cuyo rostro destacaban cruelmente los ojos hundidos y ensangrentados, llenando unas cuencas exageradamente grandes y atrayendo toda la atención de quien quiera que le mirase hacia aquella cara que más parecía una calavera colocada sobre los hombros de un muerto.

Estaba horrorizado, lo admito, desconcertado y al mismo tiempo paralizado por el terror. Aunque la noche que huimos del «Almirante Benbow» había sido una noche oscura, las continuas y repetidas veces que había visto el dedo de Dirk apuntándome malignamente habían grabado su rostro en mi mente, un rostro que estaba viendo ahora mismo ante mí, comiendo pescado vivo. Si no era Dirk, que tal vez no lo fuese, pues cómo habría podido llegar hasta allí, era sin duda alguien de su misma especie, alguien que en modo alguno podía llamarse humano.

Así que ante mí tenía dos de aquellos zombis, que de criaturas de las tinieblas habían pasado a ser criaturas sin más, pues eran capaces de salir y actuar a plena luz del día, y detrás de mí al menos otros dos, pues vista su ferocidad, claro estaba que ya habrían acabado de comerse al desgraciado marinero de *La Hispaniola*. Y perdonadme la crudeza, pero tales fueron los hechos y, aunque no guste leerlo, no solo lo mataron, sino que se lo comieron mientras yo corría.

Fue entonces cuando, abstraído como estaba, una mano, esta sí de hombre, me tapó la boca y otra me agarró de tal forma que me volteó sin apenas dejar que me

diese cuenta hasta arrojarme al suelo. Y cuando apenas me estaba preguntando qué había podido pasar para que yo cambiase mi observatorio tras un árbol por una dura roca del suelo, un rostro barbudo y sucio se acercó a mí, diciéndome:

—¡Shsssss! ¡Silencio! ¡Silencio o somos hombres muertos! Traté de resistirme, pero mi forcejeo fue cortado de raíz por la mayor fuerza de aquel hombre, que insistía:

—¡No, no, no! ¡Silencio, silencio, joven amigo, o nos matarán! ¡No soy uno de ellos! ¡Soy un hombre! ¡Soy uno de los tuyos! ¡Soy un hombre!

Tuvo que repetirlo varias veces, y yo mismo tuve que dejar de luchar para comprender que, efectivamente, era un hombre lo que tenía ante mí. Un hombre barbudo, delgado, vestido con un extraño y burdo traje hecho con piel de cabra y que calzaba unos aun más extraños mocasines hechos del mismo material.

—¡Silencio, joven caballero!

Era más una petición que una orden. Era, en realidad, una advertencia, no otra cosa. Así que me relajé, le di a entender como pude por señas que estaba de acuerdo con él y que no gritaría, y entonces él, lentamente, retiró su mano de mi boca.

Lo agradecí como pocas veces, porque aquel hombre olía a cabra y a suciedad; tanto, que ya tenía mis dudas de si el hedor de la charca provenía de las extrañas criaturas o más bien de mi no menos extraño amigo. Pero, mirándole con un poco más de detalle, no vi en él expresión alguna de fiereza o de deseos de matar. Cosa que podría haber hecho mucho antes y con toda comodidad, dicho sea de paso.

De manera que, lentamente, se apartó de mí, insistiendo una vez más:

—Silencio, joven. Silencio, pues nos va la vida en ello.

—¿Quién sois? ¿Y qué son esas extrañas criaturas?

—¿Quién soy? —el extraño personaje ladeó la cabeza varias veces, como si le costara recordarlo—. Soy... no sé quién soy. En otro tiempo fui marino, un buen marino que hizo cosas malas llamado Ben Gunn. Sí, ese fui yo, luego ese puede que siga siendo.

Aquel nombre me resultó levemente familiar, como si lo hubiese oído en alguna otra parte, aunque no pude recordar dónde, evidentemente.

—Yo soy Jim Hawkins —contesté.

—Hawkins... Jim Hawkins —repitió Ben Gunn, como si por hacerlo fuese capaz de retener mi nombre—. El joven marinero Jim Hawkins, pues supongo que marinero sois y que habéis venido en ese barco...

—Sí, estáis en lo cierto...

Intenté levantarme, pero entonces Ben Gunn apoyó una de sus manos en mi pecho y dijo:

—¡No! No os levantéis, joven marinero Hawkins, no aún. Agachados y en silencio, así hemos de estar para salvar nuestras vidas... Seguidme, joven Hawkins,

seguidme hasta lugar seguro...

Y al momento, sin preocuparse de si yo le seguía o no, Ben Gunn comenzó a gatear por la selva, arrastrándose a veces entre la hierba, alejándose de la charca. Lógicamente le seguí, pues ninguna intención tenía de permanecer al lado de criaturas semejantes, y mi mayor agilidad me hizo alcanzarle enseguida, de manera que pronto reptábamos los dos cómicamente, si no fuera porque la situación poco tenía de cómica y más bien todo de terrible tragedia.

Al cabo de un buen trecho, cuando ya mis rodillas y mis codos habían dejado de gruñir por el esfuerzo y se habían puesto a protestar abiertamente, mi extraño guía se detuvo, se puso en pie de un brinco y hasta pareció olfatear el aire como un sabueso que busca una pieza.

—Ya está, ya nos hemos librado de ellos —dijo—. Podéis levantaros, joven amigo Hawkins.

—¿Estáis seguro? —pregunté incorporándome.

—Claro. ¿No lo veis? Apenas huele, ya no hay rastro de su hedor... ¿Acaso no lo notáis?

—Lo único que noto es un olor a cabra. Un intenso olor a cabra, como si estuviese rodeado por ellas.

—No, no, no, no... Solo estáis rodeado por mí, joven marino —sonrió Ben Gunn, si es que a la mueca que me dedicó con su manchada y deteriorada boca se le podía llamar una sonrisa—. La única cabra que veis soy yo, puesto que de ellas visto. Visto ropa de cabra, bebo leche de cabra y como carne de cabra desde que me abandonaron en esta isla maldita.

—¿Que os abandonaron? Pero... ¿quién pudo cometer tal atrocidad?

—Oh, no fue una atrocidad... No, no, señor, en su sucio corazón no fue una atrocidad, creedme que fue un gesto de generosidad por mis buenos servicios en los buenos tiempos... —Ben Gunn se inclinó un poco sobre mí cuando añadió—: El capitán Flint creyó más generoso dejarme aquí en lugar de matarme.

Sentí un escalofrío al oír de nuevo aquel nombre. Y yo estaba otra vez ante uno de sus hombres, aunque hay que decir en defensa de Ben Gunn que en modo alguno parecía un terrible pirata y que no había mostrado intención de hacerme daño. Aun así me quedé paralizado, cosa de la que se debió dar cuenta, porque enseguida me dijo:

—¡Oh, no, joven Hawkins, no temáis! ¡No, no, no, no! Ya no soy uno de ellos. Lo fui hace tiempo, sí, he de reconocerlo puesto que fueron muchas las maldades que hice, pero ya no, ¡ya no! Esta isla llena de maldad ha tenido en mí el efecto contrario, me ha hecho virar de bordo y ser... ser... una buena persona. Os lo juro...

Me miraba, suplicante, como si temiera que fuese yo quien le fuera a hacer daño. Y cierto era que no parecía en modo alguno peligroso, ni poseedor de malas

intenciones.

—Creedme, joven marinero Hawkins, que mis días de abordajes han quedado atrás, tan atrás como los años que llevo aquí purgando mis culpas... Solo, abandonado de todos y sin un mal trozo de queso que llevarme a la boca... —De pronto me miró fijamente y me agarró de las solapas, diciéndome—: ¿No tendréis un trozo de queso, joven amigo Hawkins? ¿Un pequeño, simple y delicado trozo de queso que poder llevarme a la boca después de tantos años? ¡Unas migajas! ¿Unas migajas, tal vez, en el forro de vuestra casaca? Una migaja de queso para el pobre desgraciado de Ben Gunn en alguno de vuestros bolsillos...

Me costó liberarme, y más aun me costó convencerle de que ni en el más remoto de mis bolsillos había una triste migaja de queso, pero finalmente pude soltarme de nuevo.

—Ahora mismo no, pero si me ayudáis a volver con mis amigos, seguro que el doctor Livesey os dará un buen trozo de queso, tenéis mi palabra.

—Ah, joven Hawkins, ¡gracias! ¡Gracias! Oh, perdonadme, perdonad a este viejo Ben Gunn, llevo solo tanto tiempo que ni siquiera sé cómo dar las gracias por esto...

—Bien hecho está, descuidad —a mi pesar, creo que hasta sonreí y todo—. Y ahora acompañadme y ayudadme a encontrar a mis amigos.

—Sí, sí, eso haremos... Estarán a bordo de vuestra nave, ¿verdad? Nobles marineros como vos...

En ese punto me detuve y Ben Gunn me miró fijamente. Comprendiendo la situación, apoyé una mano en su hombro y le conté con pesar que a bordo, precisamente a bordo, sí se encontraban mis amigos, pero sitiados por sus antiguos compañeros de armas, la tripulación de Flint a la que habíamos traído sin saberlo.

Ben Gunn se derrumbó en el suelo, sentándose de igual modo que como se arroja un fardo y cubriéndose el rostro con las manos. Mientras yo le contaba la suerte de engaños en la que habíamos caído, viajando sin saberlo con un grupo de rufianes, Gunn apenas se movió y creo que incluso sollozaba de puro miedo, aunque no podría jurarlo puesto que apenas hacía unos extraños movimientos y a veces más que llorar parecía que reía. Sin embargo, cuando terminé de exponerle la situación, el antiguo pirata se levantó y sacudió la cabeza para tratar de librarse de la tristeza que se había apoderado de él.

—Vayamos, vayamos, joven marino Hawkins, en busca de vuestros amigos honrados, si es que alguno de ellos es tal cosa y si es que siguen vivos. Pues debéis saber que, además de los piratas, en esta isla hay que tener cuidado con las criaturas que la habitan...

¡Las criaturas! Las había olvidado, fascinado por el encuentro con Ben Gunn.

—¡Las criaturas! ¿Qué son esos seres? Porque parecen hombres, pero al mismo tiempo no lo parecen...

Ben Gunn se detuvo y me agarró febrilmente del brazo.

—¡No lo son! No son hombres, señor Hawkins. No, no, vive Dios que no... No son hombres, a decir verdad. Hubo un tiempo en que lo fueron, sí, cierto es, mas no ahora.

—Pero... ¿qué son? —insistí—. ¿Son esos zombis?

—Los españoles los llaman zombis, sí, decís bien —me susurró—. Los descubrieron cuando llegaron al Nuevo Mundo, y contra ellos libraron cruentas batallas por todas las islas. Pero ni siquiera los españoles, escuchadme bien, joven marinero Hawkins, que son quienes han podido vencerles, saben lo que son. Criaturas que murieron pero que se quedaron en el mundo de los vivos... Hombres que están muertos, que no hablan, no sienten ni respiran como vos o como yo, pero que caminan... y matan. Seres que se alimentan de carne humana, que matan y se comen a uno, y a la vez muerden y transforman a otro en lo que son, para asegurarse de que siempre habrá zombis... Son hijos del demonio, joven Hawkins, criaturas de Satanás que caminan por la tierra para llevar la muerte y la desolación allá donde van.

Me quedé petrificado, con el corazón encogido de miedo, pero en ese momento un atronador cañonazo recorrió la límpida atmósfera trayendo hasta nosotros su estampido.

—¡Cañones! —gritó Ben Gunn—. ¡Cañones! ¡Guerra! ¡Muerte!

Comenzó a gritar, dando saltos, pero yo me desasí de su brazo y eché a correr en dirección al cañonazo, atravesando la selva. Ben Gunn, en cuanto se vio solo, emprendió la marcha detrás de mí, llamándome, pero su voz apenas me llegó distorsionada por un nuevo estampido tan poderoso como el anterior.

Coroné una pequeña cumbre y de pronto me detuve, asombrado. Ben Gunn me alcanzó y también se detuvo, quedándose aun más asombrado que yo y con la boca, literalmente, abierta.

Porque ante nosotros, orgullosa y desafiante, lejana pero perfectamente visible, se alzaba la bandera de Inglaterra.

VIII

EL ABANDONO DE *LA HISPANIOLA*

Se me permitirá, llegados a este punto, tomarme una pequeña licencia respecto a la historia que conté en su momento. Supongo que no ha de extrañar, puesto que bastantes cosas nuevas he contado ya y, además, tampoco es demasiado grave. Y es que, en mi anterior relato, era el doctor Livesey quien narraba estos hechos del desembarco y la llegada al fortín, ya que yo me había ido con los primeros piratas que desembarcaron. En esta ocasión, sin embargo, seré yo quien prosiga el relato para no confundir más a un lector que puede estar ya bien confundido por la aparición de tantos fenómenos extraños en la historia que tan bien conocía. Y, como dicen los españoles, lo que te queda.

Para situar de nuevo los hechos en *La Hispaniola*, baste recordar que, mientras yo corría por la isla, a bordo estaban el capitán, el doctor y los demás en la cámara de popa, fortificados y con el mapa, y en el alcázar, bajo la lona de una vela, seis marineros de los que no se sabía cuántos eran de fiar, si es que alguno lo era.

Es bien sabido que el doctor era hombre de acción a quien esperar le resultaba, las más de las veces, frustrante, de manera que resolvió bajar a tierra con Hunter en el chinchorro —llámase así al más pequeño de los botes de a bordo—, que era lo único disponible, y echar un vistazo para ver si se podía saber algo más.

Mientras remaban y pasaban frente a la playa, vieron los dos botes varados en la arena, con un marinero en cada uno de ellos, quienes se agitaron mucho al verles de pronto navegando tranquilamente cuando deberían estar encerrados en el camarote de popa, pero los perdieron de vista en cuanto bordearon un saliente de la isla. Tras unos minutos de plácido ejercicio de remo, el doctor saltó a tierra apenas la proa del chinchorro hubo tocado arena, con un par de pistolas en las manos y casi corriendo para perderse en la espesura fuera del alcance de los piratas.

Apenas hubo recorrido unos cuantos metros, quizá cien, quizá doscientos, cuando se topó con la estacada que mencionaba el mapa de Flint. Receloso y con las pistolas en alto, y apuntando a todas partes a la vez, el doctor caminó cautamente los pasos que le separaban de la extraña fortaleza, y poco después entraba en ella observando en todas direcciones.

Había un manantial de agua clara que surgía casi en la cima de un montículo y, dejando dentro el manantial, habían levantado una sólida casa, hecha de troncos, capaz de albergar, en un apuro, cuarenta hombres y con aspilleras en los cuatro costados para mosquetería. A su alrededor habían talado un anchuroso espacio y se había rematado la obra construyendo una estacada de seis pies de altura, demasiado fuerte para que pudiera ser echada abajo sin mucho tiempo y sin dejar totalmente

expuestos a los asaltantes. Los que estuvieran en la casa de troncos tendrían a aquellos a su merced; podían estar tranquilos y seguros a cubierto y cazar a los otros como perdices. No necesitaban sino estar alerta y tener provisiones, pues, a menos que los sorprendieran, podían defender el fortín contra un regimiento.

Además de ser fuerte, contaba con un manantial propio que aseguraba el suministro de agua. Desde luego, si Flint había levantado aquello, lo había hecho bien. Pero sus reflexiones se vieron interrumpidas por un grito agudo, un grito que él, antiguo médico militar pero también soldado combatiente en la batalla de Fontenoy, reconoció en el acto como el grito de alguien que se muere en medio de atroces sufrimientos.

Regresó el doctor con Hunter a bordo, sin perder el tiempo en averiguar qué había sucedido, pues su instinto le decía que mejor era correr ahora y preguntar después que no quedarse a saber y encontrarse con algo que a nadie le gustaría. O, por mejor decir, más que remar, voló con toda la velocidad que pudo sacar de sus brazos, exponiendo al capitán cuanto había visto una vez puso el pie en la goleta.

Smollet asintió, conviniendo con todos en que estarían mejor en el fortín que en la cámara de *La Hispaniola*, y luego, en voz baja, señaló con la cabeza al castillo de proa, diciendo:

—Mejor será que alguien vigile a esos canallas mientras recogemos nuestras velas. Y mejor, ya puestos, recogemos a toda prisa.

Convinieron pues, y aprovechando que el grupo de piratas estaba descansando, colocar a Tom y a Redruth en la crujía, parapetados tras una tosca barricada pero armados con cuatro mosquetes, mientras el capitán Smollet cerraba la escotilla de cubierta, dejando a los amotinados encerrados. El éxito de tales precauciones pudo comprobarse en cuanto oyeron al capitán, ya que los más rápidos trataron de ganar la cámara, pero un disparo de Redruth les hizo volverse por donde habían venido, mascullando entre maldiciones su particular encarcelamiento.

Tal y como dijera el capitán, se cargó de nuevo el chinchorro con pólvora, víveres y mantas, embarcaron en él Joyce y el doctor, y partieron al fortín para avituallarlos. El doctor observó entonces que, en el lugar donde antes estaban los botes de los piratas, uno de ellos estaba inclinado sobre una de las canoas y del otro no había ni rastro; por tanto, no los vieron pasar.

Confiados en aquel detalle de buena suerte, trasladaron los pertrechos al fortín, quedándose Joyce en él mientras el doctor regresaba a *La Hispaniola*. Al hacerlo por el mismo sitio, volvió a darse de bruces con los botes de los amotinados, y volvió de nuevo a ver al pirata inclinado sobre uno de ellos. Intrigado, el doctor dejó de remar, observando para tratar de averiguar qué era tan importante para estar con la cabeza fija dentro del bote durante tanto tiempo.

Y todavía pasó un poco más hasta que, por fin, el pirata se levantó. Y lo hizo

dejando ver, pese a la distancia, una cara ensangrentada que, además, sujetaba aún entre los dientes un trozo de carne que comía con deleite mientras se ayudaba de una larga y afilada mano. Porque la otra la tenía baja, sujetando por los cabellos como si fuese una simple malla de pescados la cabeza arrancada del pirata de *La Hispaniola*.

Pese a su experiencia militar y su temple y fortaleza habitual, al doctor la sangre se le heló en las venas ante semejante horror. Tomando los remos, se dirigió como una flecha a *La Hispaniola*, no deteniéndose hasta que saltó a cubierta y se encontró rodeado de sus compañeros. Para entonces, con todo, ya había logrado recuperar su presencia de ánimo, de modo que se apartó de los demás y llevó al capitán Smollet por un brazo hasta el lugar más alejado de la cámara.

—¿Habéis topado con esos canallas? —preguntó el capitán, inquieto—. Porque algo os ha sucedido y os ha alterado de un modo que no es normal en vos...

—Decidme, capitán... —apremió el doctor Livesey en un susurro—. Quienes os hablaron de los zombis, ¿qué os dijeron exactamente?

El capitán dirigió una rápida mirada a su alrededor, y viendo que ambos estaban más o menos solos mientras los demás se afanaban en cargar el chinchorro, bajó también la voz cuando contestó:

—Pues que son seres ni vivos ni muertos; antaño fueron hombres que murieron y vagan por este mundo matando gente y convirtiendo a otros en zombis.

—¿Qué más? Recordad cuanto podáis, capitán —insistió el doctor.

Smollet hizo un gesto de impaciencia, quizá consigo mismo. Luego añadió:

—Bien, se dice que son muy feroces y fuertes; un hombre robusto apenas puede ofrecer resistencia en uno de sus ataques. Salen de noche y a veces atacan en grupo...

El doctor Livesey detuvo al capitán con un gesto.

—Salen de noche, decís... Pues no serán estos. —Miró al capitán con seriedad y añadió en voz aun más baja—: He visto a uno comiéndose, y cuando os digo comiéndose es que comía como si fuera un filete, a uno de los piratas que habían quedado custodiando las canoas en las que bajaron a tierra.

—¿¡Cómo!?! —Smollet se estremeció y no pudo evitar la exclamación, aunque luego volvió a bajar la voz cuando añadió—: ¿Estáis seguro, doctor?

—Tan seguro como estoy de que vos y yo estamos hablando ahora mismo. Esos seres son capaces de salir a plena luz del día; son feroces, doy cuanta fe sea necesaria porque os repito que he visto a uno de ellos comerse la cabeza de un pirata, y lo que más me preocupa es que para defender nuestro fuerte ahora mismo solo está el bueno de Joyce en tierra.

—Aperitivo o postre para los zombis, depende de qué hayan comido antes —gruñó el capitán—. Bien, doctor, no tenemos tiempo que perder. Id pues raudo al fuerte y aguantad hasta que lleguemos los demás.

—Dos en vez de uno tampoco arreglaremos mucho las cosas —reconoció el

doctor Livesey—. Tal vez sea mejor que embarquemos todos.

—Tenéis razón, doctor. Y mejor antes que después. ¡Vamos!

Se cargó de nuevo la lancha, se preparó a toda la gente con cuantas armas se pudo, aunque sin decir nada del zombi visto por el doctor, y ya con todos listos y a bordo, incluido el bueno de Redruth, el capitán Smollet se dirigió al castillo de proa con una pistola en la mano.

—¡Eh, los de abajo! —llamó—. ¿Me oís?

Nada le respondió, pero el capitán estaba seguro de ser escuchado, de modo que insistió mientras abría la escotilla:

—Es a ti, Abraham Gray, a quien hablo. Voy a dejar este barco y te mando que sigas a tu capitán. Sé que eres un buen hombre, así que sé inteligente además de bueno y abandona a esa chusma. Tengo el reloj en la mano y te doy treinta segundos para venirte conmigo.

Por un momento no sucedió nada, pero luego se escucharon voces, golpes y gritos, y por fin el bueno de Gray salió disparado, recomponiéndose las ropas y sin hacer caso a la sangre que brotaba levemente de su labio, señal de que había abandonado a sus compañeros repartiendo y recibiendo algunos puñetazos.

—Estoy con usted, capitán.

De modo que cerraron de nuevo la escotilla y embarcaron en el bote, alejándose todos ellos de la goleta.

Así pues, cargados hasta los bordes, con el agua entrando cada poco en el chinchorro, realizaban mis compañeros su último viaje deseando estar lo antes posible en el fortín. El pequeño bote se movía a tirones, y pronto pasó frente a las canoas usadas por los piratas, momento en que tanto Livesey como Smollet contuvieron la respiración; más incluso el primero que el segundo. Pero donde antes hubiese una infame y sangrienta escena, ahora ya no había nadie: el zombi, una vez alimentado, se había ido para gran alivio del doctor y el capitán.

En esos pensamientos estaban ambos cuando unos ruidos que procedían de *La Hispaniola* les llamaron la atención y, al girarse para ver el barco que abandonaban, vieron con cierto temor a un puñado de marineros corriendo de proa a popa.

—Los rufianes se han escapado —apuntó innecesariamente el caballero Trelawney.

—Eso ya es lo de menos —repuso el doctor Livesey—. Lo de más es ver qué canallada preparan ahora...

Como respondiendo a sus palabras, vieron con horror que los piratas arrastraban uno de los cañones de cubierta para emplazarlo en la popa, en dirección al chinchorro.

—Israel Hands era el artillero de Flint —dijo Gray con voz sorda.

Lógicamente, todos miraron a la popa de *La Hispaniola* buscando a Hands. Y,

lógicamente, lo encontraron de pie, mirándoles fijamente mientras dirigía las maniobras con el cañón.

—¿Quién es el mejor tirador de los que estamos aquí? —preguntó el capitán Smollet.

—El caballero Trelawney, de largo —respondió el doctor.

—Caballero —dijo entonces el capitán, aparentemente sin perder la calma—. Os rogaría pues que hicierais honor a vuestra fama y tuvierais la bondad de quitarme de en medio a alguno de esos bellacos. A Hands, si puede ser, ya puestos.

El caballero Trelawney asintió y, tras acomodarse en su banco, se echó el mosquete a la cara. A un gesto suyo, se levantaron los remos para mover el chinchorro lo menos posible y permitirle hacer puntería, pero cuando el caballero disparó y se vio caer a uno de ellos, la alegría no fue la esperada, ya que Hands se había agachado para comprobar la mecha y el caído era uno de sus compañeros.

—Buen disparo, caballero.

—Sí, pero Hands se ha escapado...

La respuesta fue un violento cañonazo que pareció reventar las aguas del mar cuando se hundió a pocos pasos del bote, haciéndolo tambalearse y llenándolo de agua. Empapados y —por qué no confesarlo a estas alturas, cuando no se nos ha de restar un ápice de valor por reconocer uno de los muchos momentos de terror vividos en la isla— muertos de miedo por lo cerca que habían estado de morir destrozados por una bala de cañón, unos comenzaron a achicar el agua mientras otros remaban con más brío si cabe.

—Están cargando otra vez —advirtió Gray, que desde su banco veía de frente a los piratas—. Y me da que Israel no falla dos veces...

Con el corazón encogido, el caballero Trelawney disparó de nuevo, pero esta vez su bala se estrelló contra el mamparo de popa. La tripulación del chinchorro intentó remar más deprisa, si es que aquello era aún posible, pero las cartas ya estaban todas sobre la mesa y el cañón retumbó de nuevo. Y, como Gray se había temido, Israel Hands tenía la fama de buen artillero que tenía porque raro era que fallase dos veces en el mismo blanco.

El chinchorro saltó por los aires empujando hombres, armas y pertrechos junto a los pedazos de madera de su estructura reventada de un solo golpe. El humo se disipó poco a poco sobre las cálidas aguas y solo entonces se acertó a ver alguna cabeza flotando sobre el mar, al menos que flotase aún unida a su cuerpo vivo. El doctor y el caballero habían caído juntos y ambos aferraban los dos extremos de un barril, con las ropas destrozadas y algunos cortes y heridas. Gray estaba un poco más allá, expulsando agua de mar y sangre por la nariz, la boca y hasta los oídos, pero Tom no había tenido tanta suerte, puesto que flotaba boca abajo con el pecho desgarrado y la muerte llevándoselo a otro lugar mejor. Los restos del chinchorro rodeaban al

asustado círculo de hombres heridos.

De *La Hispaniola* llegaron gritos y voces de alegría. Hands lanzó un último vistazo y, viendo apenas cuerpos flotando, maderas reventadas y el rojo de la sangre en el agua, escupió despectivamente y ordenó a sus hombres mientras daba un suave puntapié al cañón:

—Cinco menos, y ya era hora. Poned esto en su sitio; puede que nos haga falta luego.

IX

EL ATAQUE DE LOS ZOMBIS

De modo que tales fueron los cañonazos que oí, y que la bandera inglesa que se alzaba orgullosa era la que el capitán Smollet había ordenado llevar a tierra en el primer envío para tomar posesión, oficialmente, de aquella plaza en nombre de la Corona. Que al buen rey le importase un ardite aquel trozo de tierra no era óbice para que sus marinos cumpliesen con su deber, después de todo.

Así que, tras calmar como buenamente pude al asustado Ben Gunn y prometiéndole un posterior encuentro ya con el ansiado queso en mis bolsillos, corrí hacia el fortín —en realidad, con el paso de los años, me he dado cuenta de que apenas hice otra cosa que correr en todas direcciones y en todos los lugares desde que comenzara aquella aventura en la vieja posada del «Almirante Benbow»—, apartando cuantos helechos, lianas y maleza me impedían el paso.

Cuando llegué junto a la empalizada, jadeante, traté de encontrar la puerta, pero en realidad, mis propios compañeros, empapados por el baño forzado por el cañonazo de Hands, fueron quienes me encontraron a mí, de modo que entramos todos juntos poniéndonos a salvo.

Al calor de un buen fuego y ropa seca, nos pusimos al día de nuestros asuntos, despachados respectivamente desde que nos habíamos separado a bordo de *La Hispaniola*, y mientras yo daba detalle de Ben Gunn, de su pasión por el queso y de las dos extrañas criaturas vistas en la charca, el doctor Livesey me informó punto por punto del abandono del barco, de los cañonazos y de cuál era nuestra situación, sitiados en un pequeño fuerte y rodeados de enemigos por tierra y mar. Quién sabe si también por aire, si es que la tripulación de Flint había aprendido a volar.

Convinimos, pues, en reponer fuerzas, descansar, reflexionar y preparar algo que hacer, pero ya al día siguiente, teniendo en cuenta que se acercaba la noche y que más allá de la empalizada no había otra cosa sino enemigos. Y si unos —los piratas— eran reconocidos por su ferocidad y crueldad en la lucha, los otros —los zombis— hacían de los primeros poco más que un grupo de chicuelos a la salida de la iglesia.

Cenamos frugalmente algo de tocino y carne seca, regado con vino y alguna galleta de postre. El capitán consideró conveniente repartir una ración extra de ron para tratar de animarnos un poco ante la que, inevitablemente, se nos vendría encima, y hasta yo tuve mi vaso.

Luego, sables en la cintura y mosquetes listos, puesto que empezaba una de las noches más largas de nuestra vida, por más que el sol aún estuviese en el cielo.

Supongo que quien conozca la historia recordará, y quien no al menos imaginará, el ataque de los piratas al fortín. Pero si en su día lo narré lo mejor que pude, se me

permitirá ahora que lo que escriba sea, esta vez sí, TODO cuanto sucedió en el asalto. No en el primero, el que todo el mundo conoce y en el que rechazamos su brioso pero torpe ataque, sino en el segundo, en el que hicieron apenas unos cuantos pero cuya ferocidad y determinación terminó por abrir una brecha en nuestras defensas y dejar un saldo horrible de muertos y destrozos en nuestras menguadas fuerzas.

Si esperábamos un pequeño respiro tras nuestra primera victoria, efímera y fugaz a todas luces como comprobamos después, nos equivocamos al no saber contra quién o contra qué estábamos luchando realmente. Aún hoy, cuando la edad me tiene postrado de sillón en sillón y de cama en cama, me estremezco y tiemblo al recordar aquellos dos hombres saltando el muro exterior, y a aquel otro arrojando al suelo el cadáver del bueno de Joyce antes de lanzarme, con el hacha de abordaje ensangrentada en la mano, una mirada tal que hizo que el infame dedo de Dirk que me apuntó en el «Almirante Benbow» fuese desde entonces apenas un saludo.

Sí, he de confesarlo. A punto estuvimos de morir de puro miedo, del terror más animal y primitivo. Todos nosotros, incluso quienes más nervio tenían. Bien pensé que antes caeríamos víctimas del pánico que de los sables, de ese pánico que brota del interior de uno, recorriéndolo como un reguero de pólvora y terminando por hacerle explotar, sin dejar el más mínimo resquicio ni para respirar. Y lo que me parece más increíble de todo es, precisamente, que no hubiese sucedido.

Juro que cuento la verdad. Lo juro por Dios, por los santos, por la Virgen y por cuanto haga falta. Lo juro con lágrimas en los ojos y con el corazón encogido todavía hoy, cuando escribo esto estremeciéndome con cada sople de la brisa como si de nuevo estuviese frente a aquellos seres que nosotros creíamos piratas. Juro por cuanto queráis, en el modo que queráis, e incluso en la fe o creencia religiosa que profeséis todos y cada uno de vosotros, que aconteció todo como os lo cuento a continuación, sin ahorrarme detalle alguno. Y a aquellos que consideren que mi relato abusa de la sangre y del miedo, les diré que imaginen entonces cómo nos sentimos nosotros, que realmente nos hallamos frente a ellos en una noche de pólvora y sangre... después de creer que ya habíamos luchado y vencido.

Atardecía cuando, fuera de la empalizada, una calma demasiado extraña se adueñó del bosque. Una calma opresora, nada habitual, un silencio pesado que no auguraba nada bueno. Tan poco bueno auguraba que el capitán, curtido en combates en mar y tierra, ordenó cargar las armas y distribuir mosquetes y pólvora entre todos nosotros, yo incluido, por más ridículo que resultase armado con un pesado mosquete casi tan alto como yo.

Y así estábamos cuando retumbó el primer disparo, y luego el segundo y luego un tercero antes de que una descarga cerrada se estrellase contra la empalizada. Encogidos, aguantamos el fuego enemigo y comenzamos a mirar por las ranuras entre los troncos y las aspilleras, descubriendo un grupo de unos diez o doce piratas,

mandados por el contramaestre Job Anderson, que cargaban casi a pecho descubierto.

Coláronse los mosquetes por las aspilleras, amartillamos y disparamos como Dios nos dio a entender, unos con mejor puntería que otros, pero varios cuerpos se quedaron en el camino, muertos o heridos los más. La eficacia de nuestra descarga hizo vacilar su empuje, ya que los abordajes y las cargas casi suicidas de los piratas se sustentan, las más de las veces, en el número de bellacos que ataca, y esta vez era más bien escaso. Con todo, los que habían cargado sus pistolas las utilizaron de nuevo, obligándonos a apartarnos de la empalizada si no queríamos tener algo más que un disgusto. Empujados hacia atrás, apenas nos dio tiempo a ver cómo tres de ellos ganaban la empalizada y, agachándose junto a uno de los troncos, abrían brecha con una carga de pólvora.

El estampido de su pequeña bomba nos cogió por sorpresa y levantó tres troncos, espacio suficiente para que los más audaces y los más rápidos de ellos entrasen por la brecha armados con sus sables. El capitán Smollet, el doctor y Hunter acudieron presta y resueltamente a cubrir el hueco, mientras Gray y el caballero Trelawney mantenían a los demás a raya con sus disparos.

En cuanto descargué mi mosquete, por lo que pude ver sin acierto, lo dejé en mi puesto en la empalizada y me lancé al grupo donde el capitán Smollet luchaba contra uno de ellos espada en mano. Viendo que se las arreglaba perfectamente sin mi ayuda, acudí junto a Hunter y entre los dos rechazamos a uno de los piratas, que huyó cobardemente sangrando por un brazo y una pierna. En cuanto le pusimos en fuga nos dimos la vuelta, pero ya vimos que tanto Smollet como Livesey rechazaban a su vez a sus pares y que el ataque se perdía tan rápidamente como había comenzado.

—¡Se van! —exclamó triunfalmente el caballero Trelawney.

—Sí... y se llevan a sus muertos —gruñó el capitán Smollet, observando con precaución desde una aspillera.

—¿Importa eso, acaso?

—Sin cuerpos derribados no sabemos a cuántos hemos matado o herido realmente y, por lo tanto, no sabemos en qué estado están sus fuerzas ahora mismo —respondió el capitán sin quitar ojo de los movimientos de los piratas—. Y me gustaría saberlo, la verdad, aunque apostarí que al menos tres o cuatro no se levantarán más.

Esas palabras hicieron que todos nos pegásemos al muro para tratar de ver lo que hacían nuestros rivales.

—Tal vez sean cinco, si ese que arrastran ahí está como parece... —apuntó Gray.

—Me temo que no —negó el doctor Livesey—. Parece que solo sangra de una pierna y eso no suele matar a nadie.

—¡En fin! —el capitán se apartó del muro con una exclamación en cuanto el último pirata se hubo perdido en la espesura—. Sea como sea, nosotros les hemos hecho daño y ellos han roto tres troncos. Buen resultado, a fe mía. Pero arreglemos

esto antes de que termine por anochecer y nos vaya a crear más problemas.

Recogimos las armas, encomendando a Joyce que las cargase de nuevo, y Gray y yo fuimos a buscar herramientas adecuadas para recomponer el muro. Y mientras entrábamos en la cabaña en busca de algo que pudiera sernos útil, escuchamos el grito de terror más horrible que hubiésemos oído nunca, un alarido animal que no podía haber brotado de ninguna garganta humana.

Salimos a todo correr de la cabaña y yo entonces no reparé en que Gray, quizá movido por la experiencia, lo hacía cazando al vuelo un sable, de modo que salió ya armado y listo para lo que fuese. Claro que, en verdad os digo que nadie, nunca, está preparado para lo que vimos. Ni lo estuvimos entonces ni, os lo juro, lo estaría hoy de nuevo pese a haber luchado con ellos y haberles incluso vencido en alguna ocasión.

Ante nosotros se dibujaba un cuadro sencillamente atroz. Cuatro criaturas, porque tal cosa eran y no hombres pese a su apariencia, acababan de reventar la brecha abierta por los piratas y entraban en nuestro fortín gritando y rugiendo. Y cuando digo rugiendo, digo rugiendo de verdad, como bestias feroces de la selva. Si mis compañeros se quedaron petrificados ante aquella aparición, yo lo hice aun más, puesto que reconocí entre ellos a los que había visto junto a la charca aquella misma mañana en compañía de Ben Gunn.

El primero de los zombis se lanzó sobre Joyce, arrojándolo al suelo y destrozándolo casi con sus propias manos. La caída de nuestro compañero tuvo el efecto de hacer que nos moviéramos, al darnos cuenta de que nuestras vidas, ahora más que nunca, estaban en juego y que encima teníamos todas las de perder.

La noche se llenó de gritos, imprecaciones y choque de armas. Los zombis cargaron con una fuerza casi irresistible, armándose con cuanto encontraron, de forma que pronto sus manos muertas nos atacaron con espadas y hachas, haciéndonos retroceder y buscar auxilio unos en otros. Algo me golpeó violentamente la cabeza, derribándome en medio de un charco de sangre que manaba de la brecha de mi frente, y si no me devoraron a continuación, fue porque algún compañero, nunca supe ni sabré quién, atacó al zombi y le distrajo lo suficiente para salvar mi vida.

Derrotados, asustados, enloquecidos por un enemigo surgido, este sí, desde el mismísimo infierno, nuestro grupo se deshacía como esos modernos azucarillos que se vierten en el té. Solo Gray parecía saber cómo enfrentarse a ellos realmente, o al menos tenía la buena fortuna de poder rechazarlos. Con un sable de ancha hoja en la diestra y un hacha en la siniestra, nuestro valiente marinero había clavado sus pies en la tierra, justo delante del manantial, y no cedía un milímetro pese al feroz ataque que estaba soportando, ya que dos zombis armados con espadas trataban de herirle primero y de lanzarse contra su cuello después, o tal vez todo al mismo tiempo.

Como yo seguía en tierra, y he de confesar que con poco ánimo y menos fuerzas para levantarme, pude ver cómo Gray daba estocadas sin cuento con las que mantenía

lejos de sí a los zombis. En una de estas, su sable trabó la espada de uno de ellos y, haciendo gala de la misma ferocidad con la que era atacado, Gray lanzó su hacha cercenando el brazo armado del zombi.

La criatura retrocedió unos pasos, aullando, mientras Gray se revolvía contra el otro, que le acosaba sin inmutarse por la horrible suerte de su compañero. Lo cual era normal, porque el zombi manco se limitó a recoger la espada con su brazo útil y volver al ataque. Gray no se amilanó, qué arrojo el suyo, y continuó bregando con ellos hasta dar un tremendo sablazo en la cabeza al que tenía los dos brazos. Un golpe semejante hubiera derribado, con la cabeza abierta, al más feroz de los guerreros, pero el zombi solo cayó al suelo con un rugido sordo para levantarse de nuevo.

Traté de arrastrarme hasta allí, quise hacerlo para ayudarle, pero me fallaron las fuerzas justo cuando me volvía la presencia de ánimo. Afortunadamente para Gray, el capitán Smollet apartó de sí a uno de los zombis de un vigoroso golpe con la culata de un mosquete y se lanzó al manantial, justo cuando todas las criaturas, y cuando digo todas es que eran todas, se echaban encima de Gray. Habían descubierto quién era, de todos nosotros, quien realmente podía hacerles daño.

Gray, ahora sí, retrocedió en busca de una pared donde apoyarse y evitar que le rodeasen, lanzando maldiciones mientras blandía sable y hacha y juraba a los cuatro vientos que devolvería a aquellos engendros al infierno antes de que lo sacaran de allí con los pies por delante. Los zombis —ya no sé si tres, cuatro, cinco o seis— parecían ni sentir la hoja de su sable, que los hería y cortaba con fiereza, hasta que, de repente, uno de ellos aulló aun más, gritando como un animal, y salió corriendo.

Las llamas envolvían su cuerpo. El doctor Livesey, que llegaba sin aliento desde la parte de atrás, gritó algo al capitán Smollet, que blandía una antorcha, y, a su vez, cogió el mango de un hacha y, tras regarlo con la pólvora de una pistola caída, le prendió fuego, corriendo resueltamente al encuentro con los zombis.

Dos de ellos habían logrado, por fin, arrojar a Gray al suelo, pero aun así, el bravo marino se defendía desesperadamente, sin dejar que le mordiesen. Los demás, heridos y quizá asustados por el fuego, empezaron a retroceder, dejando solos a los atacantes de Gray, quienes, al ver cómo estaba ahora la situación y empujados por el hacha que este aún lograba manejar con una mano y con la que lanzaba golpes sin denuedo, se levantaron y, tras emitir varios rugidos, huyeron también, escapando del fortín por la brecha que ellos mismos habían abierto.

—¡Agrupaos! —rugió Smollet—. ¡Todos conmigo!

Gray se levantó con dificultad, mientras Livesey me ayudaba a arrastrarme hasta el manantial. El caballero Trelawney se acercó tambaleándose, sangrando por una herida del brazo, mientras los demás mirábamos en derredor en busca de más compañeros.

Los encontramos, vaya si los encontramos. El bueno de Joyce yacía de bruces en

el suelo, destrozado por dos violentos hachazos dados a traición y casi devorado por uno de aquellos horribles seres. Hunter estaba clavado en la pared de la cabaña, con la hoja de una espada rota sujetándole y la cabeza casi separada de su cuerpo debido a los feroces mordiscos con los que dos zombis casi le habían cercenado el cuello. En cuanto al viejo Redruth, estaba junto a la empalizada, cerca de la brecha abierta por las criaturas, tendido en el suelo en un charco de sangre que más parecía un océano que un charco.

—Santo Dios... —murmuró el caballero Trelawney—. ¿Qué eran esos seres?

—Zombis, señor mío —respondió el capitán Smollet, iluminando el terreno con la luz de su antorcha—. Zombis. Ahora ya puede unir el testimonio de su pelea contra ellos a los de los borrachos de Bristol que me hablaron de ellos.

Nadie, salvo quizá él mismo, se dio cuenta de la pulla que, nuevamente de un modo innecesario, le acababa de dedicar. Porque, a la luz de la antorcha que el capitán movía, descubrimos con horror un macabro círculo de brazos, dedos, una mano, piernas... miembros humanos, o casi humanos, que Gray había cortado en su desesperada lucha por proteger el manantial y a sí mismo.

—Amigo mío —dijo Smollet con profunda y sincera admiración—, si salimos de esta y en un futuro me veo envuelto en cualquier otra aventura de armas, no quiero estar con nadie a mi lado que no sea usted. Se lo juro. En mi vida he visto luchar de un modo semejante, ni a nobles, ni a piratas, ni a los más avezados guerreros.

—Gracias, capitán —jadeó Gray, que aún respiraba afanosamente, tratando de recuperarse del tremendo esfuerzo.

—Vive Dios que el capitán tiene razón —corroboró el doctor Livesey—. Lógico es que los zombis le atacaran a usted, puesto que salta a la vista que es el único de nosotros que ha sido capaz de hacerles frente con éxito. Y de qué manera.

—Gracias, doctor.

—Cortar miembros y fuego. He aquí la fórmula —murmuró el capitán Smollet. Luego, mirando los cadáveres de nuestros compañeros, añadió en voz baja—: Lástima el precio que hemos pagado por tal enseñanza.

Por un momento nadie más supo qué decir, pero de nuevo el pragmatismo del doctor Livesey se impuso al dolor de nuestras heridas y de la pérdida de nuestros compañeros.

—Aún no ha acabado. Quememos estos miembros, cerremos la brecha y encendamos la hoguera más grande que se haya visto en esta tierra. Y hagámoslo rápido.

Mientras los hombres se recuperaban del tremendo esfuerzo, el propio doctor, más versado que nadie en tratar con miembros amputados, preparó la hoguera y la encendió, arrojando en ella cuanta mano, brazo, pie o dedo encontró, ayudado por Gray en un macabro rastreo por todo el fortín. El capitán Smollet colocó de nuevo los

troncos mientras el caballero Trelawney cargaba cuanta arma de fuego útil nos quedaba, ayudado torpemente por mí.

Más tarde, el doctor Livesey atendió y curó nuestras heridas, terminando conmigo, al juzgar la brecha de mi frente como la menos grave de todas. Enterramos a nuestros muertos y echamos arena y tierra sobre la sangre por recomendación del doctor, para así evitar enfermedades que nos diezmasen aun más de lo que ya estábamos, habida cuenta que ninguno de nosotros estaba ileso y alguno necesitaba un reposo que estaba claro que no iba a tener.

Sentados junto al fuego, bebiendo ron y comiendo alguna galleta salada, ninguno de nosotros hablaba. Solo Gray de vez en cuando levantaba la vista más allá de las llamas, paseándola por el fortín hasta detenerla en las tumbas de nuestros compañeros caídos.

Y, a la luz de la hoguera, juro que a día de hoy no puedo saber si entonces lloraba... o sonreía.

X

EL FANTASMA DE LOS PIRATAS

Se me permitirá completar esta parte de la narración con aquello que me contaron quienes estuvieron allí, puesto que a esas alturas de la noche nosotros estábamos refugiados en lo más profundo del fortín, descontando las horas que faltaban hasta que el alba del nuevo día nos librara al menos de la pesadilla de los zombis. Y es que, como dijo el capitán, que parecía de largo el más versado de nosotros en aquellas extrañas criaturas, solo atacan de noche, ocultándose a la luz del día. O al menos esa era la creencia más extendida, ya que a estos los habíamos visto moverse bajo el sol, aunque más bien como animales que buscan alimento y no como depredadores sedientos de sangre, que era como nos habían atacado al anochecer. De manera que no estábamos para expediciones fuera de nuestra empalizada, sino más bien para esperar que la luz del sol nos auxiliara contra uno de nuestros enemigos.

Porque, según supimos después, el otro, el que formaban los piratas, bastante tenía con lamerse las heridas de sus tres muertos y otros tantos en malas condiciones por nuestros disparos, a lo que había que sumar el tremendo susto que también ellos se habían llevado al ver el ataque de los zombis. Por qué nos habían elegido a nosotros en vez de a ellos, en verdad no lo sé; tal vez por ser ambos, zombis y piratas, instrumentos del mal y aliarse, por lo tanto, contra quienes repudian tales conductas y tratan de prodigarse en el bien. O tal vez, y sencillamente, como propuso Gray en una de nuestras conversaciones al calor del fuego, porque nosotros estábamos más cerca.

De tal suerte que los piratas, agrupados junto a la base de una de las colinas, maldecían por lo bajo mientras trataban de animarse a base de ron, hasta que sobre sus sombras, reflejadas en los árboles y la pared rocosa, surgió la figura de John Silver, apoyado en su muleta y mirando uno por uno a sus compañeros con una expresión fiera. Tras estudiar unos instantes los rostros de cada uno de ellos, y conseguir así que todos le mirasen incluso con temor, Silver apoyó una mano en la culata de su pistola.

—Os aseguro que a mí no me importa. Que no creo en zombis ni en fantasmas ni en brujas o hechizos por más que haya visto lo que he visto... —Volvió a mirarles, dándose cuenta de que algunos no le creían y, a la vez, de que otros se estremecían solo al oír nombrar a aquellos fantásticos seres de las tinieblas—. ¡Podéis creerme! —masculló, alzando la voz—. No he creído nunca en ellos: el muerto, muerto está, y al vivo se le puede matar; solo hay que saber cómo. Y en este perro mundo se está vivo o se está muerto.

—Díselo a ellos, que visto está que no lo saben...

—¡Guarda tus ladridos, George Merry! —espetó Silver—. Me hubiera gustado

verte tan gallo de pelea ahí fuera frente a esas cosas. Y ya que no fue así, puesto que todos corrimos, os digo que no pienso correr más, que no se me da bien porque solo tengo una pierna, y que terminaré lo que he empezado caminando sobre ella, por mucho que me digan que aquí hay monstruos.

—Pero hemos visto...

Silver se volvió hacia Ismael, que era quien había hablado tímidamente, y le fulminó con la mirada.

—O se está vivo o se está muerto —repitió, mirándole duramente—. Créeme, chico, lo sé, puesto que he vivido y matado mucho. Antes de que tú estuvieras chupando de la teta de tu madre, Flint y yo estábamos repartiendo sablazos y pistoletazos... Y de vivir, matar y morir sé unas cuantas cosas que tú no sabes. Y os aseguro que, cuando se habla de oro, nunca he dudado en quitar de en medio a quien fuese, esté vivo, muerto o caminando por ahí buscando su alma si es que la ha perdido. Porque, muchachos, llevamos muchos días hablando de oro, ¿recordáis? Tanto que estamos aquí para recoger el oro de Flint... ¿o ya lo habéis olvidado?

Las caras de los hombres se animaron un poco al oír la mención del oro y del fabuloso tesoro de Flint, que muchos de ellos habían contribuido a conseguir a sangre y fuego. Silver los miró de nuevo, complacido al ver en ellos la reacción que esperaba.

—Tenemos *La Hispaniola*, tenemos las armas y sabemos dónde encontrar el tesoro porque sabemos quién tiene el mapa de Billy Bones. Pues yo os pregunto, muchachos, ¿qué queréis hacer ahora? —Se movió lentamente, apoyándose en su muleta para pasearse frente a sus hombres—. ¿Queréis subir a bordo como corderitos a las órdenes de Smollet y dejar que sean él y el chupatintas de Trelawney los que se lleven el oro? ¿Queréis quedaros llorando como mujerzuelas porque hay cuatro zombis en la isla o queréis luchar por lo que es vuestro? —Levantó la voz, abarcando a todo el grupo con su vozarrón—: Decidme, os pregunto, ¿queréis asaltar el fuerte, coger el tesoro y largarnos en *La Hispaniola*?

—¡Sí, pero no con esos zombis de por medio!

—Te olvidas una cosa, George Merry —respondió Silver—. Hay zombis, sí, los hemos visto, pero ¿a quién han atacado? ¿A ellos o a nosotros?

Miró a George Merry y después, lentamente, al resto de sus compañeros, y como viera expresiones de duda ante sus palabras, que no habían hecho otra cosa que decir la verdad puesto que los zombis nos habían elegido a nosotros como presa, volvió a preguntar:

—¿Queréis asaltar el fuerte, coger el tesoro y largarnos en *La Hispaniola*? ¿Sí o no? ¿Entrar en una casa de madera defendida por cuatro hombres heridos y haceros ricos, o quedaros en una roca bebiendo ron?

La oferta era demasiado tentadora, así que algunos, los más entusiastas,

exclamaron:

—¡El oro, el oro!

—¿Qué decís, muchachos? —insistió Silver—. ¿Me seguís?

—¡Sí! ¡Queremos el oro!

—Entonces... ¿a quién vais a seguir?

—¡A ti!

—¿Quién es vuestro capitán? —exclamó, abriendo teatralmente los brazos.

—¡Yo, bastardo!

El grito fue aun mayor que los que lanzaban los entusiasmados piratas, y mayor que el que lanzó el propio Silver. Pero lo que realmente puso los pelos de punta a todos fue ver la ancha hoja de un sable saliendo del pecho de Long John. Un brazo, surgido de la nada, le retenía por el cuello mientras la hoja del sable le atravesaba, entrando por la espalda y saliendo varias pulgadas por su pecho, llena de sangre.

Silver puso los ojos en blanco, bajó la cabeza, como si quisiera ver bien el acero que acababa de matarle, y finalmente consiguió balbucear:

—¿Q... qué...?

La hoja del sable salió del cuerpo con un agudo siseo, la mano dejó de sujetarle y alguien empujó el cuerpo sin vida de Long John Silver, que cayó de bruces en el suelo. Los piratas apenas se movieron, sin poder salir de su asombro, pero fue aun peor cuando los más cercanos al fuego, y por tanto al cadáver de Long John, abrieron la boca y los ojos desmesuradamente.

—¡Yo soy vuestro capitán! —dijo una voz recia con un extraño acento grave—. ¿Ya lo habéis olvidado, perros?

Alguien dio un paso al frente. Alguien cubierto con unas sucias ropas, unas botas gastadas, un amplio sombrero de fieltro con algunas mordeduras en sus alas y un grueso cinturón cruzándole el pecho. Pero lo peor, lo más aterrador de aquella figura, no era su ropa, sino su aspecto. Su cara era una cara con apenas dos tiras de piel, en la que casi se podían ver los huesos de la calavera; sus manos, delgadas pero firmes, eran asombrosamente huesudas pero cubiertas por una fina capa de bronceada piel; sus ojos, hundidos en unas huesudas cuencas, estaban muy abiertos, más abiertos que nunca por encima de su grasienta barba y su fina nariz.

Miró uno por uno a los piratas y en todos ellos captó la misma reacción de terror, de asombro, de incredulidad. Ninguno fue capaz de moverse, hipnotizados por aquella visión, y solo los más audaces acertaron a mover levemente los labios, murmurando:

—Flint... El capitán Flint...

El capitán Flint, o lo que quedaba de él, pues eso era la fantasmagórica aparición que había surgido de la nada, envainó el sable y esbozó lo que en aquel momento podría interpretarse como una sonrisa, si es que los fantasmas, los zombis, o lo que

fuera en que se hubiera convertido el viejo capitán, pudieran sonreír.

—Veo que algunos tenéis buena memoria dentro de esas cabezotas... —Flint se adelantó un paso, lo justo para poner un pie sobre el cadáver de Silver, y se inclinó hacia delante para que todos pudieran ver bien su extraño rostro—. Así que supongo que recordaréis quién es vuestro capitán...

El círculo de piratas permaneció inmóvil, hasta que uno de ellos, tocado con un chaleco a rayas, se levantó con una pistola en la mano.

—Pero... pero ¡tú estás muerto!

—Bien ves que no. —Flint se inclinó un poco, como si iniciara una reverencia de saludo, y le miró fijamente, ladeando la cabeza.

—¡Sí, estás muerto!

Alzó la pistola y disparó sin apenas pestañear, seguro de acertar en el blanco. Flint se encogió y lanzó una ahogada exclamación de sorpresa, pero cuando el humo del pistoletazo se disipó, el antiguo capitán permanecía en pie en el mismo sitio. Sobre su pecho, un círculo rojizo se extendía en su camisa, señal inequívoca de que le habían dado, pero Flint apenas puso una mano sobre la herida, la miró llena de sangre y luego miró a quien le había disparado.

—Sigues teniendo buena puntería, maldito —dijo con un tono de voz helado mientras sacaba su propia pistola—. Pero bien ves que aún así soy mejor que vosotros...

El disparo retumbó bajo los árboles. El hombre del chaleco de rayas se encogió al recibir el balazo y cayó primero de rodillas y, tras unos segundos de mudo asombro, de bruces en el suelo. Flint miró a los demás, con la pistola aún humeante, y sonrió cruelmente:

—Ahora ya veis que yo no estoy muerto. Ni antes lo estaba ni ahora lo estoy por mucha bala que me disparen. ¿Alguien más quiere preguntármelo? ¿No?

Los marineros, aterrados, empezaron a moverse lentamente apiñándose unos contra otros, temerosos por aquella aparición de quien creían muerto, pero Flint sonreía alegremente, como si le divirtiera ver el terror en las caras de su antigua tripulación.

—Bonita reunión, a fe mía... Aunque ya imagino que no habréis venido a beber ron conmigo... y que habréis venido por el oro, ¿no? —preguntó el capitán, mirándoles uno a uno como si analizara el temple que les quedaba tras su teatral aparición—. Eso es, ¿verdad? Queréis el tesoro...

Ninguno contestó, preocupados solo de seguir la mirada penetrante de su antiguo capitán que, por algún extraño motivo, acababa de surgir de repente de las sombras de la nada. Flint se rio por lo bajo y continuó:

—Siempre seréis iguales... Presumís de hombres, de valor y de espadas, pero en realidad sois una manada de ovejas indefensas. Sin ánimo para luchar por aquello que

queréis... ¡Aquí está! Habéis venido a esta isla, habéis encontrado a vuestro capitán... ¿y ahora no sabéis qué hacer?

Ahora sí estalló en una alegre carcajada que puso los pelos de punta a sus hombres, hipnotizados por su figura. Flint terminó de reírse cuanto quiso y luego volvió a mirarlos fijamente, asegurándose de que su mensaje se les quedaba bien grabado.

—Pues bien... tendré que ponerme de nuevo al mando, ¿no? Al fin y al cabo, tampoco sois tan distintos, porque, salvando a Pew, a Perro Negro y a un par de ellos más, estáis todos...

Se rio de nuevo alegremente, disfrutando de aquel momento como si de un abordaje a un barco lleno de riquezas se tratara. Los piratas permanecían agrupados, silenciosos, sin atreverse a mirar a aquel espectro y, al mismo tiempo, sin poder quitarle la vista de encima. Finalmente, Israel Hands, que era de los que más temple tenía, apoyando una mano en la empuñadura de su sable, se atrevió a preguntar:

—Pero... ¿cómo habéis llegado aquí, capitán? Os dimos por muerto en la cubierta del *Walrus*...

—Vaya... Israel, mi fiel artillero... Veo que sigues teniendo coraje, al menos para hablar... —Caminó un par de pasos y sonrió con aquella expresión realmente aterradora—: Pues sí, me disteis por muerto en la cubierta, y tan muerto parecía que acabé en el fondo del mar. Pero ni los peces me quisieron, puesto que llegué a la playa de esta misma isla. Curioso, ¿verdad? De aquí zarpé y aquí arribé de nuevo.

—¿Qué sucedió, capitán?

—Eso que te estoy contando, Israel. Que llegué a la playa, no sé cómo, pero vivo. Que cuando me levanté tenía un sable y dos pistolas mojadas, pero me las apañé para sobrevivir hasta que me encontré con que un barco se plantaba en la costa y en él venía mi vieja y querida tripulación. ¿No es maravilloso?

Dio una alegre palmada, pero pronto interrumpieron su risa sus antiguos camaradas.

—Pero, ¿y las criaturas?

—Las... criaturas —Flint miró de lado a George Merry, que era quien había hablado, como si no supiera a qué se refería.

—Las criaturas, capitán. Las que hemos visto. Esos... zombis...

—Zombis, ¿eh? Así los llaman... —Flint se paseó junto a la hoguera y, con la mirada perdida en las llamas, levantó una de sus manos hasta colocarla encima del fuego—. Sí, también yo he oído hablar de ellos, pero también creo que más bien son viejas historias inventadas por los españoles para que nadie navegase por sus aguas... Pues la apariencia que dicen que tienen yo mismo la tuve después de ser herido, nadar en el mar durante días y perderme en una selva.

—¿Vos?

—¿Acaso no adelgazas si no comes? —Flint seguía moviendo la mano sobre el fuego, sin notar aparentemente el calor que desprendía—. ¿Acaso no estás sucio si no tienes una camisa limpia? ¿Ni lleno de sangre si no tienes con qué curarte? Esa es la apariencia de los zombis, ¿no? Pero os digo que paséis una semana en la selva, heridos, cansados, hambrientos y sucios, y todos vosotros seréis zombis.

Continuó moviendo su mano por encima de las llamas, que en ocasiones parecían alcanzarle, sin notar el fuerte calor ni la quemazón del fuego. Por fin, al cabo de un rato de estar con la mirada perdida en las llamas, Flint parpadeó y se volvió a su tripulación.

—Pues bien, ¡recojámoslo! Carguemos el oro, vayámonos de esta isla y vivamos borrachos el resto de nuestras vidas, pues, si es lo que queréis. Así que quiero veros en pie, andando detrás de mí, como siempre... ¡Arriba, gandules! ¡Ya no tengo tiempo que perder con vosotros!

En esas estaban, recogiendo armas y pertrechos, cuando oyéronse voces en el lado sur y uno de los piratas anunció:

—¡Bandera blanca, capitán! ¡Bandera blanca!

Flint atravesó el grupo de sus hombres y salió del protector círculo de la hoguera, preguntando:

—¿Quién va y qué busca?

—Soy el doctor Livesey. Y busco a Long John Silver.

—Tarde llega, doctor —rio Flint—, pues Silver está buscando su corazón en algún lugar del infierno... —De pronto se quitó el sombrero y se inclinó cómicamente, añadiendo—: Tendréis que conformaros con el capitán Flint...

El doctor, pues él era quien llegaba con una bandera blanca atada en lo alto de un mosquete, se detuvo al ver ante sí la espectral figura de Flint, a quien, como todo el mundo, creía muerto. Pero, siendo hombre de temple a toda prueba, se rehizo enseguida y dijo con firmeza:

—Al capitán Flint, sea pues. A quien supongo al frente de esta chusma.

—Yo prefiero llamarla tripulación —sonrió Flint, condescendiente—. Me es más grato, pero allá cada cual con sus querencias. ¿Y venís para decirme algo o para entregar las armas?

—Para deciros algo, capitán. Y para proponeros un trato.

Flint ladeó la cabeza y esta vez su rostro se endureció, como si recelase del doctor. Con una mirada helada, le invitó a acercarse al fuego, diciéndole en voz baja:

—Pasad, buen doctor. Las noches en esta isla no son buenas para ir de paseo; podríais tener malos encuentros. Pero decidme, ¿qué clase de trato me proponéis?

El doctor Livesey apoyó el mosquete en el suelo y echó un rápido vistazo a su alrededor, observando el temor en los ojos de los piratas y luego el increíble aspecto de Flint, convertido en una extraña mezcla de hombre y monstruo. Tras una

pausa en la que el doctor estudió cuidadosamente los rasgos del pirata, que hasta entonces había tenido velados por la lejanía de la luz que brindaba el fuego, se encaró finalmente con él y le dijo suavemente:

—El mejor que podéis tener en estos momentos. Y hacedme caso, capitán, yo no miento nunca.

XI

MI AVENTURA MARÍTIMA

Cercados por enemigos por mar y tierra, con muertos y heridos en nuestras menguadas fuerzas, la verdad es que nuestra situación no era nada buena, y no hacía otra cosa más que virar a peor. Quizá por ello, o por mi inconsciencia propia de un chiquillo, o tal vez por poder hacer algo, fue por lo que se me ocurrió aquel loco plan.

De manera que me llené los bolsillos de galletas, me armé con dos pistolas y, aprovechando un conciliábulo entre el capitán Smollet, el doctor Livesey y el caballero Trelawney, y mientras Gray afilaba su sable mirando sin ver a la empalizada, rodeé la casa y, por un pequeño hueco en el muro, insuficiente para que pasara ninguno de los hombres —ni tampoco de los zombis— que estaban en la isla, pero sí apto para un chiquillo de mi corpulencia y presencia física, me lancé fuera del fortín camino de *La Hispaniola* o, en realidad, de no se sabía muy bien qué.

A medida que me internaba en la floresta, mi corazón se aceleraba cada vez que mi cabeza me repetía que qué estaba haciendo, que cómo se me ocurría adentrarme en una selva repleta de sanguinarios zombis sin más ayuda que dos pistolas con las que apenas podría hacer nada contra ellos. Si solo Gray, mil veces más fornido que yo, había podido contenerlos con una fiereza tal que a veces hasta uno de ellos parecía, poco podría hacer un mocoso como yo ante tales monstruos.

Con todo, al poco tiempo me encontraba ya frente al fondeadero y, al aclararse la selva y aparecer el mar, se aclararon también mis temores, puesto que era más difícil que uno de los zombis me pillara desprevenido. Mas ahora llegaba el momento de cuidarse de los vivos, ya que podría ser visto por los piratas y eso tampoco me sería nada grato.

La brisa marina, como si se hubiera agotado por la fuerza con la que había soplado toda la tarde, había cesado ya y en su lugar se habían levantado vientos variables y suaves, que arrastraban grandes bancos de niebla. El fondeadero, al amparo de la Isla del Esqueleto, permanecía tranquilo y aplomado, como cuando por primera vez entramos en él, y la misma sensación que entonces tuve en ese momento, ya que *La Hispaniola* se veía nítidamente con la bandera negra colgando del pico del cangrejo y una de las chalupas a su costado.

Me pareció ver a John Silver en el banco de popa hablando con dos hombres reclinados sobre el antepecho de la toldilla de la goleta, uno de ellos con un gorro rojo. Sin embargo, observando un poco mejor, ya no estaba tan seguro de que fuese Silver quien estuviera en la canoa, ya que su figura siempre me fue reconocible y en esta creía ver algo diferente. Aunque a esa distancia, más de una milla, el simple cambio del sombrero podía hacerme confundir al mismísimo doctor y cambiarlo por

Silver. Pero, fuese quien fuese, el caso es que, al cabo de unos minutos de animada conversación, se destacó la canoa y bogó hacia la costa, y el hombre del gorro rojo y su compañero se fueron abajo por la caseta de la cámara.

Entonces el sol se había ocultado ya detrás de El Catalejo, y como la niebla se iba amontonando rápidamente, empezó a oscurecer a toda prisa. Si quería seguir adelante con mi descabellado plan, debía moverme de inmediato, de manera que, arrastrándome entre la maleza, llegué a las rocas más próximas a la costa, hasta que el olor a mar me envolvió por completo. Busqué un hueco lo bastante ancho como para poder colarme en él y, tras asegurarme de que no había nadie en los alrededores —pirata, zombi o compañero de fatigas—, me acomodé lo mejor que pude a esperar que fuera noche cerrada.

Mi plan era sencillo, o al menos eso me lo pareció cuando lo elaboré, pues no era más que nadar hasta la goleta, trepar por los cabos de proa y, tras cortar sus amarras, dejarla encallada donde tuviese a bien caer. Después de la derrota a nuestras manos, era poco probable que los piratas quisieran permanecer en una isla llena de sanguinarios zombis donde apenas podían esperar otra recompensa que la muerte, así que supuse que su plan más inmediato consistiría en levar anclas. De manera que impedirselo me pareció entonces buena idea.

Llegó por fin el momento que esperaba, así que salí de mi escondrijo y caminé un buen trecho por la playa, descubierta en gran parte por el reflujo. Al cabo, mis pies se metieron por fin en las aguas y, tras anudarme la faja en la cabeza y colocar en ella las pistolas, como me había contado Silver que hacían los hombres de mar en semejantes aventuras, me metí en el agua cuando esta me llegó al pecho.

Nadé con brío, aunque procurando al mismo tiempo no hundir la cabeza para no mojar las pistolas y no levantar mucho ruido. La distancia que me separaba de la goleta no era problema para mí, aunque sí el hecho de que luego tendría que trabajar de firme para cortar el cable y quién sabe si además enfrentarme a dos curtidos piratas. Pero, como decía el doctor, cada cosa a su tiempo, de manera que me concentré de nuevo en salvar la distancia que me separaba del barco.

La corriente era fuerte y me empujaba hacia él, pero eso mismo me hizo darme cuenta del error que había cometido. Y es que no podría volver de la misma forma, ya que entonces tendría la corriente en contra y además estaría bastante más cansado. Así que tal vez lo que me quedase por hacer fuese subir a bordo de *La Hispaniola* y encallar con ella donde quiera que fuese para, desde allí, volver por tierra al fortín.

Estaba centrado en esos pensamientos cuando, de pronto, apareció ante mí un espectral cuerpo negro de gran tamaño, la mole de nuestra goleta surgida de la niebla como un fantasma. Apenas una pálida lucecita en la cámara podía distinguirse entre las sombras, aunque debían de tener las ventanas abiertas, pues hasta mí llegó nítidamente la inconfundible canción que tantas veces había oído:

*Quince hombres van en el cofre del muerto.
¡Ay, ay, ay, y una botella de ron!
La bebida y el diablo dieron con el resto.
¡Ay, ay, ay, y una botella de ron!
Y solo uno vivo, los demás han muerto,
de setenta que eran al zarpar del puerto.*

Me estremecí, lo confieso, pero al mismo tiempo me alegró distinguir que una de las dos voces que entonaban la canción lo hacía desvirtuada y alterada por el alcohol. Si de dos al menos uno estaba borracho, mis posibilidades de salir con éxito y hasta bien librado empezaban a ser algo menos que remotas.

Me dejé llevar hasta que la corriente me acercó a proa, junto al cable del ancla, que estaba tensado hasta el límite, tal era la fuerza de las aguas. En cuanto se cortase, la goleta zarparía a toda velocidad, aun teniendo como tenía todo el trapo recogido. Asido firmemente al cabo, me alcé un poco para tomar la postura más adecuada y trepé por el cable todo lo rápido que pude hasta poder afianzarme en la proa.

Permanecí quieto unos instantes tratando de escuchar el menor ruido procedente de la cámara, sin conseguirlo. Entonces me até de nuevo la faja y las pistolas a la cintura y, tras sacar mi navaja, comencé con la dura tarea de cortar el cabo.

Había logrado soltar ya varios ramales cuando de pronto estalló un vocerío ensordecedor en la popa, acompañado de golpes y juramentos. Acuciado por el temor a ser descubierto, me apliqué en mi tarea con renovados ímpetus, cortando un ramal tras otro hasta que, por fin, el cable se soltó con un siseo. *La Hispaniola*, separada repentinamente de su única sujeción, brincó como un caballo purasangre, haciéndome balancearme peligrosamente y levantando levemente su costado.

De la popa llegaban entonces golpes, ruido de lucha y un alarido tremendo. Después de asegurarme de nuevo en la proa, acerté a trepar por la amura y saltar a cubierta, inquieto y a la vez peligrosamente intrigado por lo que sucedía, pero estaba claro que no iba a detenerme una vez llegado hasta allí. Agachándome un poco —«los buenos soldados se agachan antes de entrar en combate, Jim. Por qué, no lo sé, pero lo hacen», me había dicho Gray después de nuestra lucha contra los zombis—, caminé lentamente hasta que de pronto un nuevo grito retumbó en la goleta.

Al grito le siguió un rugido inhumano, acompañado de un estremecedor sonido como de carne que se corta, se machaca y se aplasta. Golpes, portazos y un nuevo rugido que me erizó todo el vello del cuerpo de arriba a abajo, haciéndome retroceder pálido como un muerto. Pero, con todo, mis pies, malditos ellos, recuperaron enseguida el camino perdido, puesto que obedeciendo sabe Dios a quién, se movieron hacia delante haciéndome llegar al combés, justo encima de la refriega.

Al instante vi saltar como un gamo a Israel Hands, el artillero de Flint, quien acababa de surgir por la escotilla como un espectro. Iba cubierto de sangre y apenas

reparó en mi presencia, sobre todo porque abajo continuaban oyéndose pavorosos gritos y golpes. Hands comenzó a cerrar la escotilla, pero en ese momento decidí salir de mi escondite con una pistola en la mano y grité:

—¡No se mueva!

Israel se movió, claro, para ver quién le daba la orden, aunque es de ley reconocer que solo movió la cabeza. Su rostro reflejó su sorpresa al verme de pronto en cubierta y armado, pero apenas le duró un segundo.

—¡Jim! ¡Jim! Diablos... ¡No te quedes ahí parado! ¡Vamos, ayúdame a cerrarla!

—No se mueva, Hands —repetí, ignorándole—. ¡Hablo en serio!

—¡Muévete, deprisa! ¡Hay un zombi ahí abajo!

Sus palabras me dejaron por un momento helado, y el hecho de que Israel no hiciera caso a la amenaza que significaba mi pistola quería decir, sin duda, que se cernía sobre él —y sobre nosotros ahora— una aun mayor que una bala. Así que, sin darme apenas cuenta, me encontré a su lado, trabajando codo con codo para cerrar la escotilla justo cuando un rugido y el ruido de maderas rotas atronaron la cámara.

Notamos un extraño hedor y escuchamos unos pasos apresurados mientras tratábamos de cerrar aquella portilla que, maldita fuese, en ese preciso momento quería encallarse. Y entonces, cuando dimos un último y rabioso empujón con todas nuestras fuerzas, vimos una espectral cabeza deforme, con las fauces abiertas y los colmillos chorreando sangre, que se acercaba a pasos agigantados por la escalerilla. Empujamos, oímos el brutal choque de las maderas contra un cráneo humano y luego un grito en el que se mezclaba el dolor con, sobre todo, la rabia contenida.

XII

EL ZOMBI EN LA BODEGA

Cerramos y aseguramos la escotilla y Hands se volvió hacia mí, jadeante. Estaba lleno de sangre y le pude distinguir, pese a la oscuridad y la niebla, dos grandes heridas en el hombro y el vientre.

—Gracias a Dios, Jim —jadeó, mirándome de arriba abajo—. No sé qué diablos haces aquí, pero gracias por aparecer..., Porque... ¿qué diablos haces aquí?

—He venido a tomar posesión de *La Hispaniola* —respondí lo más firme que pude, dadas las circunstancias de estar jadeando y con un terrorífico enemigo encerrado bajo nuestros pies.

Hands meneó la cabeza y una especie de sonrisa burlona o mueca grotesca afloró a sus labios.

—Pues, capitán Hawkins, tenéis un problema serio. —Me miró y esta vez sí que se rio—. Porque yo os respeto y a fe mía que yo, herido y desarmado, no soy quién para discutir vuestra autoridad ni a vos ni a vuestras pistolas... pero el zombi de ahí abajo a lo mejor opina otra cosa. Un suponer, digo... Así que... espero vuestras órdenes —añadió con indisimulada guasa.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, en parte para saberlo y en parte para ganar tiempo.

—Bueno... —Israel tosió y reuló hasta apoyarse en el mayor con un jadeo—. Es sabido que los vivos no se llevan bien con los muertos, y ahora mismo hay dos ahí abajo. Esa cosa, sea lo que sea, y el borracho de O'Brien, que con él se ha quedado y me da que no debe de estar en muy buen estado ahora mismo. Vamos, que con la herida que llevaba en el cuello y las partes que le ha arrancado esa cosa a puro mordisco, me imagino que navegue ya con el *Holandés Errante*, si es que le quiere en su tripulación...

Me estremecí al oír aquello, cómo no hacerlo, y al punto empecé a pensar que mi brillante idea de hacerme con la goleta no lo era tanto, visto lo visto y el rumbo que tomaba. Porque ahora tenía un barco empujado por la corriente, un peligroso pirata herido ante mí y un zombi aun más peligroso bajo mis pies, aporreando los mamparos y cuanto le impedía salir a cubierta a saciar su sed de sangre. Que O'Brien debía de haber tenido poca.

—Bueno, capitán... —la voz de Israel Hands me devolvió a la realidad de la cubierta—. Se me figura que algo debemos hacer, ¿no? Porque no es que yo tenga muchos remilgos, pero un zombi bajo nuestros pies no es buena compañía para ninguna travesía. Si estuviera muerto no digo yo que me importase, pero está bien vivo, es fuerte y tiene ganas de acabar conmigo para saldar la cuenta de la cuchillada

que le he dado. Así que a vuestras órdenes estoy, insisto.

—Insistid menos y haced algo más —gruñí por lo bajo, aferrando la pistola como si esta pudiera darme alguna idea de cómo resolver aquello—. Pues yo tampoco quiero viajar con un zombi. Y si la cuenta la tiene con vos, casi estoy por deciros que bajéis a saldarla...

—A vuestras órdenes, capitán Hawkins —la sonrisa de Hands fue tan burlona que casi hasta se le escapó una carcajada—. Pero me gustará ver qué hacéis si el que sube al cabo es el zombi y no yo. Vive Dios que me gustará verlo desde el infierno...

Se incorporó con dificultad y, para mi horror, comenzó a retirar el cierre de la escotilla, siempre mirándome y riéndose.

—¿Qué hacéis? —pregunté, furioso, encañonándole con la pistola—. ¡Quieto!

Hands continuó con su labor, pero esta vez no se rio, sino que comenzó a explicarme su plan:

—Guardad el arma para el zombi, capitán Hawkins. Si conseguimos que salga de ahí abajo tendremos una oportunidad de arrojarlo por la borda. Pero para eso deberemos dejar nuestras peleas y luchar codo con codo. Y cuenta nos trae, capitán, porque yo soy más grande y fuerte que vos, pero él es más grande y fuerte que yo. ¿Estáis conmigo o preferís volarme la cabeza y véros las a solas con él?

Dicho esto, abrió la escotilla y un rugido nos llegó desde lo más profundo de *La Hispaniola*. Al momento escuchamos nuevos golpes y voces, y tanto Israel como yo nos vimos presos de un sudor frío.

—Vos allí —me ordenó Hands—. Uno a cada lado y lejos. Un pistoletazo en cuanto salte a cubierta y le arrastramos hasta el costado para tirarlo por la borda. ¿Tenemos el rumbo?

—Lo tenemos —jadeé, presa de una extraña excitación—. ¿Pero cómo vamos a moverlo?

Un nuevo rugido, esta vez más cercano, nos llegó desde abajo.

—¡Como sea! —se impacientó Israel—. A empujones, si es preciso, pero o lo sacamos de *La Hispaniola* o nos convertimos en la cena de esa bestia. ¡Atentos!

Los golpes llegaron mucho más fuertes. Algún mamparo debió de saltar por los aires y de pronto oímos una carrera y unos fuertes pasos en la escalera. Encogido como me dijera Gray, aunque también de miedo —lo confieso, sí, pero quién no se encoge de miedo ante un zombi—, me aparté dos pasos y amartillé la pistola, mientras Hands se colocaba al otro lado de la escotilla. Escuchamos un nuevo rugido que nos atronó los oídos, tan cerca estaba ya de nosotros, y al momento el zombi subió la escalera de dos saltos y salió a cubierta.

Era un ejemplar gigantesco, si es que los zombis se miden como los humanos, puesto que pasaba de largo los seis pies y medio; fuerte como un toro, con la cara completamente desfigurada y las ropas hechas jirones. Estaba cubierto de sangre y

rugió de nuevo en cuanto se vio en cubierta, moviendo la cabeza en todas direcciones en busca de sus presas.

No sé cómo logré hacerlo, pero al momento disparé y, pese a que el humo del disparo me envolvió por completo, vi cómo se movía acusando el balazo. Al momento, Hands, haciendo gala de un valor a toda prueba, se abalanzó sobre él y cargó con su hombro, empujando al zombi a babor con todas sus fuerzas. Herido, aturdido y sobre todo sorprendido, el monstruo apenas hizo otra cosa que moverse a impulsos del timonel de Flint, quien gritaba reclamando mi ayuda y empujaba como un poseso. De pronto, el zombi comprendió las intenciones del pirata y trató de frenar la enloquecida carrera, lográndolo justo cuando una de sus sarmentosas manos se apoyaba en la borda. Rugiendo y gritando, comenzó un espeluznante forcejeo con Israel, quien luchaba denodadamente por arrojarlo al mar.

—¡Jim! —aulló Hands—. ¡Jim, ayúdame, por el amor del cielo! ¡Que nos va la vida en ello!

Miré a mi alrededor en busca de un arma con la que poder atacar al zombi, recordando nuestro cruel encontronazo con ellos en el fortín —«cortar miembros y fuego, he aquí la fórmula», había dicho el capitán Smollet—, y encontré un hacha arrojada con descuido sobre un montón de cabos. La empuñé y me acerqué resueltamente hacia donde estaba el zombi, pero con tan mala fortuna que lo hice justo cuando lograba liberar uno de sus brazos y de un terrible puñetazo arrojaba a Hands por los suelos.

Atontado y herido, el timonel se retorció en el suelo, gimiendo, mientras el zombi se encaraba conmigo, gritando y mostrando unos colmillos aterradores. Una de sus manos se lanzó hacia mi cuello, pero logré agacharme y soltar un hachazo que le alcanzó en una pierna, casi cercenándola. El zombi aulló pero, todavía hoy no sé cómo, logró saltar, cayendo sobre mí y clavando sus espeluznantes dientes en mi hombro.

Grité como nunca he gritado, sintiendo un dolor que jamás ser humano alguno ha experimentado. El hacha se cayó de mis manos y yo seguía gritando y aullando, con los ojos cerrados para no ver el horror de lo que me estaba pasando. Pero mis aullidos y los rugidos del zombi espolearon de alguna manera a Israel, quien, haciendo acopio de no sé qué fuerzas, logró arrastrarse hasta el hacha caída, empuñarla y, con un grito de furia, lanzar un violento tajo hacia el zombi.

El monstruo acusó el hachazo en mitad de su espalda, soltándose y echándose hacia atrás mientras gritaba. Era todo lo que necesitaba Israel para lanzar el hacha de nuevo, esta vez para cortarle el cuello de un tajo limpio. Sin embargo, las tremendas heridas que sufría el piloto de Flint le jugaron una mala pasada, ya que habían menguado demasiado sus fuerzas, y el hachazo, aunque le había abierto prácticamente toda la garganta, no había logrado decapitar a aquella criatura.

El zombi, herido de muerte, se tambaleó y, tras dar unos pasos sin sentido, se acercó inconscientemente a la borda, como si aún tuviese energías para arreglar el destrozo de su cuello y asegurar su cabeza sobre los hombros. Y entonces, desde mis ojos nublados por las lágrimas, acerté a ver un nuevo acto de heroísmo en quien hasta ahora había considerado poco más que un rufián: Hands, viendo que el zombi no caía y que nuestra lucha tomaba camino de tornarse en vano, se arrojó de nuevo contra él, empujándole por la borda. Pero de tal suerte que, herido y agotado como estaba, apenas pudo liberarse del abrazo mortal del monstruo y ambos cayeron al agua con un sonoro chapoteo.

Por un momento no supe qué había pasado, solo que el zombi aterrador que me había herido ya no estaba a bordo y que mi hombro amenazaba con separarse del resto de mi cuerpo. Pero luego, a medida que mis lágrimas se fueron despejando y que la brisa marina volvía a recorrer la cubierta de *La Hispaniola*, me di cuenta de que estaba solo en el barco. El zombi había muerto, sí. Pero Israel Hands también, caído con el monstruo. Y el antiguo piloto de Flint lo había hecho además luchando y salvándome, sin duda, la vida. Que lo hubiera hecho por puro interés, porque salvándome a mí se salvaba también él, o porque realmente vio a un niño asustado siendo devorado por una criatura feroz, para mí era lo mismo. Israel me había salvado, y vive Dios que desde aquel día guardo un recuerdo bien diferente del viejo piloto. Que haya contado sus acciones canallescadas se debe a que las cometió, y contando estoy cuanto ocurrió en aquel viaje, pero también puedo decir que he brindado en más de una ocasión por el alma de quien me salvó de la muerte aquella noche en *La Hispaniola*.

Pero con Hands hundido en el mar y O'Brien muerto en la cámara, la goleta se iba sola e ingobernable hacia su destino, encallar en cualquier roca. Y yo no quería estar a bordo cuando eso sucediera. De manera que reuní mis escasas fuerzas y me obligué a mí mismo a ponerme en pie y aprovechar que la línea de la costa estaba cada vez más cerca para saltar y abandonar la nave.

Me levanté con suma dificultad, resoplando y notando cómo me ardía el hombro, como si tuviera miles de brasas dentro haciendo fuego sobre un puñado de pólvora. Tambaleándome, me aferré a los cabos más cercanos y pude incorporarme, justo a tiempo para poder ver cómo una gran sombra se acercaba por el costado de estribor, apareciendo fantasmagóricamente detrás del acantilado.

La sangre se heló en mis venas, incluso la sangre incendiada que manaba de mi hombro. Ante mí tenía un navío surgido de la nada, un barco del tamaño de nuestra goleta aunque con las bordas más altas, con el bauprés desafiando al mar y al viento, y las velas raídas y ennegrecidas recogiendo la brisa que soplaba del noroeste.

Pasó rápido, fugaz, empujado sabe Dios por qué —puesto que el viento y la corriente iban en su contra—, sin apenas hacer caso a *La Hispaniola*, como si en

realidad estuviera saliendo del muelle de Bristol en lugar de dejando atrás una cala solitaria de una isla perdida en el océano. Pero lo que de verdad me conmovió, lo que estuvo a punto de matarme de un ataque, fue distinguir, pese a la tiranía de las sombras y la oscuridad que ya impedían ver nada más allá de la punta de los dedos, su nombre. El nombre de aquel barco espectral, surgido quién sabe si de los abismos del mar. Aquel barco se llamaba *Walrus*. Era el barco de Flint.

Desesperado, lo seguí con la mirada mientras pasaba junto a la popa de nuestro navío y, aunqueforcé la vista todo cuanto pude, no llegué a distinguir tripulante alguno, como si el *Walrus* navegara solo y fuera, al igual que su capitán, un alma en pena de los mares.

¡Dos barcos! Si el *Walrus*, por algún extraño designio del destino, el Hacedor o quien hubiera tenido la ocurrencia de dejarlo sobre la tierra, seguía navegando, los piratas disponían de otro barco... lo que hacía mi aventura a bordo de *La Hispaniola* no solo inútil, sino rematadamente mala para nosotros, que tendríamos que cruzar una selva infestada de enemigos para poder embarcar y alejarnos de aquella maldita isla.

Cuando desapareció de mi vista, el dolor de mi hombro regresó con un afilado machetazo, recordándome lo precario de mi situación y que debía reunirme con mis compañeros. Escudriñé la costa, calculando que estaba ya a pocos cables de distancia, pero cada vez me encontraba peor y no podría en modo alguno nadar ese trecho. No habiendo canoas a bordo, aunque tampoco podría haberla puesto a flote debido a mi herida, mi única opción era esperar que *La Hispaniola* encallase en algún banco de arena y de allí saltar a tierra.

Aferrado a las jarcias, luchando por no desmayarme, aquellos últimos metros de *La Hispaniola* fueron para mí un eterno viaje a ninguna parte. Sin embargo, al cabo la corriente acertó a llevar el barco contra la arena de la playa y detenerlo con un suave balanceo.

Respiré hondo para reunir fuerzas y me deslicé por los cabos de proa con suma dificultad, ya que cada vez que intentaba mover mi brazo izquierdo una espada de dolor me atravesaba de parte a parte, como si en realidad me hubiesen herido cien sables y no el mordisco de una criatura. Pero finalmente logré saltar y mis pies se apoyaron en la arena mojada. Tambaleándome, logré alejarme del barco, pensando que aún me quedaba un largo camino de regreso.

La única ventaja que tenía era que no necesitaba marcar la ruta, puesto que me bastaría con seguir la línea de la playa en dirección contraria. Así que, reuniendo mis escasas fuerzas, emprendí la penosa marcha.

A trompicones, con la ropa llena de la sangre del zombi, de Israel Hands y de la mía propia, que seguía manando como una fuente de mi hombro —¿cuánta sangre podía tener el cuerpo de un joven como yo? Temía quedarme seco de un momento a otro—, recorrí la playa en dirección opuesta, buscando el fortín que había dejado

atrás sin levantar la cabeza, observando mis vacilantes pasos que dejaban una clara pista de huellas sobre la arena.

No sé cuánto tiempo estuve caminando, ni en qué condiciones pude hacerlo, pues creo que incluso llegué a andar desmayado por el dolor, empujado por sabe Dios qué extraña fuerza sobrehumana. Pero lo hice. Recorrí la distancia que me separaba de mis compañeros sin más encuentros de ninguna clase, ni amigos ni enemigos, cayéndome a veces, levantándome siempre, aturdido, con los ojos cerrados por el dolor y sintiendo que no sería capaz de dar un paso más pero al mismo tiempo dándolo.

De manera que caminé y caminé, sin apenas darme cuenta de lo que hacía, hasta que mis tambaleantes pasos casi me arrojaron contra la empalizada. Apoyándome en ella con una mano, y dejando así un reguero de sangre en todos los troncos, tanteé hasta dar con la puerta y, reuniendo las pocas fuerzas que me quedaban, me lancé a su interior en busca de la casa.

Cerré los ojos mientras llamaba temblorosamente. Quizá por eso apenas distinguí el arco de luz de una antorcha cuando se abrió la puerta, ni tampoco la voz que decía:

—Vaya, vaya, bonito pescado tenemos aquí... Pues debe ser el joven Jim Hawkins de quien tanto he oído hablar, supongo...

Apenas acerté a levantar la vista para ver un rostro barbudo que enmarcaba a alguien a quien no conocía. «Bienvenido, joven Hawkins, creo que no nos han presentado», escuché que decía socarronamente antes de desmayarme.

—Soy el capitán Flint.

XIII

EN MANOS DEL ENEMIGO

Desperté en un jergón tirado junto al fuego y notando casi al instante una tirantez en mi hombro herido, provocada por la venda que alguien, con el tino que da la práctica y no la ciencia médica, me había puesto. A mi alrededor solo se oía el rumor del fuego y un par de voces que cuchicheaban buscando no ser oídas por nadie, de manera que traté de incorporarme y ver qué estaba pasando.

Me encontraba, como ya he dicho, en el fortín, pero no en la compañía del capitán Smollet ni de mis amigos. Por alguna extraña circunstancia, mientras yo vivía aventuras a bordo de *La Hispaniola*, el fuerte había cambiado de manos, lo que hizo que al instante comenzase a preocuparme por la suerte que hubieran corrido mis compañeros. Ignoraba, además, el talante con el que me acogerían mis antiguos camaradas, si es que más allá de Silver lo había sido alguno de aquellos rufianes, así que, aun sin darme cuenta, enseguida empecé también a preocuparme por la suerte que pudiese correr yo mismo.

Algún ruido debí de hacer, ya que de los dos piratas uno giró la cabeza hacia donde yo me encontraba, mirándome a través de unos ojos vidriosos, no sé si por el abuso del ron, el cansancio o el miedo, o tal vez por las tres cosas juntas. El caso es que, aunque conocía de sobra aquel semblante, en ese momento fui incapaz de ponerle nombre.

—Vaya, vaya... Nuestro pescado se ha despertado, Ismael.

El otro, a quien sí reconocí como uno de los tripulantes más jóvenes de la goleta, se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Estás bien? Porque has aparecido en bastante mal estado...

Antes de que pudiera pensar una respuesta y mucho menos decirla, el otro pirata contestó por mí, diciendo:

—¿Importa eso ahora? Lo que importa es que ha abierto los ojos, así que levantémonos y andando, que nos están esperando.

Ismael me ayudó a levantarme, cosa que, pese a la brusquedad con la que lo hizo, agradecí, ya que me encontraba muy débil y mareado. Me dio algo de beber —un poco de agua con unas gotas de ron que, aunque me supo a rayos, me reconfortó bastante— y al momento salimos de la casa.

El patio estaba bien distinto a como lo había visto por última vez. Además de no haber miembros ni rastro alguno de los zombis, ya que nosotros mismos los habíamos quemado, tampoco lo había de mis amigos ni del orden con el que habían dispuesto el campamento, ya que aquí y allá había montones de ropas sucias y rotas, restos de comida e incluso pequeñas hogueras, como si los piratas se hubiesen limitado a

dejarse caer al suelo en cualquier parte y en todas al mismo tiempo. La brecha de la empalizada la habían arreglado colocando varios maderos atravesados e improvisando una barricada detrás que, la verdad, no me pareció demasiado sólida, y aún estaba en pie el mástil, aunque sin la bandera que tan orgullosamente había portado el capitán.

—¿Y los otros? —acerté a preguntar con la boca pastosa—. El capitán Smollet, y el doctor...

—Por ahí, en la selva —gruñó Ismael—. Hace un par de días que nos cambiaron el fortín por una barca. Cogieron sus armas y se fueron a la selva como si esta casa fuera a caerse.

—Pero...

Ismael no dijo nada más, dejándome aun con más preguntas que antes. Pero le seguí, ya que vi que caminaba hacia un hombre de anchas espaldas, vuelto hacia la empalizada, con los brazos en jarras y una larga melena negra como el ala del cuervo cayendo sobre sus hombros.

Y en el momento en que se dio la vuelta, mi corazón se detuvo al ver su cadavérico rostro, la palidez de su piel y cómo los huesos se le notaban incluso a través de su raída ropa. Y aunque en realidad no le había visto en mi vida, me daba la sensación de que, fuera como fuera, sabía de sobra quién era aquel hombre y por qué estaba allí.

—¡Vaya, vaya! —tronó—. ¡Así que este es el famoso Jim Hawkins! El grumete que ha sido capaz de matar a todo un Israel Hands y de encallar un navío él solito...

Tales palabras, que en otra persona hubieran sido una alabanza de la que enorgullecerse, en aquel momento y pronunciadas por el capitán Flint sonaron más bien a los cargos que se exponen contra un reo. Palidecí aun más de lo que ya estaba, sobre todo cuando el capitán dio dos pasos hacia mí y se inclinó, no sé si burlonamente, para decirme:

—Pardiez que si llegas a estar a bordo del *Walrus* en los buenos tiempos, hubieras ganado un buen botín con tus hazañas...

Aquel elogio no hizo otra cosa que ponerme aun más nervioso, de manera que sentí que mis piernas comenzaban a flaquear. Flint me miró de arriba a abajo y sonrió con una extraña mueca.

—Ah, claro, imagino que no me recordáis, señor Hawkins... Nos vimos anoche, pero llegasteis en tan mal estado que supongo que pensabais hallar al bueno del doctor que os curase, o al menos al otro capitán, el estirado. Bien, me presentaré de nuevo, pues, para que no haya dudas. Soy el capitán Flint, jovencito, y me han hablado tanto de ti y de tus hazañas que estoy pensando en dejar aquí a toda mi tripulación y llevarte conmigo. Que de ser cierto la mitad de lo que cuentan, me bastaría y sobraría...

Confieso que poco o nada de cuanto me dijo en ese momento escuché, aturdido por mis heridas, de manera que apenas le contesté con lo único que me cruzaba por la mente en ese momento, que no fue más que:

—Pero... Flint murió hace años... Long John me lo dijo... Flint está muerto...

—Oh, no, me temo que no. De hecho, me temo que el que está muerto de verdad es el viejo Long John. —El pirata sonrió, si es que a aquella mueca se la pudo ver alguna vez como una sonrisa, y luego se encogió de hombros—: De justicia, en cualquier caso, puesto que debería haber muerto hace años, casi cuando perdió su pierna, con aquella andanada que a poco nos manda a todos al infierno.

—Pero... no puede ser —insistí obstinadamente—. Silver dijo...

—Ah, joven Hawkins... Silver dijo, Silver dijo... —Flint me agarró por el hombro en un gesto casi amistoso y comenzó a caminar y, por ende, a hacerme caminar a mí también como si fuésemos dos camaradas de toda la vida—. La palabra de Silver... Tenía muchas, el malnacido, porque no callaba ni luchando, pero de poco valor. Sí, así era, mucha palabra que valía muy poco. Mentiras, cuentos, bonitas historias todas ellas, pero con menos verdad que el beso de Judas. ¿Os dijo que había muerto? —Flint se rio, como si le hiciera mucha gracia—. Ay, qué embustero, cuánto bien he hecho sacándolo de este mundo. Porque ya se ve que estoy vivo, ¿no?

—Pero, entonces... ¿Silver está muerto? —Miré al capitán, ya que, engañado por su charla casi burlona, por un momento creí estar hablando con un hombre de verdad, no con aquella suerte de engendro, cosa que recordé con pavor en cuanto le eché la vista encima.

—Sí, del todo. —Flint hizo un gesto definitivo con su mano—. Atravesado por este sable de parte a parte, creedme, señor Hawkins. Pero imagino que no le echaréis de menos; en realidad ya os digo que apenas era un bandido y de los peores. Yo soy malo, sí, pero no engaño a nadie, todo el mundo lo sabe en cuanto me echa la vista encima, ¿a que sí? —Se detuvo, colocándose ante mí y diciéndome ahora muy seriamente—: Pues Silver no, Silver engañaba. A todos. Por eso está muerto, porque quiso engañarme a mí también y apoderarse de mi tesoro.

Tragué saliva, tratando de no apartar la vista del espectral rostro del pirata, si es que seguía siendo tal y no se había convertido ahora en otra cosa.

—Sois listo, Hawkins, ¿a que sí? Eso dicen todos aquí: listo como un demonio, me han dicho no sé cuántas veces. Pues entonces pensad, ¿iba a ser tan tonto de enterrar un tesoro en esta isla y no volver a buscarlo? ¿Iba a dejárselo a Silver, o a Pew? ¿O a ese traidor de Billy Bones, que creyó que con robarme el mapa iba a lograr apoderarse de mi botín?

Se inclinó un poco, como si quisiera hacerme alguna suerte de confianza, y continuó en voz un poco más baja:

—No, yo creo que no... Y como sois listo, amigo mío, haréis muy bien en dejaros

llevar por la corriente en esta parte de la aventura. Y creedme que, en esta parte, mi corriente es la mejor de todas. ¿Lo entendéis?

Moví la cabeza... sin estar seguro del todo de lo que me había dicho y, sobre todo, de lo que yo debía aprender de sus palabras. Pero dije que sí con la cabeza, repito, fascinado por la presencia de un pirata al que su propia tripulación daba por muerto y al que yo estaba viendo delante de mí, a apenas dos pulgadas de mis ojos.

Flint me miró fijamente, sonrió y se irguió en toda su estatura, que era bastante.

—¡Bueno! Pues si el señor Hawkins está listo, podemos emprender el camino. Aunque no está lejos, el viaje de vuelta será más largo porque cuesta más hacerlo cargado... ¡Nos vamos! —gritó de pronto a los demás—. ¡Andando!

Los piratas comenzaron a levantarse y a agruparse en torno a la empalizada, recogiendo sus armas y preparándose para la marcha. Mientras miraba todo aquello apenas me di cuenta de que Ismael me ataba las manos con un cabo y cogía el extremo de este, llevándome así bien atado, supongo que para que no hiciera nuevamente de las mías. Pero en ese momento, mi cansancio, mi aturdimiento y el dolor de mis heridas pesaban lo bastante en mi ánimo como para que intentase ninguna locura.

Porque locura sería, sin duda, intentar hacer otra cosa que obedecer. Puestos en una columna, armados hasta los dientes y provistos igualmente de picos y palas, los piratas comenzaron a marchar internándose en la floresta, dejándome tras Ismael pero con otros dos detrás de mí, por lo que intentar escapar era poco menos que imposible, estando como estaba con las manos atadas y las fuerzas muy justas.

Caminando lentamente a través de la vegetación fue cuando me di cuenta de que apenas había seis piratas, además de Flint. Si nosotros habíamos derribado en nuestro primer asalto a cuatro o cinco, era evidente que habían tenido algún nuevo choque con mis compañeros o con los zombis del que no debían de haber salido bien librados. De los seis, además, el que cerraba la marcha llevaba una aparatosa venda en la cabeza y se movía con cierta dificultad.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en voz baja—. ¿Y mis compañeros?

—No lo sé —gruñó Ismael—. Anoche vino el doctor con una bandera blanca, habló con el capitán y todos se fueron al bosque dejándonos el fortín. Y eso que «todos» es mucho decir, pues bien pocos quedaban ya, pero se fueron. Eso es lo que importa.

—¿El doctor? ¿Tratando con Flint? Extraño me parece... —respondí, meneando la cabeza.

—Que se te antoje lo que quieras, pero eso fue cuanto sucedió, como te lo estoy diciendo. Que se fueron y nos quedamos con el fortín y lo suyo, y como estamos con el capitán, es de suponer que también nos quedaremos con el tesoro, pues él sabe dónde está.

Seguimos caminando todos en fila india, internándonos en lo más profundo de la selva, como si en realidad estuviésemos caminando por los jardines de la reina. Flint abría la marcha y cuantos íbamos detrás de él no dejábamos de admirarnos por el hecho de que estuviese aún vivo, aunque estaba claro que en mal estado, producto sin duda de llevar tanto tiempo en aquella isla.

Mis pensamientos comenzaron a bailotear cuando me di cuenta de eso, hasta tal punto que absorbieron todo cuanto mi cerebro podía razonar, incluso algo tan simple como caminar, puesto que parado me quedé junto al tronco de un árbol y, por más que Ismael tiró de mí, fui incapaz de moverme.

—¡Muévete, grumete! —me gritó quien iba detrás de mí, dándome un pescozón—. Parece que hayas visto un fantasma en ese árbol...

—No... no... —respondí, mientras de nuevo emprendía el camino—. No en ese árbol... y no he visto un fantasma... He visto algo peor...

Al parecer, quien venía detrás no llegó a escucharme, pero Ismael sí lo hizo, ya que se dio la vuelta hacia mí y, visiblemente alterado, exclamó:

—¿Qué has dicho?

En ese momento me di cuenta de que era cierto. De que el horrible pensamiento que me había cruzado por la cabeza hace apenas un segundo era tan cierto como que yo estaba aún vivo y con las manos atadas a una cuerda. Y como que, probablemente, ninguno de nosotros saldría con vida de allí. Así que, sabiendo que poco o nada tenía ya que perder, levanté la cabeza y miré fijamente a Ismael, respondiéndole:

—Que he visto algo peor que un fantasma. Una bestia feroz, a la que apenas se puede combatir, sedienta de sangre... Y que está delante de nosotros, a la cabeza de la columna.

—Hablas del capitán Flint...

—No —respondí gravemente, con una voz que hasta a mí me pareció desconocida—. Hablo del zombi Flint.

Yo entonces no me había dado cuenta, pero la mayoría de los piratas se había reunido en torno a mí, y por sus expresiones, mis palabras habían logrado al menos sorprenderles. Así que, ante sus mudas preguntas, alcé la cabeza y la voz orgullosamente y comencé a hablar con firmeza:

—El capitán Flint, ese capitán Flint que os manda... ¡es un zombi! Billy Bones me contó una vez que Flint desembarcó en esta isla con seis hombres y el tesoro, pero que regresó solo a bordo... Y que luego murió, justo cuando su barco navegaba por estas aguas...

—¿Y qué?

—Cállate, George Merry, deja al chico que hable...

—Y que Silver siempre presumió de no temer a Flint... —En ese momento me di cuenta de que los dos que iban en cabeza, Tom Morgan y el propio Flint, se detenían

al vernos a todos parados e incluso comenzaban a dar la vuelta, así que continué explicándome—: Sabéis la clase de alimañas que habitan en esta isla, infestada de zombis... ¿cómo podría sobrevivir un hombre entre todos ellos durante tanto tiempo?

En ese momento confieso que el habla se me cortó, ya que Flint acababa de unirse al grupo y me miraba fijamente con sus cadavéricos ojos clavados en mi figura, como animándome a seguir si era lo bastante valiente. Pero, comprendiendo que apenas tenía más oportunidad de salir vivo de allí que el que se produjera un milagro, respiré hondo y continué, decidido a, ya que no podría hacer otra cosa, meter el miedo en el cuerpo a aquellos rufianes.

—Pues os lo diré: ¡convirtiéndose en uno de ellos! Miradle bien —le señalé con mis manos atadas—. ¡Si apenas parece humano! He luchado con ellos en el fortín y también en *La Hispaniola*, los he visto de cerca y creedme que son como él...

Algunos piratas volvieron la cabeza hacia su capitán, que podría decirse que casi sonreía, y de pronto vieron la mancha de sangre de su camisa, la mancha provocada por el disparo que, pese a haberle alcanzado en el corazón, no le había matado. Y sus corazones entonces se encogieron aun más, apartándose lentamente y dejándome a mí frente al capitán, o lo que quiera que fuese.

—Joven Hawkins —me dijo con su voz pastosa—, no sé muy bien qué deciros, la verdad. Soy más bien hombre de sables, no de palabras. Ese era Silver, que estaba todo el día hablando, ya os lo he dicho; hasta cuando violaba a una mujer tenía que estar hablando, el maldito. Pero puedo deciros, para empezar, que los tenéis bien puestos...

Se acercó un poco más hacia mí y luego me dijo en voz baja, inclinándose sobre mi hombro herido hasta casi tocar mi cara:

—Pero recordad que soy hombre de sables. Y que si queréis conservarlos, esos que tan bien puestos están y cualquier otra parte de vuestro menudo cuerpo, más os vale cerrar la escotilla... ¿Me he explicado bien, pese a todo, mi joven amigo?

Tragué saliva con enorme dificultad, ya que se había convertido en una especie de bola del tamaño de una chalupa en el fondo de mi garganta, y asentí mudamente, temiendo que incluso la respuesta a su pregunta fuese a desembocar en mi muerte fulminante... o en algo peor.

Flint me sonrió, entendiendo todo lo que puede sonreír un zombi, y me palmeó el hombro sano, yo diría que hasta con afecto.

—Eso me parecía... Razón llevaban quienes decían que erais hombre listo... ¡Andando! —añadió, regresando a la cabeza de la columna—. ¡Tenemos un tesoro que recoger!

La columna reanudó su marcha, y confieso que durante un buen rato yo lo hice respirando afanosamente, tratando de calmarme tras la amenaza de Flint, que había provocado una más que honda conmoción en mí, como es lógico. Pero finalmente,

empujado de nuevo por Ismael, anduve presto al ritmo de los piratas... o los zombis, o lo que fueran, que ni de su verdadera naturaleza estaba seguro ya.

Lentamente, avanzamos entre los árboles, aunque la sensación de que estábamos cada vez más cerca de nuestra meta empujaba a los hombres, presos de una ansiedad difícilmente controlable. Ismael tiraba de la cuerda de vez en cuando, dirigiéndome miradas asesinas cada vez que me retrasaba o tropezaba con algo.

Al cabo dimos con el primero de tres árboles grandes, al final de los cuales debía estar un pequeño claro donde yacía, desde hacía años, el fabuloso tesoro de Flint. Sobrepasamos el primero y también el segundo, acercándonos al tercero, un verdadero coloso de más de doscientos pies de altura, rodeado de lianas y de una espesa malla de vegetación.

El grupo comenzó a acelerarse, caminando más deprisa y desplegándose. El bosquecillo se abría con una suave pendiente, al final de la cual había una especie de cueva y una explanada rodeada de árboles y rocas. Ismael soltó la cuerda y aceleró, al igual que los demás, comenzando a descender la pendiente mientras contaba ya su parte de la fabulosa riqueza, de manera que por un momento no supe qué hacer. Pero, justo cuando iba a girar sobre mis talones y echar a correr, ocurrió algo que jamás hubiera pensado que fuera a suceder.

Flint se acercó a mí, recogiendo la cuerda caída y apartándose de los demás. Alcé la mirada, sorprendido y, lógicamente, aterrado, pero él me hizo un gesto y de un solo tajo cortó mis ligaduras. Asombrado, iba a preguntar cuando me hizo callar imperiosamente y, deslizando una pistola en mi cinturón, me susurró:

—Calla... Toma esto y atento, porque se va a armar.

—Pero...

—En cuanto aparezcan, sal corriendo por donde hemos venido —continuó Flint, girándose hacia el lugar por donde habían desaparecido los demás y tapándome de ellos con su cuerpo—. No mires atrás, oigas lo que oigas. Solo corre. Corre como nunca en tu maldita vida, si es que quieres ver el sol mañana. Llégate a la playa y luego ve a estribor para encontrar a tus amigos.

—¿Qué ocurre, capitán? ¿Por qué hace esto?

Flint se volvió un poco, lo justo para que pudiese ver su cadavérico rostro de perfil, y pareció hasta ser un amigo cuando me respondió:

—Porque esto te viene grande, muchacho, muy grande; son asuntos de mayores y monstruos, no de chiquillos. Porque ese tesoro tiene cuentas pendientes que ajustar y tú no estás en ninguna... Y porque eres uno de los nuestros.

Y en ese momento escuché un disparo y un alarido cruzó la limpia atmósfera de la isla.

XIV

LA MASACRE DEL BOSQUE

Tom Morgan, Merry, Ismael y los demás habían descendido la pendiente y ya giraban para entrar en la cueva. Todos habían visto el mapa y todos sabían que era allí donde acababa el viaje. Así que se lanzaron hacia la gruta.

El primero de ellos surgió justo del final de la pendiente, entre unos arbustos y el tronco de un grueso árbol. Con la ropa hecha jirones y el horrible aspecto de un cadáver a medio descomponer, y rugiendo como una fiera herida, como hacen todos ellos. Saltó como si fuese un gorila y se abalanzó sobre Dick, que era quien cerraba la marcha, cayéndole encima de tal suerte que de un golpe le abrió parte de la cabeza y lo arrojó al suelo como un saco.

Junto a ese zombi aparecieron en esa parte otros tres, formando un círculo con otros tantos que salieron de la cueva aullando. Los piratas, sorprendidos y, sobre todo, aterrorizados, apenas pudieron reaccionar, y si alguno disparó, lo hizo por costumbre y por llevar el arma en la mano. Oí a Merry maldecir como nadie lo ha hecho jamás, antes de que un crujido y el ruido de varios huesos al romperse lo ahogasen por completo, y fue entonces cuando Flint, empuñando el sable, se alejó de mí, gritándome:

—¡Corre, Jim! ¡Corre, vete!

El capitán Flint bajó la pendiente en dos saltos, y no tengo duda alguna de que lo hacía para degollar a sus antiguos camaradas y luchar al lado de los zombis.

—¡Corre!

Pero yo apenas podía moverme, hipnotizado por el macabro espectáculo que tenía lugar unos metros más abajo. Hasta mí llegaron los rugidos de los zombis y los alaridos de la que fuera tripulación de Flint, devorada ante mis propios ojos, por más que realmente yo no hubiese visto la carnicería. Pero sí vi una cabeza surgir de entre la espesura, una cabeza cuya cara estaba llena de sangre, cuyos colmillos se mostraban más amenazadores que nunca y cuyos ojos se clavaron en mí.

Y entonces corrí.

Corrí como nunca lo hice, con el corazón a punto de saltáreme del pecho, olvidando mi debilidad y los atroces dolores de la herida de mi hombro, saltando, arrojándome al suelo, esquivando lianas y ramas, tropezando y gritando sin saber muy bien por qué ni a qué.

Dos de aquellas criaturas saltaron tras mi pista. Supongo que en algún arranque de humanidad eso es lo que Flint había querido evitar, pues es bien sabido que un zombi no sacia nunca su sed de sangre y los cuerpos de Morgan o Ismael no debían de haber sido suficientes. A los que me perseguían se les unió un tercero, que pese a

ir más rezagado, me resultó tan amenazador como los demás.

Así que corrí. Implorando al cielo no sé qué suerte de milagro, pero que enviase algo o alguien a protegerme, pues estaba claro que siendo apenas un rapaz y con un hombro destrozado no podría hacer frente a tres sanguinarios zombis. Y mientras corría desesperado, en una especie de loca marcha hacia el lugar donde yacería muerto, alguien, no sé si la Providencia o el diablo, o quizá ambos, puestos por una vez de acuerdo, acudió en mi auxilio.

«Corre cuanto puedas, llégate a la playa y ve a estribor a buscar a tus compañeros», me había dicho Flint. Aún no había llegado a la playa ni tampoco visto a nadie, pero oí entonces un disparo de mosquete y un grito. Y vi después un machete surgido de la nada cortar una pierna y hacer caer a un zombi, el que me acosaba por mi derecha, y vi también una sombra abalanzarse sobre él y cortarle la cabeza de un solo tajo.

—¡Corre! ¡Corre, Jim, corre!

Apreté los dientes, me sujeté el hombro como pude y seguí corriendo, sin ver a Gray tras mis pasos, cortándole el camino al zombi que me perseguía por el otro lado. Su machete ensangrentado no dejaba lugar a dudas de a quién habían enviado a protegerme, quizá al más adecuado en aquellos momentos.

Mientras yo proseguía mi loca carrera hacia ninguna parte, Gray se abalanzó sobre el zombi, un individuo delgado pero con una cabeza monstruosa, haciéndole caer y rodando con él por la selva. De tal suerte que esta vez el valiente marino fue quien quedó debajo, forcejeando para evitar los colmillos y garras que se abalanzaban sobre él. Y de alguna manera pudo librarse, porque, girando la cabeza, pude ver cómo el machete asomaba por la nuca del zombi, en medio de una brutal algarabía de gritos y sangre.

Tropecé, naturalmente, con una raíz o una roca o algo que me hizo caer y apoyarme involuntariamente en mi hombro herido. Retorciéndome entre alaridos, apenas pude ver un instante más tarde el ensangrentado rostro de Gray junto al mío, llamándome:

—¡Jim! ¡Jim! ¡Vamos, Jim, levántate!

Lo hizo él, alzándome casi en vilo y empujándome de nuevo.

—¡Corre!

El tercero de los zombis se había acercado pero, en lugar de abalanzarse sin más sobre nosotros, pareció dudar un instante y, tras mirarnos largo y tendido, se encaró con Gray pese a que estaba más lejos de él e iba armado, rugiendo y abriendo sus manos, convertidas en fuertes garras. Por un momento, el marino reaccionó sin más, alzando su machete, pero de pronto se volvió hacia mí, echándome un rápido vistazo, y después se giró de nuevo hacia su adversario. Y entonces me dijo tristemente:

—Vete, Jim. O quienquiera que seas.

En ese momento, justo cuando un indescriptible asombro me envolvió por completo al oír aquellas extrañas palabras, el zombi se abalanzó sobre Gray y ambos cayeron rodando en la espesura, gritando y peleándose desesperadamente. Así que giré sobre mis talones y eché a correr de nuevo aferrando mi hombro herido.

A lo lejos empecé a escuchar voces, voces que me llamaban y me buscaban. Reconocí, aunque alterada por la emoción, la del doctor Livesey, y también me pareció escuchar la de Ben Gunn, que me llamaba «caballero Hawkins». Poco más adelante, tras sobrepasar un par de árboles entrecruzados, apareció ante mí la figura del capitán Smollet, armado con un mosquete, y junto a él la del doctor, que fue quien detuvo mi carrera sujetándome con sus fuertes brazos.

—¡Aquí! ¡Con nosotros! Ya estás a salvo, Jim...

—¡A la playa, todos a la playa! —gritó el capitán Smollet.

Replegaronse ambos, llevándome a mí entre medias como a un valioso cargamento, y poco después salieron de ambos lados el caballero Trelawney y Ben Gunn, armados también hasta los dientes. De manera que, reunidos todos de nuevo salvo Gray, emprendimos el regreso a la playa tan rápidamente como pudimos.

O al menos eso creo, ya que apenas di cuatro pasos entre el capitán y el doctor antes de desmayarme.

XV

EN LA CUEVA DE BEN GUNN

Abrí los ojos no sé muy bien cuándo, pero en cualquier caso, el aire del mar me daba ligeramente en la cara. Estaba tumbado, acostado en una hamaca, y noté una fuerte venda sobre mi hombro. Me habían lavado, y pese a la debilidad que me invadía, supe que me encontraba mucho mejor.

Miré a mi alrededor, y lo primero que acerté a ver fue el rostro del doctor Livesey, que me escudriñaba con aire científico y trataba de averiguar si tenía fiebre. Le dejé hacer, reuniendo de paso fuerzas para hablar, y por fin pregunté:

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Cada cosa a su tiempo, joven Hawkins —respondió amablemente el doctor—. Estás en la cueva de Ben Gunn... Bonito aliado has encontrado, por cierto. Y parece que repuesto de esa fea herida que traías; supongo que el precio de tus locas aventuras en solitario, ¿me equivoco?

—No, doctor —suspiré, en parte por resignación y en parte porque apenas me quedaba aliento para mucho más—. Uno de esos zombis me mordió a bordo de *La Hispaniola*.

—Un mordisco era, efectivamente —asintió el doctor, examinando ahora mi vendaje—. Pero no conozco ningún ser humano capaz de hacerlo; sí fieras del bosque y la selva, pero no hombres. Así que me figuro que te haya mordido algún otro animal.

—Ojalá fuera cierto, doctor, pero os aseguro que... —protesté.

—No te alteres, Jim —me insistió—. Pues en cualquier caso la herida ya está curada y en unas semanas estarás como nuevo. Y no teniendo síntomas de la rabia, me da que quién lo haya hecho importa ahora mismo bien poco. De momento descansa, y si tienes sed, tienes ahí una jarra con agua dulce; no creo que debas mezclarla con nada, al menos de momento.

Dicho esto, el doctor se levantó, encomendándome a más adelante, cuando tuviera nuevas fuerzas, para mantener la conversación que todos queríamos en la que poder ponernos al día de nuestras extraordinarias aventuras, vividas por separado pese a estar todos en el mismo bando.

Examiné, ya que no tenía interlocutor con quien charlar, el lugar donde me encontraba: una cueva de suelo de arena, espaciosa y ventilada, con un minúsculo manantial y una charca de agua cristalina cobijada bajo un dosel de helechos. A lo lejos pude distinguir un par de figuras cargando pesados sacos, pero cuando iba a incorporarme para ver quiénes eran, alguien se acercó a mí y no pude evitar una exclamación de alegría.

—¡Gray! ¡Gracias al cielo, estáis vivo!

El marino, vestido con ropa limpia, con varias vendas y alguna herida al aire en su cuerpo, se sentó junto a mí y, clavando su machete en el suelo con un gesto seco, me contestó un tanto cortante:

—No, joven Hawkins, el cielo no ha pintado nada en esta historia, más allá de ponerme en las manos este machete. Y sí, estoy vivo, pero seguiste tan al pie de la letra mi consejo de correr, que para cuando me libré del zombi ya estabas casi en *La Hispaniola*...

—Me alegro de veros... Y gracias por salvarme la vida.

—No es nada... pero... —Por un momento bajó la cabeza y luego miró fugazmente a su espalda, como temiendo que alguien pudiera oírnos—. Pero dime una cosa, solo una cosa para que alguien tan inculto como yo pueda dormir tranquilo esta noche...

—Decidme...

Gray volvió a mirar en derredor y luego, inclinándose sobre mí, me susurró señalándome el hombro:

—¿Quién te hizo eso?

Confieso que me estremecí por su modo de interrogarme, pero me encontraba rodeado de amigos y el mismo que me preguntaba me había salvado de una muerte cierta poco antes, así que respondí igualmente en voz baja:

—Un zombi me mordió en *La Hispaniola*, poco antes de que encallase en los bancos de arena de la cala. Pero el doctor dice que ya me estoy curando.

—Eso está bien... —Gray se separó de nuevo, con una expresión indescifrable en el rostro—. Sí, esto está bien. Alguien de tu temple no debe quedarse bajo tierra en esta isla, no señor, no sería justo. Me alegro por ti, joven Hawkins; seguro que para cuando llegemos a Inglaterra solo tendrás ya una cicatriz para lucir ante las mozas...

Me palmeó el muslo amistosamente y, sacando su machete de la arena, se alejó de mi jergón, dejándome un poco confuso. Sobre todo porque entonces recordé sus últimas palabras en la selva, cuando me dijo: «vete, Jim... o quien quiera que seas».

De todos modos, me encontraba demasiado débil como para pensar en esas cosas en aquellos momentos, y de hecho el sueño me venció más de una vez a lo largo de aquella tarde. En una de las ocasiones en que me desperté, mis compañeros estaban ya en derredor, preparando la cena, que para mí consistió en un poco de carne, una buena jarra de leche de cabra y algo de fruta fresca.

Terminada esta, establecidos los turnos de guardia, cargadas de nuevo las armas y dormidos quienes no estaban velando por sus compañeros, el doctor Livesey se acercó a mí para comprobar mi estado. Y mientras examinaba mi herida y me cambiaba de nuevo el vendaje, aproveché para ponerle al día de mis aventuras, en solitario primero y en manos de los piratas después.

—Loco, temerario o irresponsable, Jim, lo que hay que decir en cualquier caso es que no te faltó valor, precisamente. Que pocos se hubieran atrevido a tanto, y no hablo de jóvenes, sino de hombres hechos y derechos.

—Pensé que así podría servir de alguna forma —contesté débilmente—. Ya que en la lucha no era de gran ayuda, que al menos el ser pequeño sirviera para algo.

—Pequeño serás de tamaño, pero no de obras, Jim —me respondió el doctor mientras terminaba de ajustarme el vendaje—. Y yo no suelo regalar los oídos a nadie, ya lo sabrás.

—Bueno, doctor, yo ya le he contado lo mío, pero... ¿y ustedes? Porque cuando regresé al fortín, eran Flint y sus hombres quienes estaban dentro. Le juro que les di por muertos...

—Y así habría sido de haber seguido allí, créeme. Otro asalto de los zombis y hubiésemos caído todos uno tras otro. Cuando te fuiste, nos dimos cuenta de lo vulnerable que era nuestra posición, así que fui a parlamentar con John Silver. Imagina mi sorpresa cuando al que me encontré fue al mismísimo John Flint.

—Puedo saberlo, a fe mía. Que aún me asusto solo de recordar su cara. Pero, ¿qué clase de trato hizo, doctor?

—Flint será un zombi, o un pirata desalmado, o quizá las dos cosas, no lo sé. Pero es inteligente, eso sí lo sé. Y, como muchos otros hombres como él, gusta de poner todas las cartas boca arriba, llegado el caso, y no andarse con rodeos para encontrar soluciones. Así que nos sentamos y explicamos nuestras intenciones: nosotros, el tesoro y *La Hispaniola*; ellos, cuerpos y seres humanos a los que hincar el diente.

—Pero... no comprendo, doctor...

—Le expliqué a Flint que ellos no necesitaban el tesoro. Por dos motivos: uno, porque si estaban en la isla, de nada les servía el oro y la plata... Y dos, porque si de algún modo salían de ella, poco tardarían en sembrar el terror y tampoco entonces necesitarían oro, puesto que podrían hacerse con cuanto quisieran sin pagar, lógicamente, nada por ello. Flint me miró asombrado y me invitó a continuar, así que le expliqué mi oferta: nosotros nos hacíamos con el tesoro y nuestro barco y nos íbamos con viento fresco al amanecer, y él se quedaba con la tripulación que, al fin y al cabo, había sido suya antes, para hacer con sus hombres aquello que mejor se le antojase.

—¡Doctor Livesey!

El doctor encendió su pipa, le dio un par de largas chupadas y, sonriéndome, me contestó:

—¿Pues qué? Eran once hombres contra cuatro, pues ya ves en qué poco se han quedado nuestras fuerzas, así que él salía ganando. Además, en cuanto hubiéramos regresado a Inglaterra, más de uno que supiera de nuestro viaje y nuestra fortuna hubiera tenido la tentación de arribar a esta isla, a ver si habíamos dejado algo, lo que

suponía más premio para él. Y, como comprenderás, la suerte de esos rufianes apenas me importa lo que una hoja de tabaco mojada; tanto da que los ahorquen en Corso Castle como que los maten aquí mismo sus antiguos camaradas... o lo que quede de ellos.

—¿Y qué contestó? —pregunté innecesariamente—. Quiero decir...

—Se sorprendió mucho, no te lo voy a negar. —El doctor expulsó una columna de humo azul hacia el techo de la cueva, riéndose, y continuó—: Pero, como ya te he dicho, al no ser hombre de palabras, gusta de que las cosas se digan derechas y, como él decía, con la proa por delante. Se lo pensó un rato y luego me dijo que estaba de acuerdo en lo del barco y en lo de los cuerpos, pero no en lo del tesoro. Que para eso no había él saqueado y asesinado de balde, tales fueron sus palabras, y si había matado a cuantos se habían acercado a su oro cuando estaba vivo, otro tanto haría ahora que no lo estaba, aunque tampoco estuviese realmente muerto. Claro que no contaba él con que nosotros tuviéramos a Ben Gunn.

—Ben Gunn...

Ocupado como estuve en mi aventura marítima, apenas había prestado atención al desdichado antiguo pirata. El doctor me refirió cómo, casi a la vez que yo me escabullía por un lado del fortín, Ben Gunn arribaba por el otro y, como yo mismo les había narrado mi encuentro con él, fue admitido en el acto.

—Ben Gunn ha estado aquí abandonado tres largos años, así que tuvo tiempo de sobra para encontrar el tesoro y llevárselo a escondidas, parte por parte y pieza por pieza, por si algún día lograba salir de aquí. El resto del tiempo lo pasó huyendo de los zombis, pero también sabiendo cómo esquivarlos y deshacerse de ellos; ya te digo que nos ha sido de una gran ayuda.

»Como yo ya sabía esto, cuando Flint me negó el tesoro, acepté y, como muestra de nuestra buena voluntad y de la rectitud de nuestras palabras, le entregué el mapa de Billy Bones y le dije que a cambio nos garantizase que podríamos irnos en paz. Flint se rio y dijo que él tampoco necesitaba el mapa, pues sabía a ojos cerrados dónde había escondido su tesoro aunque no hubiese tenido necesidad de ir a buscarlo desde entonces; pero le pareció un gesto de caballerosidad por nuestra parte, así lo dijo el villano, Jim, así que, según sus cuentas, el caballero Trelawney, el capitán Smollet, Gray y yo mismo podríamos irnos tranquilamente. Se lo agradecí y entonces le hablé de ti, diciéndole que estarías en algún lugar de la isla pero que también formabas parte del trato.

Me estremecí al saber que no había estado incluido en las negociaciones, pero pronto me di cuenta de que mis compañeros podrían estar resentidos conmigo por mi forma de actuar, sin encomendarme ni a Dios ni al diablo y yendo siempre a donde me apetecía que me llevase el viento que soplara.

—A eso Flint se encogió de hombros —continuó el doctor— y me contestó que si

estabas por ahí, cosa tuya sería: si nos encontrabas a nosotros, podrías volver a Inglaterra tranquilamente, pero, y vuelvo a usar las mismas palabras que él usó, si encontrabas otra cosa, allá tú con tus fuerzas para entendértelas con piratas, zombis o lo que quisiera que te topases.

—Menos mal que al final, después del pirata y el zombi, los encontré a ustedes... —logré decir débilmente, y no solo por mis heridas—. Y muy oportunamente, por cierto.

—El capitán Smollet quiso darte una última oportunidad. —El doctor apuró su pipa y luego se miró la puntera de las botas, absorto—. Después de que viéramos la goleta encallada calculamos que no estarías a bordo, sino en la selva y cerca de los piratas, así que les seguimos a distancia con infinitas precauciones. Gray, que iba por delante, fue quien te vio y os siguió por si podía meter baza, y a él le debes estar aquí tumbado hablando conmigo: en cuanto vio que huías del lado de Flint, corrió a protegerte y llevarte con nosotros.

—Es un gran hombre —respondí. Y lo hice sinceramente, convencido de la valía de Gray—. Le debo la vida.

—Todos se la debemos, en parte. De no haber sido por su manera de luchar, tan salvaje y a la vez tan heroica, alguno más que tú no estaría hoy aquí.

Callamos un instante, pero enseguida el doctor volvió a tomar la palabra, diciéndome:

—En fin, Jim, han sido muchas emociones en poco tiempo y debes descansar. Si todo va según los cálculos del capitán, en un par de días podremos hacernos a la mar.

—Doctor —dije de pronto—, eso quiere decir que estaremos aún un par de días más en esta isla, ¿verdad?

—Naturalmente. —El doctor me sonreía amistosamente, pero desconcertado—. ¿Acaso quieres viajar a otra?

—¿Y si...? Quiero decir... ¿quién nos asegura que los zombis cumplirán su palabra...?

El doctor guardó su pipa y, mientras se arreglaba la ropa, me contestó:

—Eso mismo le pregunté yo, Jim, créeme. ¿Y sabes qué me dijo? Flint me contestó que bajo aquel zombi se encontraba aún el capitán del *Walrus* y, usando sus frases, que siempre se había distinguido por dos cosas: por usar los sables y por respetar su palabra. Que ya que la usaba pocas veces, siempre la cumplía. Y que como los dos éramos hombres de fiar, aunque él a su manera, y esto también lo dijo él y no yo, hecho estaba el acuerdo y nada habría de romperlo.

Dicho esto, el doctor se alejó unos pasos, los suficientes para que su rostro quedase lejos de la luz de la antorcha que había junto a mi lecho. Por tanto, no pude ver bien su expresión cuando añadió:

—Ah, bueno, sí... y también dijo que porque él no atacaba a nadie de los suyos, y

que aquí había al menos uno... Pero tú no sabes nada de eso, naturalmente...

XVI

EL REGRESO A INGLATERRA

A la mañana siguiente todos se pusieron a trabajar temprano, pues acarrear aquella gran masa de oro cerca de una milla por tierra hasta la playa, y desde allí, tres millas en bote hasta *La Hispaniola*, era formidable tarea para tan corto número de trabajadores. Gray y Ben Gunn iban y venían con el bote, y los demás, durante su ausencia, iban apilando riquezas en la playa. Dos de los lingotes colgados en un cabo de cuerda hacían una buena carga para un hombre fornido, tan buena que tenía que llevarla despacio, y el dinero acuñado se apiló y guardó en sacos de galleta, tal extraña y numerosa colección de monedas era aquella: inglesas, francesas, españolas, portuguesas, jorges y luses, doblones y dobles guineas, moidores y cequíes, los retratos de todos los reyes de Europa en los últimos cien años, extrañas monedas orientales estampadas con dibujos que parecían trozos de tela de araña, monedas redondas y cuadradas, otras taladradas por el medio como para llevarlas alrededor del cuello.

Embarcado por fin el tesoro, embarcados víveres y agua, subimos por fin todos a bordo, emprendiendo bajo la orgullosa bandera del capitán Smollet el viaje de vuelta a casa. Que había de ser largo habida cuenta de lo reducido de la tripulación, menguada todavía más a la semana de habernos hecho a la mar, cuando Ben Gunn no volvió de su guardia, ya que, al parecer, se había caído por la borda.

Adivinamos que debió de sucederle eso, tras no hallar rastro suyo a bordo, y lamentamos profundamente su pérdida, ya que nos había sido de gran ayuda y estaba claro que había expiado de sobra los pecados cometidos con Flint, viviendo y sufriendo en aquella extraña isla llena de zombis. Aunque, he de confesar que, recordando la extraordinaria similitud de su caso con el del infortunado señor Arrow, nuestro segundo caído apenas iniciada la travesía, cuando nadie me vio me acerqué por el lugar donde se suponía que Ben Gunn había caído.

Y las vi. De nuevo vi las marcas de las manos, o las uñas, o lo que fuese, en la borda. De nuevo vi las gotas de sangre en la madera, confundidas en el mamparo como si alguien las hubiese limpiado y se hubiese dejado algunas. Alguien tenía viejas cuentas pendientes con el desdichado Ben Gunn, y se me antojaba que solo Gray, de quien sabíamos menos, podía ser, pues ni el caballero, ni el doctor o el capitán conocían al naufrago abandonado por Flint en la isla.

Por un momento estuve tentado de avisar a los demás, pero pronto me detuve. En primer lugar, porque carecía de certezas sobre lo que había ocurrido, y aquella sangre y aquellas marcas podían haber sido de la pelea que yo mismo había mantenido con el zombi cuando encallé la goleta. En segundo lugar, porque si quien había arrojado a

Ben Gunn por la borda había sido Gray, poco agradecería que me hubiera salvado la vida denunciándole. Y, en tercer lugar, bastantes pocos éramos ya como para que uno se pasara el resto de la travesía encerrado en la sentina. Así que pasé la manga de mi camisa por encima de las manchas, callé y continué mi camino hacia la popa.

Para acortar un poco más esta historia, que al ser en gran parte conocida amenaza con prolongarse innecesariamente, diré que arribamos a un puerto de la América española, donde contratamos un puñado de tripulantes. Convinimos, por el bien de evitarnos demasiadas preguntas o que nos tachasen de locos, no mencionar en absoluto a los zombis ni cuanto nos había sucedido con ellos, achacando nuestras heridas y nuestra falta de hombres a un choque con los piratas. Que tampoco iba a ir de más que los juzgasen los hombres por un par de muertes de más si ya los iba a juzgar el Hacedor con justicia por todas cuantas hubiesen provocado realmente.

El resto sí es historia conocida, cierta y verdadera como la narré para concluir mi relato, pues tuvimos una feliz travesía hasta regresar a Inglaterra, donde nos repartimos el tesoro, y a todos nos tocó una abundante ración que cada uno usó con mesura o desenfreno, según le dictó su naturaleza. Vivimos largos años felices y prósperos, amparados por la enorme fortuna que atesorábamos cada uno de nosotros. Regresé a Bristol, donde pasé una vida más que acomodada; casé bien con una joven honrada y virtuosa que me dio tres hijos y una hija, y disfruté de cuantos placeres puede disfrutar un hombre rico.

Me permití, incluso, comprar *La Hispaniola* y navegar y comerciar con ella por puro placer, puesto que ninguna ganancia necesitaba ya. Me convertí así, por mis riquezas y mis aventuras, en una suerte de caballero Trelawney, viviendo felizmente el resto de mis días.

De modo que, esta vez sí, esto es cuanto sucedió en mi extraordinario viaje a bordo de *La Hispaniola*. Todo cuanto sucedió, sin ahorrarme ni disfrazar ahora compañeros muertos, atrocidades ni sangre, que fue mucha la que vi, derramé e hice derramar en aquella isla. Los lingotes de plata y las armas aún están, que yo sepa, donde Flint las enterró, si es que no decidió desenterrarlas y usarlas de nuevo a bordo del *Walrus*, cosa que tampoco puedo afirmar puesto que nunca volví a saber de ellos, ni tampoco de los atroces monstruos a los que la gente denomina zombis.

Así que, con el paso de los años, la edad comenzó a hacer estragos en mi cuerpo cansado, pasto de no sé qué extraña enfermedad que me corroía y que los médicos achacaban a alguno de mis viajes, sin poder determinar exactamente qué me pasaba. Quizá por ello, en esta noche fría y lluviosa, decidí ponerme en paz con el mundo y entregar el relato veraz de mis aventuras en lugar del otro disfrazado que escribí tiempo atrás, pese a que mis dedos apenas pueden sostener la pluma...

XVII

EL VERDADERO FINAL DE *LA ISLA DEL TESORO*

(ESCRITO POR SARAH HAWKINS)

Supongo que es así como mi padre hubiera querido terminar su relato, pero tampoco en esta ocasión lo hubiera hecho contando toda la verdad. Y si, a fin de cuentas, se trata de poner en claro cuanto sucedió, sin ahorrarse ninguno de los detalles por macabros que estos sean, que no se ha ahorrado hasta ahora, hagámoslo así hasta el final. Tal vez de este modo mi padre pueda, por fin, descansar en paz.

Como bastantes licencias se ha tomado ya, me permitiréis a mí, su hija Sarah, poner el punto final a tan trágica historia, pues no puede llamarse de otro modo por más aventuras y tesoros que en ella se cuenten. Y trágica es, puesto que de los que zarparon de Bristol, apenas un puñado regresó. ¿Cómo decía aquella canción? *Solo uno vivo de setenta que eran al zarpar del puerto...* No lo sé, nunca me han interesado esas viejas canciones, y tampoco estoy ahora en las mejores condiciones para recordarla, ya que me encuentro aún con el vestido lleno de sangre, los labios partidos y una brecha en la frente de la que, afortunadamente, ya ha dejado de manar sangre.

Decía que, de ese puñado de hombres que regresó de aquella maldita isla, puede decirse que dos tampoco regresaron, o al menos no lo hicieron como se habían ido. Uno de ellos fue, como sin duda quien esté leyendo esto habrá adivinado ya, mi padre.

Ya hay luz ahí fuera, puesto que empieza a amanecer, pero el epílogo de esta historia se ha escrito hace apenas unas horas, esta misma noche. Y ya que cuanto ha sucedido, ha sucedido aquí, frente a estas hojas que narran la verdadera historia de mi padre y su fantástico viaje, he decidido terminarla contando, como él pretendía, toda la verdad.

Para no confundir a quien esto lea, si es que alguien hay con estómago suficiente para echarse a la vista tantas páginas repletas de sangre y atrocidades sin cuento y ha llegado hasta aquí, debo decir que, como hija menor de mi padre, cuidaba y velaba por él en nuestra casa solariega, atenta y solícita a cuantos cuidados requería el extraño mal que le aquejaba: apenas comía; dormía poco y entre atroces sufrimientos y gritos, presa de continuos delirios que ponían en fuga al más valiente de los hombres; su piel se tornaba amarillenta, pálida y como ajada, cual si fuese una tela vieja y gastada; sus ojos se hundían en su rostro, y su pelo, antaño rubio, hermoso y noble, era ahora una masa de grasientos cabellos largos y descuidados.

Cada noche, temeroso de dormirse por sus propias pesadillas, mi padre se

encerraba en su gabinete y, desde hacía unos meses, puntualmente escribía cuanto había ocurrido en aquel fantástico viaje que todos conocían y que yo sospechaba causante no solo de su riqueza, sino también de sus males. Prudentemente, yo me había trasladado al dormitorio contiguo, ya que desde él tenía a apenas dos pasos tanto el gabinete como los aposentos de mi padre, de manera que podría acudir en un instante si me llamaba. Todas las noches dormía con mi puerta entreabierta y un velón encendido en la mesilla.

Dicho todo esto, y situado —o al menos eso espero— el lector en las circunstancias que envolvían mi casa en aquellos tristes días, vuelvo, pues, al punto donde mi padre había dejado de escribir para poder contaros a vosotros cuanto sucedió y que así tengáis en vuestras manos el verdadero final de este viaje que comenzase en la posada del «Almirante Benbow», que yo no llegué a conocer, cuando Billy Bones llegó con su torpe andadura y un marinero siguiéndole con una carretilla donde llevaba su cofre.

Así, mi padre escribía *«Quizá por ello, en esta noche fría y lluviosa, decidí ponerme en paz con el mundo y entregar el relato veraz de mis aventuras en lugar del otro disfrazado que escribí tiempo atrás, pese a que mis dedos apenas pueden sostener la pluma...»*, cuando una voz a su espalda dijo de pronto:

—Cierto, tus dedos están muy débiles, joven Hawkins... La mano que sujetaba la pluma se detuvo como por ensalmo, movida levemente por un extraño temblor, quién sabe provocado por qué. Sentado en un sillón frente a una gran mesa de roble, Jim Hawkins dejó de escribir y apenas levantó la cabeza hacia la pálida luz del candelabro que, colocado en lo alto, iluminaba débilmente aquella parte de la estancia.

Detrás del sillón, muy cerca de Hawkins, había una figura humana, un hombre delgado, de pelo largo y blanco como la nieve, cubierto con un pesado abrigo de marino y un sombrero. Su pecho lo cruzaba una bandolera en cuyo final se veía la empuñadura de un sable, pero el desconocido que acababa de irrumpir en la estancia no hizo gesto alguno para empuñarlo. Se limitaba a estar allí de pie, junto al sillón, tratando de leer las palabras escritas con la menuda caligrafía.

—Hace mucho tiempo que dejé de ser joven —contestó Hawkins, sin volverse.

—Para mí siempre serás el joven Hawkins. ¿No era así como te llamábamos todos?

Jim dejó la pluma sobre la mesa cuidadosamente y luego se apoltronó en el sillón, moviéndose con cierta dificultad. Con un profundo suspiro, preguntó:

—¿A qué has venido, Gray? ¿A matarme?

—¡Matarte! Oh, no, qué va... Solo estoy de visita... Vamos, ¿matarte? ¿Pero acaso no estábamos en el mismo bando? Bueno, al menos lo estábamos hasta que te mordieron...

Hawkins se giró lentamente en el sillón y la pálida luz de las velas iluminó su rostro cadavérico, las enormes cuencas de sus ojos y los huesos asomando por los escasos jirones de piel que aún le quedaban.

—Es increíble que hayas podido ocultarlo todos estos años... ¿Cuánto tiempo llevas así? Desde que volvimos, ¿verdad?

Hawkins miró a su viejo compañero de aventuras casi desafiante, pero cuando habló lo hizo con dificultad, ya que su boca estaba roída y tenía los labios rotos y agrietados.

—Empecé hace muchos años... sí, desde que encallé *La Hispaniola*. El mismo zombi que mató a Israel Hands me mordió a mí. Pero en los últimos meses se ha agravado y ya no puedo ver a nadie... No quiero que nadie me vea así ni tampoco quiero... —dudó al continuar, pero finalmente reunió el valor necesario para añadir —: ni tampoco quiero comerme a quienes me visiten.

—Admirable, cierto es. Que la gente de Bristol crea que el honrado Hawkins tiene una extraña enfermedad contraída en alguno de sus viajes y apenas haya mostrado más sorpresa ni interés ante semejantes síntomas... Realmente admirable. Y muy noble por tu parte encerrarte en casa para no hacer daño a nadie... Pero el instinto es el instinto, ¿verdad? Y tienes hambre.

Gray se inclinó levemente hacia delante, como queriendo juzgar el efecto de sus palabras en su anfitrión. Hawkins se encogió un instante y luego, sonriendo tristemente, contestó:

—Sí, tengo hambre. Siempre tengo hambre. Dos veces me he comido a uno de mis sirvientes, diciendo que se han ido repentinamente cuando me han preguntado por ellos... pero... pero esto me corroe por dentro de una manera espantosa. Los dolores cada vez que lucho contra ello son atroces y ya no puedo vencerlos... Y por las noches es peor.

—Lo sé, Jim, lo sé. Pero... todo tiene un precio en esta vida, joven Hawkins. No podías pretender arrebatarme el tesoro de Flint a una tripulación de zombis y no pagar un justo precio por ello... Todo en esta vida tiene un valor, y hacerse con un sombrero vale sus monedas y su oro... así que hacerse con un tesoro vale sus heridas y su sangre.

—¿Lo sabes? ¿Qué es lo que sabes tú?

Hawkins se levantó pesadamente de su sillón, mirando con aire desafiante a su visitante. Y entonces, al fijarse bien en él, se dio cuenta de que el paso del tiempo no había sido el único que había dejado su huella en el rostro del marino. Gray se adelantó, acercándose a la luz y murmurando salvajemente:

—Sé el precio que tuve que pagar por salvarte la vida, Jim Hawkins... El precio de convertirme en un monstruo, en un ser que ni está vivo ni está muerto, en uno de aquellos seres a los que matamos en la isla. Porque luché contra tres zombis mientras

corrías en el bosque huyendo de Flint, ¿recuerdas?! Y el tercero de ellos nos vio a los dos... y te miró y no te atacó, y eso que estabas herido y agotado; me atacó a mí, pese a que yo era más peligroso en aquel momento, estaba armado y con ganas de matar. Pero el zombi prefirió arriesgarse a atacar a alguien que podía matarle en lugar de a quien ya reconocía como a uno de los suyos.

«Porque ese tesoro tiene cuentas pendientes que ajustar y tú no estás en ninguna... Y porque eres uno de los nuestros», le había dicho Flint antes de que huyera. «Porque eres uno de los nuestros».

—Y caíste entre la maleza. Pero luego te vi en la cueva de Ben Gunn...

—Y te pregunté que quién te había hecho la herida del hombro, ¿recuerdas? — Gray caminó lentamente hasta acercarse a Jim y ambos pudieron verse las cadavéricas caras a apenas un palmo de distancia—. Porque esa herida es la que te transformó en lo que eres... Y mientras luchaba con el zombi por salvar tu pellejo, también sufrí la mía, que oculté a todo el mundo, incluido el doctor, porque temía ser descubierto y que el capitán decidiera practicar su experiencia en combate conmigo.

Por un momento, Jim no supo qué decir, recordando aquellos hechos. Hasta que, por fin, acertó a preguntar:

—¿Y Ben Gunn?

—Me descubrió, evidentemente. Supo que estaba herido y también que había sido en aquella pelea, así que, contando con que estábamos tú, yo y un puñado de zombis, no le costó mucho imaginar quién me había hecho eso. No podía dejarle hablar, así que lo tiré por la borda, y supongo que llevé desde entonces en el estómago de algún tiburón.

Gray se separó de Jim, alejándose de nuevo de la luz y haciendo ademán de irse.

—Solo una cosa más, joven Hawkins; una sola que es, en realidad, la única por la que he venido. Porque te aprecio, Hawkins. Siempre lo hice, incluso aunque hoy sea lo que soy por luchar por ti... al fin y al cabo, nadie más que mi instinto me obligó a hacerlo, y salvé tu pellejo dejando parte del mío a cambio. ¡Bien, volvería a hacerlo, en serio! Entonces me pareció un trato justo y hoy me lo sigue pareciendo. Pero entonces también era mejor que tú en cosa de armas y te ayudé. Por eso he venido, para ayudarte una vez más.

»Dices que no puedes más, que cada vez te cuesta más luchar contra lo que te roe por dentro. No podrás hacerlo. De hecho, es admirable que lo hayas conseguido hasta ahora, vive Dios, y gran mérito tiene tu buen corazón, que no se rinde ante el monstruo que trata de vencerle... Pero es una batalla perdida, Jim, estás tan acabado como yo, tenlo por seguro. Ya no eres un muchacho, claro que no... pero tampoco eres un hombre.

»Esto es lo que hay, Jim, y es lo que he venido a decirte. ¡Y dicho está! Así que ya lo sabes. Puedes encontrarme cada noche en lo que fuera la posada de tus padres,

los restos del «Almirante Benbow». Ya has llegado a un tiempo en el que tu... llámala enfermedad, si quieres, como has hecho estos años, va a dominar tu mente y tu cuerpo, y tendrás que ceder a ella y abandonar esta casa. Allí, pues, me encontrarás.

—¿Y por qué habría de buscarte? Los dos somos lo que somos y lo sabemos, pero también somos...

—Somos dos fieras salvajes, joven Hawkins —contestó Gray con aplomo, mientras cogía el tirador de la puerta—. Afróntalo. Afróntalo con el valor con el que te enfrentaste a Israel y a todos cuantos se cruzaron en nuestro camino en aquella isla, porque ya eres un monstruo. Quizá no mañana, pero en apenas un par de semanas no podrás controlarlo y devorarás al primero que se cruce en tu camino, sea quien sea: un marinero desconocido, un vecino o tus propios hijos. Porque no distinguirás persona alguna, solo matarás. Entonces tendrás que huir y esconderte para seguir matando, y buscarás a los que son como tú. —Gray abrió la puerta y, desde lejos y velado por las sombras, pareció sonreír con tristeza—. Búscame ese día.

La puerta se cerró casi con suavidad, dejando de nuevo la estancia en silencio. Jim permaneció inmóvil durante unos segundos, luego se miró las manos, huesudas y afiladas como garras, y regresó junto al escritorio.

Fácil es para cualquiera comprender el terror que me invadió durante toda aquella conversación, que yo había escuchado desde su principio hasta su final; tanto y tan cerca, que los faldones de la raída casaca de Gray pasaron rozándome el camisón cuando se marchó. Y es que había permanecido detrás de la puerta, sin ser vista, ya que me había acercado al cuarto de mi padre al oír el rumor de voces, pensando que quizá necesitaría algo, y al ver que hablaba con alguien, me había detenido. Pero, naturalmente, al darme cuenta de con quién estaba hablando, mi cuerpo y mi mente se negaron a irse de allí y me buscaron acomodo y escondite junto al quicio de la puerta, arrebujada junto a la pared.

Allí seguí largo rato después de que Gray abandonase nuestra casa. Estaba aterrada ante lo que acababa de descubrir, sobre todo porque había oído contar viejas historias de terror en las que se hablaba de aquellas extrañas criaturas, y ahora no era capaz de meter en mi cabeza la idea de que mi padre, precisamente mi propio padre, era uno de aquellos. Un zombi, un monstruo sin escrúpulos ni alma, incapaz de hacer otra cosa que no fuese matar y comer.

Y que, cualquier día, dejaría de reconocermme como su hija y me atacaría con toda la crueldad de quien solo ansia comer a su presa.

Pero me reconoceréis que no sería hija de quien soy si no tuviese, al tiempo que temor y desesperanza, temple suficiente para al menos luchar por mi vida y defenderme de lo que fuera. Fuera un hombre o fuera un monstruo. O fuera mi padre, cuyo valor —pues demostrado queda en todas sus aventuras en la isla que lo tenía—

heredé junto con el azul de sus pupilas. Así que, con dos lágrimas en los ojos, me acerqué a la pared de la chimenea y, alzándome sobre las puntas de los pies, me estiré para coger uno de los dos sables de abordaje que allí se colgaban, como recuerdo de los viajes y aventuras del venerable Jim Hawkins.

Me oyó, naturalmente, pues hice ruido al sacar el arma, y además sus sentidos estaban más agudizados que nunca al ser un demonio y no un ser humano. Pero no se movió. Se quedó quieto junto al sillón, mirándome casi con ternura, si es que aún era capaz de tenerla, esperando a ver qué hacía.

Yo me acerqué hacia donde estaba, con la respiración entrecortada y sin saber cómo iba a reaccionar aquella bestia en la que se había convertido. Pero en cuanto sentí su monstruosa mirada en mí, levanté el sable. Aunque era pesado, yo era fuerte y lo tenía empuñado con las dos manos. Quien fuera mi padre asintió levemente al verme y me dijo:

—Cortar miembros y fuego. He aquí la fórmula.

—Lo sé —respondí con firmeza—. Yo también he leído tu manuscrito.

—Yo no quería esto, hija mía —me dijo a continuación—. Vive Dios que no lo quería, y tal vez por eso me lo he negado a mí mismo todos estos años, pese a tener la certeza de cuál era el mal que me aquejaba. Pero Gray tiene razón —añadió con un suspiro—: Todos tenemos que pagar nuestro precio, y lo hecho, hecho está. Así que solo me queda...

Abrió los brazos en un mudo gesto, como si en realidad me estuviese pidiendo un abrazo en lugar de una estocada.

—... rogar tu perdón.

Tardé un instante en contestar, notando cómo las lágrimas llenaban ya mis mejillas, pero cuando lo hice, lo hice tan convencida y segura de mí misma como lo había estado poco antes cuando me había estirado para empuñar el sable:

—A mi padre lo perdonaría, puesto que fue un buen hombre que me crio con amor y cariño, y nada he de reprocharle. —Armé el brazo, colocándome en posición, y añadí—: Pero al monstruo que tengo delante no tengo nada que decirle salvo que se vaya al infierno con sus amigos.

Descargué el sable con todas mis fuerzas y la cabeza de quien había sido mi padre saltó por los aires, cayendo varios metros más allá sobre el suelo de roble, con un extraño rugido que no sé de dónde pudo haber brotado. El cuerpo decapitado se agitó, moviéndose repentina y furiosamente en todas direcciones y golpeándome con tal violencia que me partió los labios y me arrojó sobre la mesa, provocándome una brecha en la cabeza. Pero al cabo, tras varios golpes y vueltas sin sentido, agotadas sus fuerzas y sin cabeza que lo guiase, se desplomó de bruces.

Sintiendo que la espalda se me quebraba, logré arrastrarme y estirar el brazo hasta donde había caído el sable ensangrentado y reulé de nuevo hasta apoyarme en la

pared, aferrándolo jadeante y sin perder de vista el cadáver que yacía a mis pies.

Así pasé varios minutos en aquel lugar donde había caído, entre la mesa y la ventana, contemplando el cuerpo sin vida del zombi, notando mi propia sangre empapándose el rostro y llenándose la boca, pero apuntando al cadáver con el sable firmemente asido con las dos manos, como si temiera que se fuera a levantar de un momento a otro de nuevo. «Cortar miembros y fuego. He aquí la fórmula», decían. Bien, yo había cortado el miembro más importante, su cabeza, y había dejado aquella cosa desangrándose sobre la alfombra de pelo de oveja del gabinete.

Por fin me levanté, bastante rato después, pero aún jadeante y estremecida por lo sucedido. Escupí en el suelo una bola de sangre, me limpié la boca con la manga del camisón, clavé el sable en la mesa y tomé la pluma para completar la historia que mi padre, Jim Hawkins, estaba escribiendo: la verdadera historia de la Isla del Tesoro, una historia fabulosa que habían comenzado una madre y su hijo con la llegada de un pirata a la posada del «Almirante Benbow».

Y que iba a terminar la hija de quien la vivió, en las ruinas de esa misma posada, cuando diese muerte a Gray la noche siguiente.

FIN;

